Obras completas de Vargas Vila

Pretéritas

Ramón Sopena
Provença 96
Barcelona

The Library
of the
University of North Carolina

This book was presented
by
The Rockefeller Foundation

898.61
V297
v.46

DERECHOS DE AUTOR

Todo ejemplar que circule sin estampilla será considerado ilegal.

PRETERITAS

EDICIÓN DEFINITIVA
DEBIDAMENTE REVISADA Y CORREGIDA
POR EL AUTOR

:: Obras completas de Vargas Vila ::

NOVELAS

Aura o las Violetas.
Flor del Fango.
Rosa Mística.
Ibis.
Rosas de la Tarde.
Alba Roja.
La Simiente.
Delia (Lirio blanco).
Eleonora (Lirio Rojo).
Germania (Lirio negro).
El Camino del Triunfo.
La Conquista de Bizancio.
María Magdalena.
La Demencia de Job.
El Minotauro.
Los discípulos de Emaüs.
Los Parias.
Sobre las Viñas muertas.
Los Estetas de Teópolis.
El Final de un Sueño.
La Ubre de la Loba.
Salomé.
Cachorro de León.

LITERATURA

Prosas-Laudes.
Ars-Verba.
De sus Lises y de sus Rosas.
Libre Estética.
Sombras de Águilas.
Horario Reflexivo.
Archipiélago Sonoro.
Rubén Darío.

FILOSOFÍA

El Ritmo de la Vida.
Huerto Agnóstico.
La Voz de las Horas.
Del Rosal Pensante.
De los Viñedos de la Eternidad.

HISTORIA

La República Romana.
Los Césares de la Decadencia.
Los Divinos y los Humanos.
La Muerte del Cóndor.
Pretéritas.

OBRAS COMPLETAS DE J. M. VARGAS VILA

PRETÉRITAS

PRÓLOGO DE

RAMÓN PALACIO VISO

EDICIÓN DEFINITIVA

BARCELONA
RAMÓN SOPENA, EDITOR
PROVENZA, 93 A 97

Derechos reservados.

Ramón Sopena, impresor y editor; Provenza, 93 a 97.—Barcelona.

PREFACIO
PARA LA EDICIÓN DEFINITIVA

Hiere...

sin tregua y sin descanso...

hiere el Mal;

en su siniestro Imperio Ilimitado: acósalo;

el Mal se llama: Esclavitud;

orfandad del Derecho;

vida sin Libertad;

dondequiera que halles esa Iniquidad: hiérela;

en cualquiera latitud de la Tierra, que tropieces con el Monstruo áptero y rampante; la Tiranía; hiérelo...

que el alma de la Justicia viva en ti;

la Justicia es Implacable, como los dioses, de cuyo corazón nació;

soldado del Derecho;

ponte en pie...

437007

arma tu brazo;
y, marcha;
que no te reposes nunca;
que no descanses jamás;
que cada palabra tuya sea un Acto;
cada Acto un Combate;
¿cada batalla una Derrota?
no importa;
de cada caida te alzarás más fuerte;
Anteo te dará su estructura invencible y tenaz;
aguza el dardo;
adiestra el brazo;
dispara la honda...
marcha sobre el cadáver de Goliath;

tal pareció haberme dicho, el Genio de la Predestinación al borde de mi cuna, cuando yo dormía en ella, bajo la beatífica mirada de los ojos de mi Madre, esos dos bellos soles de Amor, que tan pronto se habían de apagar en mi horizonte;

y, esas palabras de la Eternidad dichas por boca de mi Destino, lo marcaron para siempre;

y, los pilares de mi Vida Futura, fueron levantados así en el corazón de las Tinieblas, por una mano que no tembló...

y sobre los muros de aquella Ciudad Doliente, que había de ser poblada de clamores inútiles, apareció como en un disco de fuego, el terrible lema de su escudo: Combate;

y, eso fué;

eso es;

eso será; mi Vida;

un Combate...

contra todas las Potencias fatídicas y misteriosas nacidas del corazón del Caos para nublar y ultrajar el rostro de la divina Aurora;

contra el Destino, el Amo Inexorable, que extiende su espada en la sombra para volcar el carro de los dioses victoriosos, y cortar el cuello de los pueblos vencidos...;

¿combatir para mí?

no fué mi Sino...

combatir por otros y, para otros...

por entelequias quiméricas y luminosas, que brillaron un momento entre mis manos, y se desvanecieron luego, no sin haber querido carbonizar el extremo de mis dedos, empeñados en levantarlas en las tinieblas, como la Apoteosis de un Sol;

paladín de dioses proscriptos que el tumulto ingrato de los hombres arrastraba miserablemente por el suelo;

soldado de Ideas abandonadas en su cruz, a las cuales todos volvían insolentemente la espalda, después de haber agotado contra ellas el caudal de su saliva;

solitario...

tan solitario, que las arenas mismas de mi de-

sierto, parecían huir de bajo de mis pies, y apartarse de mí, en un gesto agresivo de cruel y vaga complicidad...

aquellos a quienes yo liberté, no me perdonaron su libertad;

y, las cadenas que yo rompí, sólo sirvieron para que los esclavos insolentes, amenazaran aprisionar con ellas mis manos libertadoras;

... ...

es remontando el río taciturno y tormentoso de mi Vida, que corre por entre riberas ornadas de sauces y de tumbas, entre los cuales crecen atrevidos algunos trágicos laureles, que puede verse bien, este siniestro secreto de mi Predestinación;

niño, verdaderamente niño, los campos de batalla me vieron caer en su foco de llamas y de muerte, y los ojos desolados de mi Madre hubieron de buscarme a la sombra de las tiendas de campaña;

profesor adolescente, mi cabeza asomó entre el Tumulto, coronada por todas las llamas del Dicterio y del Escándalo, tal un cachorro de felino, asomando por entre los zarzales incendiados de una selva en fuego...;

fui como una chispa escapada de un lejano Horeb hacia los altos cielos y los profundos valles, para llevar a todas partes el germen ígneo, por el

cual muchas cosas habian de ser reducidas a pavesas;

el Odio, me recibió en sus brazos a mi Aparición, me lactó con la hiel de la Calumnia y del Insulto, y mitridatizado así, me hizo el Hombre Fuerte, el Hombre de Combate, que yo debia ser...

y, me lanzó en su vórtice de llamas;

empujado por él...

perdí mi Hogar...

perdí mi Madre...

perdí mi Patria...

y, fuí Hombre Trágico, en la edad en que otros adolescentes vagan por los jardines del Idilio, musitando cosas de Amor, coronando de rosas blancas la frente de su pálido Ensueño;

neófito de la Libertad, consagrado a su culto, ya no tuve más amor que el de ella...

y, ese Amor consumió mi Vida...

y, consume aún lo que queda de ella...;

¿veis estas hojas de papel, que amarillean y tiemblan en mis manos en esta hora de lívido crepúsculo?...

son mis primeras ofrendas a esa Diosa;

son mis dos primeros libros de Política, agrupados en un solo volumen, bajo el nombre de: PRETÉRITAS;

sí...

pretéritas... y bien pretéritas son estas páginas,

porque principiadas a escribir fueron allá por el mes de Octubre de Mil ochocientos ochenta y cuatro (1884), al fuego del vivac, en campos boyacenses, en plena guerra civil de la cual era yo, ferviente y juvenil actor;

y, concluidas fueron al finar el año de Mil ochocientos ochenta y cinco (1885);

en el corazón de la Derrota;

en pleno desierto;

en el vértigo de la huida;

el Emblema Visible de mi Vida, aparece ya en estas prosas cándidas y coléricas, balbucientes de noble admiración, que son como los primeros centelleos del cráter de un volcán, que principia a abrirse en el corazón de la Inexorable Noche;

el terrible drama de mi Vida se esboza ya en este puñado de metáforas rudimentarias y apasionadas, que fueron como el pivot *del cual habrían de generar luego las frondazones majestuosas de mis libros y mis panfletos de Historia;*

libros cándidos que mis lágrimas regaron al escribirlos;

en esta cuna de mi Obra, está mi corazón;

porque yo tuve uno;

saturado de amor;

de un largo amor estremecido que tardó largo tiempo en morir...

el amor de los sueños imposibles...

¿no veis cómo ellos brillan en este libro con un débil fulgor auroral, como el vago pestañear de estrellas nacientes?...

es ingenuo y candoroso, pero ya épico, como uno de esos coros de adolescentes que cantan himnos guerreros en una tragedia esquílea;

páginas heroicas, escritas en plena Heroicidad;

en el corazón desnudo de la Tragedia;

tal una ruda estrofa marcial, escrita por un bardo niño en el rugoso tronco de una encina druídica;

¿cómo nació este Himno a tantas cosas bellas, y, efímeras, tan gloriosa y prontamente difuntas?;

lo diré;

... ...

... ...

... ...

Era el clarear de una mañana fría;

cielos de inanición;

el espacio silente;

había muerto el eco de los últimos aullidos de las fieras humanas que habían asaltado mi casa de Apóstol adolescente, pidiendo a gritos mi cabeza;

inmóviles afuera los guijarros con que había sido lapidado el hogar de aquel que había dicho la Verdad;

me acerqué al lecho de mi Madre insomne;

la besé;

me besó;

la dije: ¡Adiós!...

su mano temblorosa trazó sobre mi frente la forma de una cruz en el vacío;

luego, esa mano que temblaba, cubrió sus ojos;

y, fué un río de llanto bajo ella;

nuestros sollozos se oían afuera...

al fin...

rompí la cadena de lirios de sus brazos...

y partí...

centauro impávido en la llanura;

crucé los prados, dominé los montes, me perdí en las selvas...

y, llegué al fin al campamento de los libres;

en plena guerra;

mi adolescencia coronada por todos los mirtos rojos del Insulto y de la Lapidación, fué saludada con amor por aquel puñado de héroes homéridas, alzados en armas contra la Tiranía;

me incorporé a ellos;

y, fui nombrado Secretario General, del Jefe de la Revolución, y General en Jefe del Ejército: Daniel Hernández;

en aquel grupo de guerreros, en su mayoría rudos y selváticos, muchos de los cuales habían sido compañeros de armas de mi Padre, yo era el niño mimado, al cual se creía nacido para los más gloriosos destinos;

una noche...

tras días de rudas marchas...;

acampados en un pueblo muy frío del territorio boyacence...;

Daniel Hernández, un grupo de jefes, y yo, platicábamos;

se hablaba de la guerra, que ardía en todo el país;

de la Tiranía, que asolaba con sus crueldades, las poblaciones vencidas;

yo aparecía ya dotado de este funesto don de la palabra al cual he debido tantos ruidosos y efímeros triunfos, y, apostrofaba rudamente el Despotismo Capitoliano, alzando un Himno de Gloria al valor nómade de las huestes que nos seguían;

se me oía en un silencio profundo;

de súbito, Daniel Hernández, lo interrumpió para decirme:

—Usted debe escribir todo eso, decir todo eso; la Historia de esta Revolución debe escribirla usted; sólo usted podrá hacernos justicia, usted la escribirá, ¿verdad?...

lo prometí;

y, aquel Areópago de Héroes, tomó nota de mi promesa;

sí;

yo la cumpliría;

yo escribiría esa Historia;

yo, diría al Mundo, el Heroísmo cuasi anónimo

de ese puñado de hombres combatiendo por la Libertad, sin otros testigos, que el cielo indiferente a sus proezas, y la virginidad de las montañas prontas a servirles de tumba y de sudario;

y, el Poema vivió en mí;

porque un Poema, y, no otra cosa, es esa pequeña Iliada de un puñado de Héroes destinados al fracaso primero, y a la Muerte y al Olvido después...

¿quién podría salvarlos, y quién los salvó de estos dos últimos abismos devoradores, sino yo, trazando con mi pluma de Homero niño, tan toscamente, pero tan amorosamente, esos cariñosos anaglifos de Gloria que son sus biografías?

yo, dramaticé sus nobles gestos esbozados en ese panorama de selvas y de ríos, que fué el único escenario de su Heroísmo anónimo y sublime...;

¿quién sin esas páginas de lírica emoción adolescente, sabría hoy, los nombres de esos héroes, fuera de ese jirón de tierra ingrata, por cuya libertad murieron...?

esa es la sola razón de la supervivencia de este libro — la razón histórica — porque razones literarias ningunas en él concurren como para hacerlo vivir;

y, luego, la concatenación de cosas de mi Vida, que hace de su génesis una etapa sentimental de grata recordación;

¿lírico?

desde luego;

¿épico?

la Epopeya fué su madre;

con qué noble entusiasmo lo emprendí...

con qué calofrío de fiebre tracé sus primeras páginas ora al fuego del vivac, ora bajo las tiendas de campaña en plena guerra, y luego:

con cuán desolada angustia, en las horas del triste inexorable Vencimiento...

porque fué cuando la Derrota consagró ya definitivamente nuestro fracaso, y, perseguido de muerte hube de emigrar hacia las llanuras orientales, y refugiarme cerca de Tame, en «Patute», un hato del General Gabriel Vargas Santos, último General en Jefe de la guerra vencida, que este proyecto de libro, extraído de mi frugal equipaje, tuvo una apresurada y formal realización;

dime a la tarea de concluirlo, en presencia del Héroe anciano, que me recordó la promesa hecha a Daniel Hernández, ya tan heroicamente muerto en la contienda...

los paisajes somnolientos y los mirajes violentos de la pampa, presenciaron su creación;

en horas caniculares y en la calma silenciosa de las noches, poco a poco el Poema fué surgiendo...

tosco y vago, de elocuencia primitiva y torrencial;

y bajo un cintrel bermejo de laureles y de rosas retóricas, poco a poco iban surgiendo los Héroes, como bajo un Arco Triunfal; victoriosos de la Muerte;

uno como estremecimiento de admiración romántica y dolorosa recorría las páginas cual un tema musical;

y mi mano aún inexperta dibujaba grandes cuadros de batallas, como frescos inconclusos sobre un muro;

y, mi fantasía, ebria de su propio vuelo, tocaba sobre tantas cosas inocentes y confusas, un largo toque de bélico clarín...

de súbito...

una nueva alarmante recorrió el llano glauco y llegó hasta nosotros;

de nuevo las jaurías oficiales venían en mi persecución;

se escuchaba ya a distancia el aullar de la traílla;

mi cabeza había sido puesta a precio; y la querían;

vagamente, confusamente, en las obscuridades de su instinto los tiranos presentían, que mi Vida había de ser el castigo de su Crimen, y querían eliminarla;

se sentía ya cercano el tropel de los cinocéfalos bélicos;

entonces: Vargas Santos, me puso en salvo;

me dió cabalgaduras, y víveres, y peones armados para que me escoltaran;

y, escapé...

llevando conmigo los medallones, de mis Héroes, y su Historia, aun inconclusa;

dije adiós al noble anciano, que de pie en la esmeralda fúlgida del llano parecía un dios Términus, alzado allí para defenderme...

y, partí...

entré en el desierto;

atravesé las selvas;

vadeé los ríos;

durante veinte días recorrí la pampa desnuda;

y, llegué a Arauca...

último pueblo de la Patria Hostil;

atravesé el río limítrofe con Venezuela;

y, heme ya en tierra hospitalaria;

y, el miraje de una tierra amable, que había de serme muy amada, se alzó ante mis ojos y en mi corazón...;

en un nimbo de Aurora, en sus espejismos de luz, con los brazos abiertos en un gran gesto de Hospitalidad;

y, me hallé solo, ya irremisiblemente solo, orgulloso en el espléndido corazón de mi Soledad...

... ...

... ...

mermaría grande interés y muchas páginas al libro de mis Memorias, *que ha de serme póstumo, si relatara aquí mi bella y dolorosa Odisea, descendiendo los ríos* Arauca, Orichuna, Apure, *hasta el enorme y tenebroso* Orinoco, *y de allí hasta el inmenso Mar...*

divina hora ardiente y heroica de mi Vida, perdida entre espejismos y alucinaciones, sobre los graves ríos, sonoros y misteriosos, y el azul de los cielos diáfanos, teñidos de escarlata;

sobre el dorso inquieto de esos ríos, y, a la sombra de sus bosques ribereños, este libro fué concluído, con una como embriaguez de mirajes, y, el recuerdo de cosas inmortales;

y, mis Héroes, fueron conmigo;

esperando la hora propicia para hacer conocer su Gloria, dispersándola sobre el Mundo;

como una ígnea rosa desfoliada a los cuatro vientos de la Rosa Náutica;

en el horizonte suave;

sobre la Mar inquieta;

y, la hora iba a llegar;

era en la ciudad de Rubio;

sita en Venezuela;

fronteriza a tierras de Colombia;

al finar el año 1886;

un grupo de proscriptos, nos hallábamos congregados allí;

todos jóvenes, todos ardientes e impetuosos, todos vencidos en la última guerra, y llenos aún de la divina virtud del Entusiasmo;

éramos;

Ecequiel Cuartas Madrid, Avelino Rosas, Emiliano Herrera, y yo (1);

llamado por ellos, yo había venido allí...;

¿qué querían?

conspirar...

¿contra quién?

contra los opresores de nuestra Patria;

¿cómo hacerlo?

éramos dos plumas y dos espadas;

dos escritores recientemente conocidos por un choque violento con el Despotismo, y, ya muy odiados; Ecequiel Cuartas Madrid, y, yo;

y, dos espadas hechas ya terribles en la reciente guerra: Avelino Rosas y Emiliano Herrera;

guerra de espadas no podíamos hacer;

haríamos entonces guerra de plumas;

resolvimos fundar un periódico;

y, lo fundamos, con el nombre de: «la Federación»;

---

(1) Ecequiel Cuartas Madrid murió poco tiempo después en una nueva guerra, puesto en cruz y fusilado por los dictatoriales de Colombia. Avelino Rosas, después de haber sido Héroe en la guerra de Cuba, donde tiene una estatua, fué a morir en Colombia, en otra guerra, ahorcado de un árbol y acribillado a tiros por los conservadores de Colombia. Emiliano Herrera, murió en Nicaragua.

unos tipos de imprenta traídos sigilosamente de Cúcuta, y otros, conseguidos subrepticiamente en la vecina ciudad de San Cristóbal, y, he ahí la imprenta;

redactores: Cuartas Madrid, y, yo;

¿cajistas?

Rosas y Herrera;

y, he ahí los dos héroes fungiendo de operarios, para componer el periódico rebelde, y Cuartas y yo puestos a escribirlo, con una santa pasión, que nos venía de lo más hondo del Alma;

¡noble pasión de juventud! ¡cómo vivifica todo lo que toca!...

rompiendo el Silencio letárgico que nos rodeaba, fuimos, violentos, de una violencia à outrance;

el periódico era rojo, como una llama viva, irradiando en la sombra;

del corazón de esa llama surgieron mis: Héroes;

Daniel Hernández, *fué publicado en el primer número de «la Federación».*

Fortunato Bernal, *en el segundo;*

y eso bastó...

el Despotismo colombiano puesto en furia solicitó del Gobierno venezolano la suspensión del periódico y la entrega de los culpables;

el Gobierno de Venezuela accedió a lo primero; pero, no a lo segundo;

el periódico fué suspendido, y el grupo de conspiradores *fué dispersado...*

y, heme ahí de nuevo en viaje, con el resto de mis Héroes aún inéditos, y los cuadros de sus hazañas en mi equipaje;

así llegué a la ciudad de San Cristóbal, en el Táchira;

pero, los liberales de allende la frontera, ya sabían de la existencia de mi libro;

y, Carlos Estrada fué hasta el lugar de mi destierro para pedírmelo;

se lo di;

lo llevó a Cúcuta; y allí fué enviado a Maracaibo, donde fué impreso por suscripción de los liberales cucuteños;

y, así vió la luz pública este mi primer libro político, principiado en la guerra, concluído en la derrota, y, publicado en el destierro al entrar en ese periplo de luchas inmisericordes que fué mi Vida...

*

* *

Poco tiempo permanecí tranquilo en esa alba de mi reputación tumultuosa, que otros han llamado Gloria, *porque nuevos dolores me asaltaron, y nuevas olas de infortunio me llevaron lejos, con nuevos manuscritos de combate entre mis alforjas de proscripto;*

con motivo de un discurso dicho en San Cristóbal, y que figura en este mismo volumen, la Dictadura colombiana pidió al Gobierno de Venezuela mi extradición;

éste se la negó; pero ordenó mi internación;

y, heme ahí de nuevo, en profunda peregrinación a través de las selvas, porque no pudiendo atravesar por territorio colombiano hube de dirigirme a Maracaibo, por las montañas cuasi vírgenes, que hay entre Colón y el puerto de Encontrados;

no iba solo;

conmigo iban, no ya mis Héroes de la Guerra, que había dado a volar en alas de la publicidad, sino los Hombres de la Tiranía, los grandes culpables, que ya llevaba, prontos a ser arrojados por las gemonías de la Historia, en mi nuevo libro: La Regeneración de Colombia, *que había escrito durante mi ascensión por el Orinoco, y demás ríos de la hoya hidrográfica que remonté, para llegar a ese lugar de mi torturante peregrinación, del cual entonces se me arrojaba;*

con ese libro inédito en mi equipaje, llegué a Maracaibo, la noble ciudad hospitalaria, cuyo recuerdo conmueve aún hondamente mi corazón;

la prensa de aquella Urbe, fué fraternal y admirativa para conmigo;

un alto y, eminente diarista, don Valerio P.

Toledo, Director Propietario de los «Ecos del Zulia», publicó en las columnas de su diario, capítulos de mi libro, e hizo luego una edición de él;

así vió la luz pública: «La Regeneración de Colombia ante el Tribunal de la Historia».

*

* *

Así uno en pos de otro, con pocos meses de intervalo, fueron estos mis dos primeros libros, a circular por Colombia y Venezuela, teniendo su ocasional y apasionada resonancia;

el torbellino de la Vida me llevó muy lejos...

y olvidé esos libros, como se olvida piadosamente un amor de adolescencia...

después de largos años...

un día...

una mano cariñosa y consoladora (1), *encariñada en la idea de hacer perdurar mi Obra toda, y que nada se pierde de ella, reunió en un solo volumen estos dos libros con el nombre de:* Pretéritas;

y, así fueron a circular por América, teniendo una acogida que mi arrogante orgullo no esperaba para estas dos libélulas rojas escapadas de un jardín primaveral;

---

(1) La de Ramón Palacio Viso.

hoy, entran bajo ese mismo título a formar en la colección de mis Obras Completas, *que la casa Sopena edita;*

el gran misterio del Tiempo ha consagrado esas páginas; su mano venerable las ha ungido... ¿había de rechazarlas yo, como una inoportuna aparición.?

no;

vengan ellas a completar mi Obra, y corónenla como un follaje de yedra superviviente en esta hora del pálido crepúsculo...

¿podía por un hosco orgullo de Escritor que ha triunfado, cercenar de mis Obras Completas, *esos dos primeros libros, tan ingenuos, tan sinceros, llenos de un lírico candor?...*

no lo he creído así;

haría una traición a mi Pasado, si no colocara en mi Obra estas madreselvas de Adoración, que ornaron el pórtico de mi Vida, temblando castamente sobre el vigor heroico de mi Juventud, que aparecía, ya torturada por nobles sueños inútiles;

nada he tocado en esos libros para corregirlos; nada;

les dejo todo su acre sabor y su salvaje belleza;

¿el Estilo?

no hablemos del Estilo, si es que alguno hay, en aquellas páginas que delatan las aulas recién abandonadas;

todo lo dejo allí, respetado, como un paramento de joyas bárbaras, que ornara el cadáver de una virgen sepultada largos años ha...

todo...

hasta la puntuación arcaica, de aquella época en que atiborrado de clasicismo, sufría aún el yugo de la Gramática y no había hallado mi estilo personal, *ese molde de oro y de acero, en que luego he vertido el metal de todas mis creaciones;*

dejad que desde la altura de esta Montaña de la Desolación, que ha sido mi Vida, vea con cariño, en los ya tan remotos jardines de mi Adolescencia, el vívido esplendor de esas rosas bermejas, de un color de sangre y sol, que me fueron tan amadas;

dejad que el Panfletario vengador que fuí y que aún soy en horas de coraje, y, el Historiador justiciero, que he sido en tantos libros míos, mire hoy con tierno amor de paternidad estos primeros Panfletos Históricos, en los cuales, palpita, con tanta unción, su pensamiento inédito, y su alma rebelde en un perpetuo viaje hacia el Ideal;

dejad que mis manos — que acaso sientan pronto los temblores de la edad — acaricien estos bocetos de libros, como acariciarían la cabeza de dos nietos muy amados, si hubiese perpetuado mi nombre y mi dolor, en miserables generaciones de carne;

¡queridas rosas de Adolescencia y Juventud, os digo: Adiós!

como acaso pronto lo diré a la Vida;

desde la árida playa de mi Soledad;

ante los rayos occidentales de un sol pacificador que llena mi alma de extrañas consolaciones...

cantos de pájaros de Ultra-Tumba;

venidos de las cercanas selvas de la Eternidad.

VARGAS VILA.

1921.

A MANERA DE PREFACIO (1).

Prosas Pretéritas, prosas de antaño, es el título que el Maestro ha querido dar a estas páginas suyas, páginas de juventud, por no decir de adolescencia bélica, sobre algunas de las cuales ha llovido ya la nieve de treinta y cinco años, y que conservan sin embargo todo el brillo y todo el fuego de la juventud que las dictó. Rosas matinales que guardan toda su frescura, aun en la tarde de esa vida que ha sido un inacabable sembrar de cosas bellas.

Dormidas estaban en el olvido y envueltas en el más acre e inmerecido desdén de su propio autor, esas prosas épicas, que sólo un tenaz empeño de mi admiración, logra hoy sacar de ese injusto limbo a la plena luz meridiana, que ha de esplender sobre ellas, como sobre un joyel de viejas joyas un día halladas bajo las ruinas. Nada puede el tiempo, sobre aquello que el Arte maravilloso produjo, y nada el mismo limo de la tierra y nada el silencio

(1) Este Prefacio orna la edición de «Pretéritas»-1913-París.

hostil, y nada el tenaz olvido, contra aquellas obras que llevan en sí, el alma inmortal de la Belleza.

Cuando uno de esos hombres universales, que no tienen patria, porque su espíritu y su obra pertenecen al acervo mental del mundo, llega a la plena consagración de su gloria, se cree peligrosa para ésta, la exhumación de obras juveniles que podrían empañar con nubes de vacilación, la luz del astro en pleno cenit.

Mi admiración por el Maestro, me habría hecho vacilar y aun retroceder ante el ensayo de esta prueba, si no hubiese tenido la convicción profunda de que estas páginas, llenas del fuego generoso de la libertad y del acento de las más nobles cóleras, resisten el parangón, a pesar de las naturales inexperiencias de la edad, con las más bellas que el panfletario y diarista formidable ha escrito luego. Apelo a los lectores, seguro de que ellos encontrarán como yo, en estas prosas, el mismo soplo de elocuencia huracanada, que anima toda la obra subsiguiente, de aquel hombre que ha sido en América, la más grande elocuencia de su siglo.

Cuando se ha sido como Vargas Vila, un conductor de conciencias y un educador de pueblos, la exhumación de escritos políticos de vieja data es de una definitiva audacia, porque, ¿cuál es el hombre que al declinar de su vida no se haya contradicho alguna vez? ¿cuántos no han traicionado alguna idea, o abandonado algún principio, o desertado de bajo alguna bandera? ¿cuántos se han conservado firmes en la hora crepuscular de las conversiones y de las regresiones, que es siempre la de la declinación de las energías y de la edad?

Vargas Vila, es en ese terreno, una victoria viva, y no sólo resiste la prueba, sino que hace de ella un pedestal. Leed «de la Historia» en este libro, y decidme si aquellos capítulos no parecen hechos de hoy por aquella gran conciencia que no ha mentido nunca; por aquella gran pluma que no ha tenido eclipse. En «Sombra y Sangre», esos apóstrofes contra la pena de muerte, ¿no son los mismos que ante el asesinato de los pueblos y de los hombres han vibrado luego en *Verbo de Admonición y de Combate*, y en los *Laureles Rojos?* Sus anatemas contra los mutiladores del pensamiento humano, contra los violadores y opresores de la prensa, en ese fogoso capítulo «Prensa Libre» ¿no son los mismos del «Verbo Libre», y los mejores editoriales de «Némesis»? En «Las Aves Negras» ¿no sentís el mismo acento condenatorio de la Secta Infame, que en admirables soplos de lirismo pasa por las páginas del *Camino del Triunfo* y la *Conquista de Bizancio?* Toda esa pintura de la tiranía que en Colombia se ha llamado la Regeneración, ¿no es la misma que ha hecho luego con mayor belleza en *Alba Roja*, *Los Parias*, *Los Divinos* y *Los Humanos*, y los *Césares de la Decadencia?* ¡Qué unidad de vida y de acción! ¡qué inflexibilidad de alma, que a través de cuarenta años de lucha no ha vacilado un momento, no se ha desviado un instante de la senda emprendida, ni se ha apartado lo más leve de su línea primitiva! ¿Cuántos otros podrán decir lo mismo?

No ha tenido, pues, razón el Maestro, para oponer la encarnizada resistencia que ha puesto a la publicación de estas páginas, resistencia que mi

amistad y mi admiración han vencido al fin, sin pretender dar con este triunfo, un átomo de gloria más, a una que está ya hecha, ni un día de orgullo a aquel corazón que ha renunciado a él. Pero, seguro estoy de hacer un placer a los admiradores tan numerosos y tan férvidos de Vargas Vila, en América, y un gran servicio a la Historia Literaria del Continente, publicando estas prosas, que el olvido y el silencio habrían devorado sin mi esfuerzo.

¿Por qué la rehusa obstinada de Vargas Vila a esta publicación? por su desdén hacia esa época y esas cosas de su vida. «Nada de ese pasado me interesa, ha dicho, en un reciente libro suyo (1), y si hubiera de salvar algo de él, no salvaría sino el recuerdo de mi madre, y como Eneas con su padre a cuestas no volvería siquiera mi vista hacia las ruinas de Troya.»

Si las ingratitudes de su país han arrancado al Gran Solitario, ese y otros apóstrofes violentos, la condenación de su obra de aquella época, no tiene razón de ser. El puede sentir el pesar de haber escrito para esa patria que le ha sido siempre hostil, pero no puede condenar esa obra al olvido.

«Atrás de *Ibis* — dice él—, no hay en mi obra sino literaturaje y politicaje despreciables, dignos de quedar enredados en las selvas bárbaras que atravesé; hombres y hechos infinitesimales, ¿cómo pude darles tanto valor y encariñarme a ellos? mi prosa me pide cuenta de este ultraje.»

Ese desprecio colérico por esas épocas y esos escritos de su vida, no los confirmará la Historia.

Vargas Vila, puede haber vuelto violentamente

(1) *Huerto Agnóstico.*

la espalda a su país, pero no puede volvérsela a su genio, y su genio alborea ya, en esas páginas de tan viril estructura y de tan noble entonación. Esas páginas, donde historiador y guerrero adolescente (1), Vargas Vila, describe las batallas que ha lidiado, y poeta-soldado, canta como Esquilo sus propias epopeyas, no merecen la sarcástica reprobación que él da a esa parte de su vida, cuando describiendo sus campañas de Boyacá y la batalla de Badanique, donde General de guerrillas, a los veinte años, comandaba en Jefe contra Próspero Pinzón, dice: «y al recordar estas mis *glorias militares*, no ceso de reír sino para esperar que mis lectores hayan acabado de hacerlo.»

Ese sarcasmo a su *gloria militar*, que no iguala en ferocidad de desdén, sino a aquel con que en otra página abruma su uniforme de Ministro Diplomático, no puede ser un sarcasmo a la gloria militar, porque Vargas Vila, hijo de soldado y soldado él también en su adolescencia, no puede despreciar la gloria de las armas y el encanto de los combates; porque su vida toda no ha sido sino una larga epopeya gloriosa, como la vida de un cruzado.

Si Nietzsche, enloqueció del pesar de ser incomprendido en su patria, y vituperó la Alemania con gritos de desprecio que eran en el fondo un gran dolor; si las mejores páginas que tenemos de Schopenhauer, contra la Filosofía Universitaria y contra la gloria de Heckel, las debemos al despecho de aquel espíritu acre y solitario, al verse desconocido o postergado en su país; si Ibsen, vagó

(1) Vargas Vila, es nacido en 1863.

veinticinco años fuera de su patria herido por su indiferencia y no se refugió en ella sino para flagelarla, no es de extrañar, que Vargas Vila, más orgulloso que esos otros genios, no se haya dignado apostrofar su patria, pero quiera olvidarla y sobre todo desterrarla de su obra. De ahí tal vez su oposición a esta exhumación de cosas suyas y a este proyecto mío de dar a luz estas prosas, que porque él quiere olvidarlas, las cree dignas del olvido.

Yo no sé de la política colombiana y sobre todo de la retrospectiva, lo bastante para decir, si los hombres apostrofados o elogiados en este libro, merecen el apóstrofe o el elogio, sólo sé que el canto y el dicterio aquí son bellos y es por bellos que vivirán. Y es por fuertes, por nobles, y por puras, que estas páginas vienen a consolarnos de tantas prosas fangosas y de tantos libros serviles, con que las almas esclavas se empeñan en regalarnos.

¿No veis cómo Vargas Vila, todo Vargas Vila, está en germen en estas páginas? Leed esos discursos ¿no es ya la misma elocuencia, aquella elocuencia arrebatadora, que ha tronado luego, dondequiera que este peregrino del ideal ha puesto los pies y ha dejado escapar de su pecho esos acentos, que sólo los que han oído, pueden decir a qué altura el verbo humano puede llegar en unos labios inspirados?

Si herido en el alma y enfermo en el cuerpo, Vargas Vila, se ha arrojado brutalmente en la soledad, como se hubiese refugiado en un convento, si hubiese tenido el alma cristiana, no es la prensa la que lamenta esa «claustración entre jardines y cerca del mar» en la cual el gran atormentado

busca el reposo, sino la tribuna, huérfana del más poderoso orador que oyeron los hombres de estos últimos tiempos, tan ricos en juglares sonoros y en panegiristas arrodillados, llenos del loco empeño de dar sonoridad a sus metáforas de siervos. La pluma de Vargas Vila, no ha callado jamás; es su palabra la que ha enmudecido. Vargas Vila, ha continuado en escribir sin descanso, desde todas sus soledades, desde Auteuil, en los alrededores de París, desde «Villa Ibis» en Málaga, desde «Villa Schultz» en Suiza, desde «S. Agnello» en Sorrento, pero ha enmudecido violentamente para la Tribuna. ¿No tengo yo razón de salvar esos discursos, en que el gran rebelde está ya todo él, fulgiendo en la sombra antes de que la gloria lo iluminara por completo? Esos acentos de San Cristóbal y de Maracaibo ¿no son los mismos que sonaran años después, en el *Ateneo* y en el *Paraninfo* de la Universidad en Madrid, y en los Congresos de Libres Pensadores, en París y Roma? Es ya la misma voz que conquistaba la admiración de un auditorio, antes de conquistar la admiración de un mundo.

En esos discursos, como en todas esas páginas, no encontraréis que sea completamente ajeno al Vargas Vila de hoy, sino la palabra Dios; quitad esa palabra, y el escritor ateo se os aparecerá ya, en todos su soberbios lineamientos. Y ¿qué falta es no ser ateo a los veinte años? la gloria está en serlo a los cincuenta y entrar como él, en la soledad, volviendo la espalda a Dios, y a los hombres, con el mismo gesto de desdén.

Es con un respeto enternecido, que he tenido en mis manos, las hojas amarillentas de estas prosas

ultrajadas por los años y prontas a hacer naufragio, si yo no hubiese tenido el designio de salvarlas.

Es acaso por esa mi piadosa admiración y para explicarme sobre ellas que me ha sido concedido el honor, único hasta hoy, no hecho a nadie por Vargas Vila, de prologar un libro suyo.

Al regresar de Italia, trayendo para la imprenta, estas páginas, arrancadas a la benevolencia del Maestro enfermo, al cual ya no interesa nada, ni siquiera su propia vida, he sentido el hálito acariciador de una victoria, porque había conquistado para la Belleza y para la Libertad, algo que vivirá en ellas, porque por ellas y para ellas fueron escritas.

Este libro, no añade nada a la obra ni a la gloria de Vargas Vila, pero las completa.

El Maestro, en su colérico desdén por sus prosas de aquel tiempo, no ha querido rever estas páginas, ni hacerles corrección alguna. Yo no he tenido ni la autorización ni la audacia de intentarlo. Eso les deja el raro encanto de darnos entero y sin retoques, el pensamiento juvenil, de aquel que, hecho después gran escritor, gran orador, diarista, novelista, diplomático y político, no ha dejado nunca de combatir por la Libertad, sino para cantarla, y no ha dejado de azotar la Tiranía sino para escupirla en el rostro.

Los primeros balbuceos de ese gran himno, son estas páginas. Las generaciones en medio de las cuales fueron escritas y con las cuales se lidiaron esos combates, han desaparecido. Nuevas generaciones han venido y han visto lidiar a este hombre, que ha llenado con sus luchas y su renombre, el fin

de un siglo y el principio de otro. Ningún hombre nacido de cuarenta años a esta parte en América, ha dejado de oír ese nombre, entre clamores de batallas, y ningún otro escritor ha influído más sobre la conciencia de su época, que este gran destructor de ídolos, que este tormentoso apóstol, que ha pasado sembrando en las almas, el más loco amor a la Libertad, que haya agitado jamás el corazón de un hombre.

Los cincuenta volúmenes de obras de Vargas Vila, son más que un monumento literario; son una columna de fuego permanentemente en marcha, a la cabeza de los pueblos oprimidos (1).

Esa Obra no pertenece al pasado ni al presente; pertenece al porvenir. Esa obra no buscó el aplauso de aquellos que la vieron nacer, ni de aquellos que la sintieron vivir. Ese aplauso no adquirirá toda su fuerza incontestada y plena, sino en los labios sin rencores de aquellos que la verán sobrevivir.

Sobre esa obra, no serán los hombres sino los siglos los que darán su veredicto.

R. PALACIO VISO.

---

(1) En mi libro de próxima publicación, «VARGAS VILA. *Su Vida y su Obra*», me extiendo largamente sobre todos y cada uno de esos volúmenes, y hago la historia de este raro espíritu, el más fuerte, más fecundo y más complejo de cuantos han actuado y ejercido influencia en nuestra política y nuestra literatura de los últimos tiempos.

DE LA GUERRA

(1885)

«De pie para cantarla, que es la Patria», dijo Olegario Andrade, el vate olímpico, cuando en su inmortal poema, detuvo su musa el vuelo en las riberas del Plata.

De pie para cantarla, diremos nosotros en estas líneas al hablar de la heroica revolución de 1885. Sí, porque es la epopeya más grandiosa de la Patria, después de ese drama inmortal de lágrimas y sangre, de truenos y batallas, que se llamó la guerra de la Independencia.

Nada ha habido más heroico después de aquella lucha, que esta otra, empeñada por el mismo pueblo en defensa también de sus derechos.

No fué ésta, no, una guerra fratricida, de caudillos vulgares, buscando en ella engrandecimiento o logros mercenarios.

Fué la más noble y viril de las protestas, que

un pueblo libre en camino al progreso haya hecho jamás contra un caudillo levantado de su seno para atarlo al carro inamovible del pasado.

Quédense en buena hora las lamentaciones e imprecaciones contra las guerras civiles para aquellas que no llevan en sí, el germen fecundante de una idea. Mas en naciones incipientes como la nuestra, que van avanzando penosamente hacia la civilización, son grandes todas las revoluciones que tienen por objeto defender las conquistas alcanzadas, y los derechos de los pueblos contra las absorciones del poder.

Entre las guerras del caudillaje y las guerras de la idea, hay un abismo.

Colombia ha luchado y se ha sacrificado siempre con heroico desprendimiento en aras de las ideas.

Allí las escuelas políticas han luchado con un tesón que asombra. El espíritu público se ha levantado siempre con una ala de luz, y otra de sombras, al través de todas las tormentas de la política, para volar en la región serena de los principios.

Allí, desde que nos emancipamos de España comenzó la lucha enconada y tenaz entre las dos escuelas. En política como en filosofía, la pugna de ideas ha sido constante entre los hombres de la Razón, y los del dogma, del doctrinarismo, y de la autoridad, los del derecho divino y del derecho popular, es decir, entre la escuela liberal y la escuela conservadora. Santander, *El Hombre de las Leyes*, fundó la una ; los hombres de los gobiernos fuertes, que, aunque habían peleado por la libertad, conservaban aún hábitos de la colo-

nia, fundaron la otra. Y, desde entonces el batallar ha sido reñido.

La libertad se ha eclipsado, en ocasiones, pero ha vuelto a aparecer más brillante que antes. Cuando la idea liberal ha sido desterrada del poder, las dictaduras han surgido, y cuando ella ha vuelto a aparecer, la libertad ha iluminado de lleno el cielo de la República.

Al predominio de la idea liberal se han debido en el país, todas las grandes medidas de adelanto, intelectual y material, como la extinción de la esclavitud, la abolición del *cadalso* por *delitos políticos*, el establecimiento del sufragio, del juicio por jurados, la abolición de la pena de muerte, la libertad absoluta de la prensa, la de estudios, la del pensamiento, la instrucción laica, gratuita y obligatoria, la creación de la Universidad nacional, la de las Escuelas normales, la desamortización, la navegación por vapor, el telégrafo, las vías férreas existentes en el país; finalmente todos los adelantos de libertad y de progreso; y ha dejado marcada su huella en el poder, por una estela de luz.

*

* *

El partido conservador ha querido siempre el centralismo, la censura, el cadalso, la horca, la religión oficial, los conventos, los jesuítas, y el atraso en todas sus formas, y bajo todas sus manifestaciones, marcando su huella en el poder por una mancha de sombras.

Así han estado divididos siempre los dos partidos.

Pero nunca la guerra había marcado tanto la lucha de los principios, como en esta última infortunada revolución. Fué la guerra de la libertad contra la tiranía.

La idea liberal había venido declinando en el poder desde que el siniestro espectro de la Regeneración se mostró en el horizonte de la Patria.

La Regeneración no era otra cosa que la traición al liberalismo, encabezada por Rafael Núñez, que ofendido con los liberales porque no habían aceptado su candidatura para Presidente de la República, desertó de sus filas y formó esa secta de disidentes que se llamó el Independientismo.

Dividido el partido liberal, su ruina era inevitable.

Los conservadores lo comprendieron así y alentaron la discordia uniéndose a los descontentos.

Lo demás, el país lo sabe.

Ocho años de persecuciones a la fracción radical, de incertidumbre, de división, de escándalo, prepararon la desaparición del partido liberal.

Los grandes cataclismos físicos se anuncian por ruidos subterráneos y señales amenazantes en la atmósfera. Así también los grandes cataclismos políticos se hacen sentir por vagos temores, estremecimientos de la sociedad, vergonzosas traiciones y eclipses de las grandes virtudes.

La última hora del liberalismo iba a llegar.

El partido conservador, como los muertos del drama del Calvario, se incorporó en su sepulcro y alzó la frente. ¡El partido liberal, según nos lo

describe Arrieta en su poética metáfora, semejante a los emperadores romanos, se puso de pie para expirar!

César, al caer agonizante al pie de la estatua de Pompeyo, se cubrió la cabeza con su toga avergonzado de sus propios asesinos. El liberalismo se arropó con la bandera de la República, para caer al pie de la estatua de la libertad, bajo el puñal de la traición; pero aun pudo erguirse para gritar con Drusso moribundo: «Nadie dirigirá la Patria con intenciones más puras que las mías.»

*

* *

Diez y seis años había gobernado el partido liberal sin interrupción el país, hasta cuando la ambición siniestra de Rafael Núñez, unida al partido conservador, vinieron a disputarle el poder.

Con la administración del señor Aquileo Parra, terminaron los gobiernos liberales, exceptuando los meses de presidencia del señor Zaldúa, en 1882. Porque aunque la guerra de 1876 pareció triunfar, el partido liberal ¡ay! no fué así. Aquel esfuerzo gigantesco fué infructuoso.

La victoria de los «Chancos», que pareció herir de muerte al partido conservador, mató al liberalismo. Por ella vino al poder el General Julián Trujillo, caudillo independiente, y con él, el partido conservador disfrazado ya con el pomposo nombre de la Regeneración.

A Trujillo, sucedió Núñez, quien continuó en-

tonces con toda la furia de la apostasía la obra de demolición del edificio liberal, iniciada por él.

Sólo un momento volvió a brillar el liberalismo en el poder, con el austero y octogenario señor Zaldúa. Mas ¡ ay ! la muerte que arrojó en la tumba al anciano Presidente, mató también las esperanzas liberales, y con el convoy fúnebre que conducía al ilustre difunto, salió la idea liberal del Palacio de San Carlos para no volver a entrar en él.

¡ El liberalismo había visto desaparecer sus hombres más preclaros en poco tiempo ! Había muerto Murillo, su maestro, su jefe, el apóstol de su idea y no asomaba aún el hombre que había de reemplazarlo. Habían muerto Daniel Delgado, Renjifo, Bohórquez, Rudecindo López, Peña, Santos Gutiérrez... poderosísimas espadas. Se había extinguido para siempre la voz elocuentísima de Rojas Garrido, cuyos últimos acentos expresados el 24 de Abril de 1881, aun se oían sonar en la conciencia pública, gritando : «Señores : el partido liberal unido es invencible... Antes que permitir el triunfo del partido conservador, que no quede piedra en el suelo de la Patria.» Pero la voz del gran tribuno, si halló eco en los corazones generosos, no penetró en el de los traidores, porque, hablando con Robespierre : «la voz de la verdad que suena en los corazones corrompidos, se parece a los sonidos que retumban en los sepulcros, sin despertar a los que en ellos yacen.»

El tribuno filósofo se durmió en brazos de la muerte, como Séneca, rodeado de sus discípulos, sintiendo ya los primeros ruidos del edificio de la libertad que empezaba a desplomarse.

En el reloj del destino iba a sonar la fúnebre campanada, que marca siempre la hora de las grandes causas, y el país se aprestó a presenciarla.

Entonces surgió con su torrente de ideas, y su constelación de héroes, con sus batallas y sus mártires, su grandeza y su infortunio, esa última admirable y sublime revolución liberal.

¡ Descubrámonos para verla pasar !...

*

* *

Rafael Núñez había llegado al Poder, por segunda vez.

Venía animado del mismo odio al liberalismo, pero simulado por falsas promesas.

Su primera Administración había sido de exclusión absoluta del partido liberal, de intolerancia plena. ¡ Esta segunda, decía él, que sería de conciliación, y que si la primera había sido para su partido, la segunda sería para la historia ! Y la historia la ha recogido. ¡ Qué de responsabilidades, qué de crímenes, de lágrimas, y de sangre no hallará en ella !

Al inaugurarse aquella Administración, se sentía un malestar general. La miseria pública, tantas ilusiones defraudades, tantas promesas sin cumplirse, hacían que el descontento fuese unánime y la expectativa grande.

El «*Delenda est Cartago*» de los romanos, fué la divisa del gobierno para con los radicales.

Los corifeos del nuñismo en los Estados oprimían con una fuerza abrumadora.

Aldana en Cundinamarca, y el General Wilchez en Santander se habían erigido en dictadores, y mientras los habitantes del primero de estos Estados empezaban a moverse, los santandereanos daban señales de vida bajo la vieja garra del *león del Norte.*

Así, fué en estos dos Estados, donde primero se sintieron movimientos revolucionarios.

En Cundinamarca estalló una revolución local encabezada por Manuel Navarrete en el Norte y Ricardo Gaitán en Occidente.

Navarrete fracasó y Ricardo Gaitán venció las fuerzas del gobierno del Estado y sólo capituló, después de su victoria en Guaduas.

El Gobierno nacional fué mediador en esta contienda y, Capella Toledo, verdugo más tarde de Gaitán, fué el encargado de pactar con él. Esta revolución terminó, pero el incendio se había propagado y era imposible detenerlo.

Santander, cuna de todas las grandes revoluciones, se aprestaba a la lucha.

El General Wilchez quería imponer su candidato oficial para Presidente de aquel Estado; el partido liberal lo rechazó, y llevó a las urnas el nombre del señor General Eustorjio Salgar.

Era este General, una de las personalidades más conspicuas del partido; militar de antiguos méritos, y una de las figuras más gallardas de los lidiadores de 1860. Su período de presidente de la República, mereció ser llamado, el reinado de Augusto.

El liberalismo creyó encontrar en él su antiguo

enérgico Jefe y lo tomó por bandera. El resultado no podía ser dudoso y el triunfo fué completo.

El Gobierno del Estado, vencido por la opinión, quiso entonces imponerse, anulando las elecciones.

Los liberales no pudieron soportar tamaño atentado y se lanzaron a la guerra.

En menos de diez días tuvieron tres mil hombres sobre las armas y pusieron sitio a la capital del Estado.

El Gobernante atrevido tembló en su solio, y el Presidente Núñez le tendió la mano.

En vista de aquella revolución que avanzaba como una avalancha que amagaba, después de vencer a Wilchez, caer sobre Bogotá, el Gobierno nacional creyó oportuno tomar cartas en el asunto, y en calidad de mediador envió a Santander una comisión de paz, compuesta de : el señor Felipe Zapata, radical, y el señor González Lineros, conservador.

El señor Zapata, movido por su amor a la paz, tuvo la debilidad de aceptar esta comisión que iba a paralizar una revolución llena de elementos y de prestigio, que al haber continuado su marcha, habría dado en tierra con el tren regenerador.

Los comisionados llegaron al Socorro, y allí pactaron con los jefes del movimiento, Hernández, Soto, Bernal, y muchos otros de los que formaron luego en la siguiente revolución. El nombre y prestigio del señor Zapata, infundieron confianza a estos jefes y se firmaron unas capitulaciones de que salió garante *la buena fe del señor Núñez para cumplirlas.*

¡ Los jefes liberales entregaron las armas, se disol-

vieron, y el señor González Lineros entró con los conservadores a gobernar en Santander!...

Según las capitulaciones, debía reunirse en Socorro una Convención que declarase la validez de la elección para Presidente.

Reunida ésta, la mayoría liberal fué lujosísima y el triunfo completo.

No habiendo venido el señor Salgar a encargarse de la Presidencia del Estado, la Convención eligió para reemplazarlo al Señor General Sergio Camargo, y designados, respectivamente a los Señores Fortunato Bernal y Daniel Hernández.

En vista de estos nombramientos, el Presidente González comprendió que la mayoría liberal se impondría, y, no queriendo dejar el puesto que había tomado por asalto a la candidez radical, pactó con el Señor Núñez la disolución de la Convención

Así fué; los soldados del mandatario perjuro, puestos al servicio de su seide en Santander, ocuparon una tarde de luctuosa recordación, el salón de las sesiones, y *la Convención quedó disuelta.*

El crimen se consumó, el país tuvo esta escena más de que avergonzarse, y el señor González Lineros, que había reclamado para sí, con tanta insistencia, el triste honor de ser el lapidador del Congreso nacional, tuvo también el de haber asestado el primero y más tremendo golpe a la soberanía de los Estados, desconociendo su autonomía y pisoteando cobardemente su dignidad.

El Presidente traidor creyó consumada su obra, pero el liberalismo, como antes, se alzaba cobrando nuevas fuerzas.

Daniel Hernández se alzó en armas en Pamplona, y seguido de unos pocos amigos, pasó a Cúcuta, la heroica ciudad del liberalismo colombiano.

Con un grupo de valientes se lanzó al centro del Estado, y lo atravesaron en medio de la admiración de los unos, y el entusiasmo y el respeto de los otros.

Al frente de aquel pequeño Ejército llegó Hernández a la frontera de Boyacá. Allí se detuvo.

¿Pasaría aquel Rubicón?

¡No era él hombre que vacilaba, y lo pasó!...

La Patria de Santos Gutiérrez se estremeció gozosa a la aparición de los soldados de la libertad. Campo Elías, el hijo de aquel caudillo, los esperaba ya con fuerzas reunidas.

Boyacá abría sus brazos a la revolución prófuga.

Como lo decimos en la «Silueta» de Hernández, después del paso de la cordillera de los Andes por Bolívar, nada registra la historia militar del país, tan audaz como esta invasión a Boyacá.

Quedarse en Santander era hacer una revolución local, Hernández la quería nacional y así la hizo.

Con el estandarte de la libertad se presentó a aquellos pueblos, y desde «Tipacoque» los llamó a las armas.

Su acento varonil despertó la República.

Con mil hombres casi desarmados afrontó aquel caudillo la furia de un Gobierno lleno de parques y de elementos, y una vez en Boyacá, no se detuvo y siguió avanzando.

Gobernaba a la sazón aquel Estado, el General Pedro J. Sarmiento.

En la «Silueta» de este Jefe, describimos cuál

fué su conducta ante esta invasión y cuál el resultado de ella.

Juzguen en buena hora los historiadores la conducta de Sarmiento y califíquenla como merezca. En cuanto a nosotros, el caudillo liberal, que yace en la tumba cargado de laureles, nos merece mucha gratitud y profundo respeto, para ir a perturbar su sueño con amargas reconvenciones, ni crueles reminiscencias.

No hay derecho para exigir a un hombre sacrificio mayor que el de su vida en beneficio de su causa. El que por ella se sacrifica es un héroe, cualesquiera que hayan sido sus equivocaciones. La muerte santifica, la gloria idealiza y la gratitud absuelve.

En Santa Rosa, recibió Hernández los primeros comisionados de Sarmiento. Ellos pusieron en manos de Hernández una nota del Presidente del Estado, en la cual ordenaba al Jefe del Ejército invasor la inmediata evacuación del territorio ocupado.

Hernández respondió con la entereza que le era peculiar; demostrando con la Constitución en la mano, que no había tal invasión, pues que las fuerzas a sus órdenes eran fuerzas nacionales, levantadas en defensa de la Constitución violada por el señor Núñez, y de la soberanía de los Estados, cuya causa era solidaria.

Recordamos, por haber tenido en parte un triste cumplimiento, las palabras casi proféticas con que terminaba Hernández aquella nota; decía: «Aunque el partido liberal se cruzara de brazos ante esta emergencia, nos quedaría a mis compañeros y

a mí, la satisfacción de haber sido *los últimos lidiadores de la causa liberal*».

Hernández continuó su marcha y al día siguiente se detuvo en Duitama.

Allí se incorporó al Ejército, el ciudadano General Gabriel Vargas Santos.

Era este Jefe prestigiosísimo, una de las esperanzas más legítimas del partido en la guerra que iba a comenzar.

La honradez inmaculada, la austeridad republicana, el desinterés llevado al estoicismo, una larga y brillante historia militar, y un nombre simpático y preclaro, señalaban al General Vargas Santos, como la personalidad más prominente de la revolución, y este caudillo abnegado, no vaciló en prestar su nombre, su espada y su prestigio a la gran causa a cuyo servicio debía él ser entonces, como es hoy, una de las glorias más serenas de la República.

Hernández, deferente a los servicios del antiguo Jefe, y noble como en todos los actos de su vida, resignó el mando del Ejército en manos del General Vargas Santos. Este lo rechazó con obstinación, Hernández insistió, y en aquella lucha de la modestia, Vargas Santos fué vencido, y hubo de aceptar el mando de aquel Ejército al cual acudían ya centenares de patriotas diariamente.

Grande fué el entusiasmo que la incorporación de Vargas Santos produjo en las tropas liberales, y mucho el prestigio que dió a la revolución en Boyacá.

Sogamoso, Tundama, Norte, y Centro y demás

Departamentos del Estado, mandaron con prontitud su contingente.

El Ejército, seguido de cerca por la Guardia Colombiana a órdenes de Montúfar, avanzó sobre la capital del Estado y la ocupó sin resistencia alguna.

Sarmiento miró impasible aquella ocupación contestando todavía con el *non possumus* de los Apóstoles, a las insinuaciones que se le hacían para que se adhiriese al movimiento.

Allí entró el señor Felipe Pérez a formar parte del Ejército, siendo éste el único de los hombres civiles del círculo radical residente en Bogotá, que no se cruzó de brazos ante la agonía del partido, y que vino a compartir con él las penalidades y sacrificios de su último generoso esfuerzo.

Principió entonces esa serie de conferencias con Sarmiento, que a veces se mostraba casi adicto a la revolución, pero que esperaba todavía con honrada obstinación, en las promesas pérfidas del Presidente Núñez.

La Guardia Colombiana, que había servido tanto tiempo a órdenes de Sarmiento, esperaba sólo que éste hablara, para seguirlo al campo revolucionario y así lo manifestó. Pero el Presidente alucinado, calló, y Montúfar fué a ofrecer a la dictadura, la espada que la revolución no había sabido recoger. De sus compañeros, unos siguieron el camino del honor, buscando sus antiguas filas, y otros, suizos vergonzantes, se alquilaron al partido conservador, para ayudarle a matar liberales.

En tanto, tuvieron lugar las Esponsiones de Tunja y fué despachado en comisión a Bogotá el señor General Foción Soto, a conferenciar con el

Presidente de la República y entenderse con los antiguos directores del radicalismo.

Incorporáronse en Tunja, Domingo Acosta y Navarrete, las dos lanzas más temibles del partido liberal; y en todo aquel trayecto, legiones de jóvenes, que burlando la vigilancia del Gobierno, salían de Bogotá y otras poblaciones, buscando los soldados de la libertad para formar con ellos.

El Ejército acampó en la hacienda de «Gámbita» y allí se avistó con las fuerzas dictatoriales a las órdenes del Señor Campos Serrano, Secretario de Guerra, y de un tal Morgan, aventurero yankee al servicio del Gobierno.

En aquel sitio dispararon por primera vez, los cañones de la traición, contra el campamento de la lealtad.

El Ejército liberal, según la juiciosa opinión de sus Jefes, no debía comprometer combate, porque siendo el mejor organizado hasta entonces, y el que más temor inspiraba al Gobierno, caso de ser vencido moriría con él la revolución.

Debía, pues, esperar que la guerra prendiera en todo el país y no comprometer un combate decisivo, hasta no tener seguridad de que, caso de un fracaso, habría otros Ejércitos que continuaran la lucha comenzada.

Acorde con este plan de operaciones, el Ejército levantó el 6 de enero (1885) el campamento de «Gámbita» y dirigiéndose al Oriente, se acampó en el «Jucual» adelante de Garagoa.

Desde aquel sitio se puso en comunicación con el General Sergio Camargo, que estaba en Mira-

flores, y el resultado de estas conferencias fué una visita de aquel Jefe al campamento.

Al terminarse aquel día la comida dada en su honor, el General Camargo, obedeciendo a uno de esos arranques, hijos de la sensibilidad exagerada de su carácter, a la cual debe su grande heroísmo y sus grandes debilidades, dijo a Vargas Santos:

—General, mañana tendrá usted un soldado más en el Ejército.

—El Ejército tendrá mañana su Jefe—respondió el modesto General Vargas, y desde aquel momento, Camargo fué de hecho, Jefe del Ejército Unico.

Con Camargo al frente y lleno de esperanzas y valor, salió el Ejército de aquellas montañas.

Ya las guerrillas conservadoras pululaban en todo el territorio del Estado, llenándolo de pavor con sus atrocidades, y al llegar al Garagoa de regreso de Miraflores, el Ejército tuvo que lamentar las consecuencias de una emboscada cobarde, que preparada contra el General Vargas Santos, hizo su víctima en el valeroso y simpático Jefe, Marco A. Estrada. Muy sentida fué entre sus compañeros de armas la trágica desaparición de este joven, que así por su valor como por su estirpe y su carácter, era una esperanza, y un adorno entre la juventud de su Estado natal.

Con profunda tristeza se separó el Ejército, de la tumba de aquella primera víctima que quedaba abandonada tan lejos de sus amigos y de su hogar.

Ni flores, ni lágrimas, ni coronas, habrán ido a adornar aquella tumba desamparada en un pueblo

enemigo. Mas no importa, el partido liberal no la olvida.

Las lágrimas de la Patria y las coronas de la gratitud nacional, caerán sobre ella.

El 27 de enero entró el Ejército del Norte, a Somagoso, entre los vítores de aquel pueblo loco de entusiasmo a vista de esos dos Ejércitos que se unían con la esperanza de salvar la República.

Más de tres mil hombres se unieron en aquel Ejército que contaba en su seno, las más altas notabilidades del partido y más de mil jóvenes notables que acudían allí, con heroico apresuramiento, aspirando a salvar al liberalismo expirante, o perecer con él.

Ya estaba allí el señor Soto de vuelta de su comisión a Bogotá.

La perfidia del dictador, el egoísmo y el terror de muchos antiguos partidarios, la habían hecho infructuosa. El encontró a Núñez invenciblemente dispuesto a hacerse tirano y a los antiguos Jefes del radicalismo, en la misma situación en que pinta Castelar a los patricios romanos en tiempo del Imperio: «lastimados de la pérdida de la libertad, pero faltos de valor para recobrarla; derramando muchas lágrimas por la República pero poco dispuestos a derrarmar por la República su sangre.»

¡ Era el partido liberal envejecido que se moría !

*
* *

Al cabo de unos días se emprendió la marcha con dirección al Norte.

Las hordas del dictador pisaban la retaguardia del ejército liberal. Era Daniel Aldana, el jefe conservador que los mandaba.

¡En Tasco recibieron Camargo, Sarmiento, y Hernández cartas de aquel jefe, en las cuales, con una extraña osadía, evocando las glorias del partido liberal, a quien iba a asesinar, les intimaba que rindieran las armas!

¡En vano recordó las glorias de Camargo, la amistad de Sarmiento, el prestigio de Hernández!

El primero, no se dignó recibir los comisionados; Sarmiento, contestó al pie de la intimación para rendir las armas, lo que Leónidas, a Jerjes: Ven a tomarlas; y Hernández le dió por respuesta, la elocuentísima dignidad del silencio.

El Ejército se detuvo en el alto de «Mauza» y pensó combatir. Lo seguían ocho mil hombres armados de remingtons, winchesters y peavody, y llevando ametralladoras y cañones de moderna invención.

El Ejército liberal, según se vió aquella noche, en las relaciones dadas por los jefes de División, sólo podría sostener media hora de combate, pues el soldado que más, *tenía doce cápsulas*.

Ante esta desproporción inmensa y vista la impotencia absoluta de resistir se resolvió continuar la marcha.

Deseando los jefes del Ejército desorientar a los del Gobierno e impedir que los siguieran muy de cerca, resolvieron al llegar al Cocuy volver, atravesando el espantoso páramo de Rechéniga, y, bajando de la salina de Chita, hasta Sácama, posarse en los últimos estribos de la Cordillera Oriental, fingiendo una retirada a Casanare. Efectivamente, ejecutado el movimiento, el enemigo se quedó perplejo, y lejos de avanzar retrocedió.

El 21 de marzo en el punto de «Buenavista» se separó Camargo del Ejército, tomando la vía de Casanare y San Martín, con dirección al Tolima.

En Bucaramanga, entró el Ejército entre verdaderos transportes de entusiasmo de un pueblo deslumbrado por tanto patriotismo, ansiosos de compartir las penalidades y las fatigas ante aquel grupo de héroes que tenían asombrada la República, si no con el estruendo de sus victorias, sí con la majestuosa dignidad de su resistencia y la grandeza de su constancia.

Los jefes liberales, firmes en su propósito de bajar a la Costa para conseguir armas con que poder hacer frente al enemigo, tomaron la vía de Lebrija con dirección a Puerto Wilches.

Ya Gaitán había realizado prodigios en la costa Atlántica y en el Magdalena. Había tomado a Honda, dominaba a Barranquilla, poseía el río y acababa de poner sitio a la ciudad heroica.

*
* *

Cartagena, nuestro Zaragoza, la ciudad mártir, nuestro orgullo, y el baluarte inexpugnable de la libertad, se había sentido un día sorprendida por los soldados del despotismo, que mancillando sus glorias se parapetaron tras de sus muros sagrados. En vano los libres corrieron a defenderla. ¡ Era ya tarde ! Aunque ella extendía los brazos no podía recibirlos, porque los soldados de la tiranía aposentados en su seno le desgarraban las entrañas. ¡ Ay ! ¡ el dictador que todo lo había deshonrado no perdonó ni la heroica y noble ciudad en que se meció su cuna !

¡ Qué sublime fué aquel sitio !

Aquellas murallas que por primera vez servían contra la libertad, estuvieron muchos días vomitando y recibiendo fuego. Allí se peleaba siempre y a todas horas. ¡ Cuando el sol alumbraba de lleno reflejando sus rayos sobre las aguas del mar y las torres de aquella ciudad de aspecto semimorisco, se escuchaba el ruido asordador de la metralla y se veían en distintos puntos : ya una nube de humo que anunciaba una escaramuza, ya unos soldados liberales que coronaban una altura o escalaban una muralla ; allá, otros que asaltan un castillo ; más allá otros que desalojaban un reducto !...

Cuando en noche sombría la tempestad bate sus alas en el espacio y las olas enfurecidas golpean y arrojan contra la costa las débiles faluchas en que los soldados de la libertad pretenden llegar a

favor de la sombra hasta los muros inflamados para escalarlos, se escucha también el eco del cañón, como remedando la voz de los truenos que asordan el espacio, cual si fueran los ruidos de una de aquellas batallas célebres concebidas por la fantasía de Milton. Y cuando en noche más apacible la luna vierte su tenue luz en las soledades azules del Océano y la ciudad sitiada, con sus grandes edificios, semeja una banda de aves marinas dormidas sobre la playa; se ven sobre las murallas grupos de hombres que avanzan cautelosos unos hacia otros, se aproximan, se chocan, se hieren, forman combates espantosos, luchan cuerpo a cuerpo y se oyen en el silencio de la noche, mezclados al ruido de las armas, gemidos, ayes, imprecaciones y gritos de victoria... y como visiones de un sueño dantesco se ven sombras que se desploman de las murallas y hombres que se arrastran por la playa y pequeñas embarcaciones que como grandes cetáceos se deslizan ligeras para salvar aquellos hombres que han caído al agua y que se ven flotar un momento como un punto negro y desaparecer después... ¡Viene la aurora, luce el día y alumbra el mismo cuadro!... Sitiadores y sitiados en la brecha.

Así se combatió en Cartagena.

Los historiadores darán algún día la relación circunstancial de aquel sitio memorable de diarios asaltos y diarias batallas en que tuvieron lugar las más conmovedoras escenas y cuadros heroicos, dignos de los hijos de aquellos que con igual valor disputaron en 1815, esa plaza y esas aguas a la codicia española. Sitiadores y sitiados desplegaron un

valor, no que extrañe, porque es común en todas nuestras guerras civiles, pero sí que asombra, como asombra siempre la grandeza humana. ¡Cómo olvidar jamás el arrojo indomable con que Siervo Sarmiento se lanzó en persecución del buque blindado que conducía a Santodomingo Vila, siguiéndolo mar adentro en un pequeño buque de río que fué largo tiempo juguete de las olas, hasta que hubo de volver a la costa ya averiado y falto de combustible! ¡Y la heroicidad del bravo Capitán Ecker, el primero en disparar contra las murallas y muerto por el último tiro de cañón que partió de ellos! ¡Y el heroísmo del General Cabezas, y el humilde y noble sacrificio de Enrique Cote!

Los sitiados tuvieron ya su cantor en el señor Samper; los sitiadores lo tendrán mañana, cuando el triunfo de la libertad permita cantar la gloria de sus hijos. Entre tanto, tú, Cartagena, mártir de este drama sublime, tú les harás justicia. ¡Tus muros presenciaron los esfuerzos inauditos de su valor, los arranques fabulosos de su atrevimiento y protestarás contra las calumnias de que han sido víctimas! En tanto, llora como toda la República la humillación de tu gloria. ¡Quién hubiera creído que de tu seno generoso había de salir el tirano de la Patria! Mas, eso no te amengua. Roma también fué cuna de Calígula, después de haber abrigado en su seno a los Gracos y a Catón, a Genuccio y a Espartaco y de haber visto caer al Capitolino y romper contra sus muros las legiones de Cartago. No importa que ese hombre que todo lo ha envilecido haya querido también arrojarte lodo a la frente. Matrona del Atlántico, vive del recuerdo

de tus glorias y no recuerdes tus afrentas. Al recordar a tu hijo criminal no lo maldigas. ¡Cartagena, en nombre de tus mártires, perdónalo!

*
* *

En aquellos días se entablaron las negociaciones en que tomaron parte tan activa los Señores Justo Arosemena y Almirante Youett.

La indignidad del Gobierno que todo lo había sacrificado a la esperanza del triunfo, había permitido también, que el suelo de la patria fuera hollado por las plantas atrevidas de los soldados de Norte América, admitiendo así una especie de protectorado semejante al que pudieran establecer las naciones europeas en las riberas del Ganges, o sobre las tribus de negros de esos reyezuelos de la Nubia o la Abisinia.

¿Pero, qué podía importarle esta humillación a un Gobierno que no contento con haber deshonrado la República en el interior, la exhibió en Panamá desnuda y azotada como una esclava de Circasia ante los mercados europeos, y que cobarde ante exigencias extranjeras levantó las horcas de Colón, no para colgar allí los criminales del incendio, sino la dignidad nacional vendida y humillada?

Esta conducta había hecho creer al Almirante y al Gobierno yankee, que en Colombia todos los jefes eran de la diminuta talla moral del Presidente de la Unión, y por esto se atrevió el primero a pro-

poner a los jefes liberales unos tratados de cuyo cumplimiento *él y su Gobierno salían garantes.*

¿Quién sino la indignidad del Señor Núñez y la ambición de los conservadores pudieron autorizar la codicia americana para venir a entrometerse en nuestros asuntos privados?

En esta emergencia se vió siempre el amor infinito que Daniel Hernández profesaba a su Patria. «Yo no pactaré—dijo—, porque si el señor Núñez no cumple los tratados, vendrá una escuadra americana a hacerlos cumplir, y no seré yo quien apele a soldados extranjeros para defender mi causa.» ¡Sentimientos sublimes que al haberlos poseído el Presidente de la República, se hubieran ahorrado al país, tantas y tantas afrentas!...

La mediación del Almirante Youett fracasó pues, ante la dignidad de los jefes radicales que no quisieron oírlo, y entonces comprendió, como lo dijo luego a su Gobierno, que aquélla era una gran revolución hecha por un partido numeroso y que contaba con jefes muy notables.

En tanto, la causa liberal había fracasado en el Sur. Cogotes y Sonso habían sido la tumba del liberalismo en Tolima, y en el Cauca. En el Antioquia la traición había abierto la puerta a los dictatoriales burlando la heroica decisión de su noble y anciano Presidente.

Honda había caído en poder de los conservadores, después de un combate sangriento en que se habían sacrificado Vergara y Amador, con la gallardía de dos mariscales franceses.

En el interior los patriotas hacían esfuerzos inauditos, pero dispersos, mal armados y, perse-

guidos, no habían podido unirse en un solo cuerpo y esperaban la vuelta del gran Ejército para no proceder aisladamente.

Entonces se resolvió levantar el sitio de Cartagena, atacar a Quintero Calderón, volver sobre Mateus, vencerlo y penetrar al interior de la República.

En estas circunstancias y levantado ya el sitio arribó Carmago a Sabanilla. Había llegado al Tolima poco después del fracaso de las fuerzas liberales, y entonces, volviendo al Oriente, se embarcó, salió al Atlántico y vino a buscar sus antiguos compañeros.

Su aparición después de un viaje tan penoso, disipó en parte el mal efecto que había causado su separación, y acorde con él se resolvió persistir en el plan de campaña ya iniciado.

*

* *

Refieren que el pintor Angélico se ponía de rodillas para trazar los cuadros de la Biblia, y con la cabeza descubierta pasaba al lienzo sus modelos inmortales. ¡Así hubiéramos de hacerlo nosotros si fuéramos a describir con todos sus lúgubres detalles, aquella gran batalla, aquel gran sacrificio, a que hemos llegado y que se llama la «Humareda»! ¡Cuadro aterrador, campo sombrío, en cuyos fondos se mezclan tintes de las tristezas de Moscowa, y reflejos del incendio de Aboukir! Pero como no nos proponemos tal cosa, sino simplemente hablar de los héroes muertos allí, y que

figuran en nuestras «Siluetas», se nos permitirá que seamos en esto parcos, como en todas nuestras humildes «Pinceladas».

Con las banderas de la Patria desplegadas al viento y a todo vapor avanza la flota liberal rompiendo las turbias aguas del caudaloso río, que pronto va a verse tinto en sangre de héroes. Sobre la cubierta de los buques se agrupan los jefes y oficiales, ansiosos de ver al enemigo y principiar el combate. Nada se divisa en la orilla; un silencio profundo reina en el campamento conservador, y solamente confundidas con las nieblas de la mañana que empiezan a evaporarse, se ven las columnas de humo del vivac del Ejército enemigo. A su vista el entusiasmo liberal se exalta, y un viva a la libertad brota de todos los labios y va a repercutir en las inmensas soledades de aquellas selvas. Apenas los primeros buques frente al enemigo, la artillería conservadora dispara sobre ellos.

Y éstos responden a su vez dirigiendo sus fuegos sobre el enemigo oculto en las espesuras del bosque.

Entonces comienza el combate.

Las fuerzas que han desembarcado avanzan y rompen el fuego sobre el enemigo. Este resiste escondido en las sinuosidades del terreno, y los parapetos que se ha formado. Nuestros soldados tienen que ir abriéndose trocha para llegar a ellos, por entre los espinos, y bejucos que les hieren el rostro e impiden su marcha, siendo mientras tanto fusilados por el fuego de las guerrillas emboscadas en aquellos puntos. Al fin, los soldados libe-

rales se abren paso y tienen el enemigo a su alcance; entonces lo acometen con furor. El choque es violento, temible, encarnizado; de árbol en árbol, de mata en mata, de tronco en tronco, es preciso ir desalojando el enemigo. Los conservadores se defienden con insistencia, los liberales atacan con heroísmo. Ultimamente los primeros se ven envueltos y tienen que replegarse sobre las trincheras donde están sus compañeros.

El combate se ha hecho general. Sarmiento, como jefe del ejército de Boyacá y Hernández del de Santander, dirigen el ataque. El Ejército liberal ha llegado combatiendo al pie de las primeras trincheras. ¡El combate se torna así horrible! El estampido de la artillería de los buques y el de la que del fondo del bosque les contesta; la fusilería continuada que forma un solo estallido; el pito de los buques, las cornetas, los tambores, el silbido de las balas, los árboles que se desploman, los ayes de los heridos, las voces de mando, todo forma un solo estruendo asordador, tremendo, espantoso. ¡Aquello es la locura de la guerra, y el vértigo del combate!

En tanto los liberales conquistan el terreno palmo a palmo.

¡Allí van! Ved aquel grupo; lo preside Sarmiento que con una sencilla blusa militar y la espada en la mano, impasible, sereno, a la cabeza de su ejército avanza bajo aquella nube de fuego.

Los soldados, jadeantes, respirando apenas bajo aquella atmósfera abrasada, lo siguen. Niños en cuyos labios parecen aún impresos los últimos besos de la madre; jóvenes gallardos, esperanza de

la Patria, hombres maduros, ancianos venerables, van saliendo de entre aquel bosque enmarañado, con los vestidos hechos jirones, por las zarzas de aquella naturaleza salvaje, sin sombrero, los cabellos desgreñados adheridos a la frente por el sudor y con ojos que lanzan rayos, buscan al enemigo como un cazador que ha perdido la huella de la presa: «¡Allí están!» dice Sarmiento comprendiendo su anhelo y señalándoles un volcán de llamas que se ostenta muy cerca de ellos «¡Adelante!» dice el jefe: «¡Adelante!—responden todos—. ¡Viva la libertad!... ¡Viva la República!... ¡Abajo el dictador!...» y como flechas desprendidas del arco de un salvaje, se lanzan sobre aquel cráter inflamado...

¡Una nube de humo y de fuego los envuelve, los rodea, los arrolla!... ¡Cada árbol, cada foso, cada ondulación es una trinchera que brota fuego sobre ellos; la selva virgen se estremece bajo el estruendo de aquel duelo espantoso! ¡Unos caen, otros se levantan, otros se arrastran penosamente hasta las trincheras, otros las escalan!... De súbito, el jefe se detiene, lleva una mano al pecho, se reclina contra un árbol, extendiendo aún su otra mano vacilante, dice a sus soldados que lo contemplan: «¡Adelante!...» Después sus piernas flaquean, su mirada se extravía, su voz se extingue y cae en tierra. ¡Ha muerto! Un oficial casi niño se acerca a él, es su sobrino Julio, cierra sus ojos con cariñoso respeto, lo envuelve en la bandera de la República y lo oculta entre las zarzas del bosque. Con Sarmiento cayó allí la legitimidad de Boyacá. La bala que le hirió apagó uno de los astros más bri-

llantes del cielo de Colombia. ¡Dormid en paz, heroico veterano! La Patria guardará tu nombre, y tus hijos, irguiéndose con orgullo, podrán decir mañana: «Somos los hijos de Sarmiento. Eso les bastará para su gloria.»

En tanto el combate arrecia.

Mirad aquel héroe que avanza solo. Ved qué sonrisa tan espantosa vaga en sus labios. El caballo que lo lleva chorrea sangre, su vestido está cruzado de balas, y su gran sombrero de alas anchas muestra las señales del fuego. ¡Nada lo detiene! Las balas pasan silbando sobre su cabeza, sin que lo hagan pestañear, desastillan los árboles que lo rodean y se clavan con ellas sin que aquel hombre se aperciba, pues va animado del sublime desprecio del peligro, que anima sólo el pecho de los héroes. Oídlo, grita su nombre como un desafío a sus enemigos; los insulta, los afrenta, los provoca. ¡Ved! ¡Allí lo cercan nueve hombres; uno le toma la rienda del caballo, los otros disparan sobre él! ¡Han errado el tiro! ¡La gloria protege su hijo predilecto, pues no ha sonado aún la hora! El héroe se defiende, dos caen a los tiros de su revólver, blande su espada, atraviesa el cuello de uno, el pecho del otro; foetea, hiere, a los demás los pone en fuga, y, sano y salvo, sigue adelante. Cuando se une a sus compañeros, el florete que empuña chorrea sangre, tiene en su cuerpo tres heridas aunque leves, siete balas han horadado su vestido, su sombrero está hecho jirones y el caballo cae muerto bajo sus piernas. ¿Lo habéis conocido? ¡Es Ricardo Gaitán! ¡La muerte lo ha respetado hoy! Mañana será lo mismo, porque aun pesa

sobre él, el odio de Núñez. La venganza de este hombre hará en el silencio del calabozo sombrío de Panamá, lo que el hierro y el plomo no han podido hacer en la «Humareda».

¡ Verdugo, en nombre de la víctima, os saludamos !

¡ Salud, tres veces salud !

Y el combate empieza a decidirse. Ya los conservadores se repliegan y abandonan sus posiciones por el empuje liberal. El combate varía de aspecto, ya las alas del pánico tocan la frente del ejército conservador, que empieza a desbandarse haciendo aún fuego nutrido. En medio de esos torbellinos de humo que ofuscan la vista y oscurecen el espacio, vense soldados de uno y otro bando que se arrastran por el suelo desesperados, moribundos, sobre miembros ensangrentados y palpitantes, buscando en vano una gota de agua para aplicar a sus sedientos labios. ¡ Ay ! sólo ven fuego encima, sangre debajo, fuego por todos lados y sólo escuchan gritos de victoria, voces de muerte, oraciones de agonizantes y súplicas y gemidos mezclados al ruido de las balas y de las astillas de árboles que pasan por sobre sus cabezas produciendo un sonido semejante al chillido de una bandada de aves fugitivas sorprendidas por el incendio de un bosque.

Ya las tropas liberales dominan las trincheras.

Ya la victoria es nuestra ; los enemigos huyen. Ved al más noble de los valientes, cómo se alza sobre aquellos parapetos que aun despiden fuego. ¡ Los ha tomado a esfuerzos de su valor y tremola sobre ellos la bandera de la República ! Girardot,

en Bárbola, Ricaurte en el volcán de San Mateo, Godofredo en los muros de Jerusalem, Grau en la cubierta de Huáscar, Patroyd a tiempo de arrojarse en el Océano debieron alzarse con tanta majestad así. ¡Es el león que contempla bajo sus garras la presa palpitante, el águila que ha escalado la altura de la cima, el cóndor que extiende ya sus alas sobre el cráter del volcán! Mas, ¡ved cómo envuelto en la bandera de la Patria se desploma de aquellas trincheras y rueda como un astro desquiciado en el vacío!...

Es Daniel Hernández.

¡Descubríos, admiradores del valor, que el heroísmo está en el suelo! Héroes de Platea y Maratón, no sintáis celos; ese hombre, más que vuestro rival, es vuestro hermano. Recibidlo, manes de Epaminondas, y Leónidas. ¡Valientes todos, alzaos para abrazarlo! ¡Rodrigo de Vivar, Horacio Nelson, Cayo Graco, Escipión, Cedeño, Plaza, de pie para recibirlo, que es Hernández!...

¿Quién es aquel valiente descuidado que avanza solo por en medio de tan espeso bosque?

Oídlo gritar, sus palabras os dirán: «*A garretazos, muchachos, acabemos de derrotar a estos godos.*» Una partida de asesinos lo acechan. Suena una descarga... el héroe cae... ¡Los malhechores huyen! ¿Quién es el muerto? ¡El vencedor en Alto grande, el presidente de Santander, Fortunato Bernald!... ¡Adalid, invencible, dormid en paz!

La derrota del enemigo es ya un hecho. Quintero Calderón ha sido el primero en huir. Sorprendido, aterrorizado, lleno de pánico, corrió como

un gamo. Sólo quedan haciendo el último esfuerzo los restos traidores de la Guardia Colombiana, que aun conservan algo del valor liberal. Pero pronto son vencidos cayendo en poder del Ejército liberal, con más de trescientos prisioneros, sus armas, sus cañones, sus ametralladoras y sus dos jefes, Reinales y Martínez.

En tanto, Camargo, como un león encadenado, se agita sobre la cubierta del buque. Los destrozos del Ejército lo han puesto furioso. De uno a otro extremo de la cubierta del vapor se pasea como una fiera encorralada. El fuego ha llovido allí todo el día; está rodeado de cadáveres; a su lado ha muerto Capitolino Obando; la chimenea del buque está hecha pedazos, y es tanto el fuego que allí se recibe, que más de un bravo General se ha ocultado para escaparlo, mientras él ni se apercibe, dando órdenes, gritando y animando el combate. Más de tres veces ha querido lanzarse a tierra para mezclarse entre los combatientes, siendo necesarias serias reflexiones para que se abstenga de hacerlo. Al saber la muerte de Hernández, exclamó: «¡ Yo también voy a morir !», y saltando a tierra quiere tomar el primer caballo que se le presenta; mas viendo que es tarde para ser el primero en sacrificarse, resuelve volver a su buque para atacar el último baluarte donde los enemigos, que ya no pueden huir, se han parapetado.

«¡ De proa contra las trincheras !», grita desde su casilla. Los Capitanes vacilan. «¡ Cobardes—volvió a gritarles—, los buques sobre esas trincheras u os mando hacer fuego !» «¡ Matadlos !», dice a sus Ayudantes viendo que aun vacilaban los prácticos

en ir a estrellarse contra aquel parapeto. ¡ Mas a esta intimación e impelidos por los Generales, dirigen los buques a la Costa chocando contra aquel muro de fuego!

Entonces se ve un cuadro horrible ; el combate es tan encarnizado, que se pelea cuerpo a cuerpo del buque o la trinchera. «¡ A tierra !», grita Camargo, y el baluarte enemigo se ve pronto coronado por los soldados de la libertad.

¡ He allí un hombre casi ciego que deja el buque y sube a la trinchera y un asesino que le clava el puñal al corazón ! Es la sabiduría asesinada por la ignorancia, el patriotismo muriendo a manos de la traición ; es el doctor Luis Lleras, sabio matemático, antiguo profesor, admirable astrónomo, gloria de la Ciencia y honra de la Patria. ¡ Con aquella ilustre víctima viene a cerrarse este día el tremendo martirologio de la libertad !

Rendida aquella última trinchera, el combate ha terminado y el triunfo es completo. ¡ La victoria extiende sus alas de luz sobre aquel cuadro de muerte, en que el partido liberal queda victorioso, pero hecho pedazos, ensangrentado y moribundo !

En la batalla de Cheronea murió la libertad griega, en la de «Humareda» murió la libertad de Colombia. ¡ Allí desapareció el liberalismo, como Rómulo entre el torbellino de una tempestad ! Mañana volverá a aparecer el cóndor de la libertad cruzando el cielo de la Patria, volverá a posarse en el Capitolio ahuyentando de allí esa partida de buhos que el fanatismo ha lanzado, para que se alimenten del cadáver de la República.

*
* *

¡ La tarde va declinando !... el sol apenas se ve a través de la espesa nube de humo que aun envuelve el lugar del siniestro. Los héroes van volviendo del combate pensativos y cabizbajos. Han vencido, pero sus jefes más preclaros quedan allí...

¡ Sarmiento, Bernal, Hernández, Obando !... ¡ El enemigo ha huído, pero los jefes que los llevaron al triunfo ya no alientan !... ¡ Jamás se vió victoria más sombría ; sólo las nieves de Smolensk y Borodino vieron triunfos tan llenos de tristeza ! Los gritos de triunfo se hielan en los labios del soldado que baja en silencio la cabeza para llorar. El sol languideciente al ocultarse arroja más horror sobre este cuadro, y la nobleza entera parece acompañar el duelo del patriotismo.

Los cadáveres de los Generales yacen en los salones de los buques y sus compañeros los rodean con religioso respeto.

Camargo y los Jefes sobrevivientes, de pie sobre la cubierta de los vapores, contemplan los restos sangrientos del combate. Un momento después es de noche. Las olas del río se deslizan silenciosas como respetando el sueño de los muertos y el dolor de los vivos. La obscuridad es completa ; las estrellas esquivan reflejar su luz en ese lago de sangre ; negras nubes amenazan lluvia y el horizonte se ennegrece por momentos. Una que otra luz se ve brillar en la orilla sobre el campo de batalla como luciérnagas errantes en el silencio del bosque. Son

la esposa que busca el cadáver del esposo, el hermano que sepulta los restos del hermano querido, el amigo que entierra al amigo cariñoso.

De súbito se siente un tumulto en el «Once de Noviembre». «¡ Se quema, se quema !» son los gritos que se oyen por todas partes. ¡ Allí están el parque y los heridos !

¿Qué nuevo golpe nos amaga?

Los buques todos se aprestan a salvar el vapor incendiado, pero ya es tarde, porque el fuego ha cundido con una rapidez vertiginosa. A la luz del incendio se ven entonces los cuadros más desgarradores e imposibles de pintar. Hombres que buscando la salvación se lanzan al río, luchan un momento con la corriente y desaparecen después... espectros sangrientos de heridos y moribundos que suben a la cubierta implorando socorro... Pobres voluntarios, que alzan sus hijos en los brazos implorando piedad, y desaparecen después entre aquella tromba de fuego... Quién llama a su padre, quién a su hermano, quién a su amigo. «¡ Socorro, socorro !» es el solo grito que se oye. ¡ Súbitamente un espantoso resplandor lo alumbra todo, se oyen los últimos acentos ; luego un estallido horrible, y se percibe el olor de la pólvora inflamada, las llamas empiezan a vacilar y se extinguen ; después, el silencio de muerte reina en torno !... Un instante se ve aún sostenerse en la superficie el casco del buque perforado, después se balancea un momento y desaparece en la corriente. ¡ Un grito horrible acompaña su desaparición ! La última esperanza de la revolución se hunde allí. La mano de la fatalidad la ha herido de muerte.

Pocos momentos antes han circulado otras noticias no menos tristes: la culebrina, al estallar, ha hecho pedazos al General Lombana y Plutarco Vargas acaba de expirar.

La hora suprema de la libertad va a sonar, y el astro de la tiranía se levanta en el Oriente como un globo de sangre, mientras el liberalismo declina hacia su ocaso.

El incendio, la metralla, las enfermedades, han acabado con aquel último puñado de sus defensores y ya sólo quedan los unos velando el sueño de los otros.

Descubrámonos ante la memoria de los mártires y saludemos a los grupos de los héroes...

*

* *

El dolor no apagó el entusiasmo en aquel Ejército, y al día siguiente sólo se pensaba en combatir para vengar tantas víctimas y arrancar nuevos laureles de manos de la victoria.

Conceptuaron los Generales que habiendo perecido en el incendio de el «Once de Noviembre» la mayor parte del parque y no quedando más armas que las que estaban en manos de aquel Ejército victorioso pero despedazado, no se podía efectuar la invasión de Santander; por lo cual resolvieron regresar sobre Mateus, que estaba en Calamar, con intención de batirlo, y apoderándose del parque nacional que este jefe tenía en su poder, internarse entonces sí al interior de la República. De acuerdo con este plan, al día siguiente el Ejér-

cito empezó a bajar el Magdalena abandonando el campo de su última victoria donde quedaban aún insepultos los restos de sus hermanos y compañeros de armas a quienes la precipitación de la marcha no permitía dar sepultura.

Merécenos una especial memoria entre estos muertos abandonados allí, el nunca bien sentido Luis Antonio Rincón, joven jurisconsulto, soldado de las modernas ideas, que fué el representante de la juventud liberal en aquel gran drama de la gloria.

Una vez frente a Calamar, se apoderó del General Camargo aquel deseo de capitulaciones que tan funesto había de ser a él, como al Ejército.

Al efecto, empezó a tratar con Mateus, apoyado por cartas de Reinales, prisionero.

Los demás Generales y el Ejército todo, eran adversos a los tratados, y así cuando el General Camargo se los comunicó halló en ellos una oposición que no pudo vencer. Los vencedores de «Humareda» no querían capitular a los pocos días de su victoria. ¿De qué había servido su triunfo si habían de entregarse a pocas leguas del sitio de su gloria? Los cadáveres apenas sepultados de sus jefes los incitaban aún a combatir.

El Ejército todo se negó a capitular, y sargento hubo que habiéndole preguntado al General si era cierto que iban a entregarse y respondídole : «¿Qué quieres que hagamos?» «Esto» respondió el veterano, y abrazándose a su rifle, se arrojó al río y desapareció entre las olas. La muerte antes que la capitulación era el grito de aquel Ejército.

Disgustado el General Camargo con esta conducta que él creía atentatoria a su autoridad y que

atribuía a secretas intrigas, resolvió irremisiblemente retirarse, y así lo efectuó dos días después, internándose al «Puerto de la Gloria» con veinticinco jefes y oficiales que lo siguieron, y comunicando de allí al Gobierno su rendición.

La conducta del General Camargo será juzgada de diversos modos y no podrá ser disculpada jamás. Pero no es justo tampoco arrojar sobre él solo la responsabilidad de la pérdida de la revolución, porque así como al haberse salvado, su triunfo no hubiera sido fruto exclusivo del esfuerzo ni de la prudencia de uno solo, su fracaso no puede atribuirse tampoco a los errores y debilidades de un solo hombre. Su salvación se habría debido al esfuerzo de todos : su pérdida se debe a los errores de muchos. No hay, pues, para qué, ni es generoso en estas circunstancias, andar buscando un Cristo sobre quien cargar los pecados de todos para buscar la salvación de algunos, y abrigamos la esperanza de que el liberalismo no dará a sus enemigos el triste espectáculo de andar con amargas recriminaciones deshonrando a sus grandes hombres, cualquiera que haya sido su conducta. Sólo los indiferentes, los pusilánimes y los traidores deben ser exhibidos y afrentados.

Los demás han podido errar, porque son hombres : pero acompañaron al partido en su agonía y cumplieron su deber.

La caída del liberalismo la engendraron muchas causas y la mano de la fatalidad la precipitó. En vano el heroísmo de sus hijos fieles quiso impedirla y se lanzaron con los brazos abiertos para detener la corriente ; todo fué inútil, unos pere-

cieron arrastrados por el oleaje, otros fueron arrojados a la ribera dispersos y maltrechos. A los unos no les fué fácil vencer, pero sí pudieron morir; los otros ni vencieron ni murieron porque el destierro no lo quiso, mas no por eso han sido menos grandes, ni menos heroicos. El porvenir les hará justicia. La gloria es de todos.

*
* *

El General Camargo al retirarse había dirigido al General Vargas Santos una nota nombrándolo General en Jefe del Ejército. Este austero Jefe no quiso reconocer en quien los abandonaba en circunstancias tan críticas autoridad ninguna para nombrarlo, y aunque permaneció con el Ejército no lo quiso comandar.

En estos días tuvo lugar la desmembración de los dos Ejércitos. El del Atlántico quedó a órdenes de Gaitán sobre el Magdalena, y el del Norte, a órdenes del General Foción Soto, desembarcó en Puerto Nacional y se internó con dirección a Ocaña.

El General Antonio B. Cuervo que mandaba las fuerzas del Gobierno en Santander, al saber el desembarque, marcha con cuatro mil hombres a detener la invasión, ¡ y aquellos setecientos cadáveres que no otra cosa eran ya, aquel resto de ese valeroso Ejército liberal diezmado por el hambre, las enfermedades y la muerte, aun se aprestó a combatir! ¡ Y qué heroísmo!

Acampado en el sitio del «Arrayanal» y ya prin-

cipiadas las conferencias con el General Cuervo, para deponer las armas por medio de un tratado, fué acometido el 23 de agosto por una gran parte de las fuerzas que estaban a órdenes de dicho General, y aquellos restos que empobrecidos físicamente, conservaban el gran caudal primitivo de su entusiasmo y de su valor, resistieron el alevoso ataque del enemigo, y lo vencieron dejando muertos en el campo dos de sus Generales, dos de sus Coroneles y más de 300 hombres de tropa entre muertos y heridos. En esta última jornada del esfuerzo liberal, Soto y Vargas Santos se mostraron indomables; Domingo Acosta hizo prodigios de valor; Ricardo Gil se levantó a su altura y Julio César Rico, al frente del batallón Ocaña, haciendo los últimos honores al liberalismo, murió como un valiente. Todos, en fin, se mostraron dignos campeones de la causa que defendían.

Esta batalla fué el último trueno de aquella tempestad colosal, la última llamarada de aquel incendio gigantesco, el último ay de la libertad herida. Allí acabó la revolución del liberalismo, pero se salvó el honor liberal; estaba reservado a la inquebrantable energía de Vargas Santos y Soto, sacarlo inmaculado.

Al día siguiente de aquella última victoria fué preciso capitular.

La flotilla del Magdalena a órdenes del General Jimeno Collante, se había entregado; Gaitán con unos pocos compañeros erraba ya en los bosques de Opón, y Santodomingo Vila que había desembarcado en el Puerto Nacional, pisaba a la retaguardia de aquel puñado de valientes, intimán-

dolos a una rendición, con una altanería tan poco caballerosa, que demostraba bien no ser toda colombiana la sangre que circulaba por las venas de aquel lacayo al servicio de un tirano.

El General Soto contestó al Jefe insolente con el desprecio que merecía, y en la impotencia de combatir resolvió capitular con Cuervo.

Preciso es hacer justicia a este noble General. Tuvo para los vencidos la generosidad del soldado valiente, la caballerosidad del hombre bien nacido, la magnanimidad del vencedor colombiano. Las capitulaciones del «Salado» hablan muy alto en su favor; fueron tan nobles, que el corazón mezquino de Núñez no las quería cumplir después, y Cuervo tuvo necesidad de hacer respetar su palabra para salvar la responsabilidad de su nombre comprometido.

Con aquellas capitulaciones terminó la revolución liberal y empezó el reinado del más espantoso retroceso; del más vil y sucio despotismo.

¿A qué pintar esta época ignominiosa, la más degradada y la más infeliz de nuestra patria historia, si como dice Luis Blanc: «Cuando la tiranía lo ha osado todo, contarlo todo es imposible, y en ese caso el silencio no es sino el pudor de la historia»?

¿Qué ha pasado después de vencido el partido liberal? Sonroja el pensarlo.

¿Quién podrá reconocer en esta Nación tan humillada y tan envilecida, en esta gran Cartuja poblada de frailes y de esbirros, y que, como España, «duerme acurrucada al pie de los altares, calentando su espíritu aterido en la hoguera infernal

de Torquemada», a la grande, a la altiva, a la libérrima Colombia? Nadie, porque este espectro sangriento, esta sombra escapada de los tribunales del Santo Oficio, no tiene ningún símil con aquella Nación joven y hermosa, que avanzaba a la civilización coronada por los rayos de la idea y entonando los cantos del progreso. No, este país de las horcas y del poder absoluto podrá ser el Nuevo Reino de Granada, pero no es la República de Colombia.

*
* *

Pero los que pertenecemos a esta generación nacida en la parte del siglo comprendida de mil ochocientos sesenta para acá, lo que está pasando es inconcebible, doloroso, y sobre todo enteramente nuevo.

¿Quién nos hubiera dicho a nosotros nacidos entre los últimos estruendos del cañón que mataba el fanatismo en Bogotá y lo hacía polvo en Santa Bárbara de Cartago; crecidos bajo el imperio de esa Constitución que nos hacía hombres libres y educados en la lucha de esas ideas en que han brillado como soles, Ecequiel Rojas y Rojas Garrido, derramando la luz en la conciencia humana; que habíamos de ver algún día tan triste y afrentoso retroceso? ¿Quién hubiera dicho a esta generación de la cual pudiera decirse con Emilio Castelar, que: Al despertar el sueño de la infancia se vió armada de todas armas; con la libertad de la imprenta, de la tribuna, de la cátedra, instrumen-

tos todos forjados en el hervidero de una gran revolución, que había de verse algún día sumida en tan espantosas tinieblas donde al tender las manos adelante y dar un paso, había de tropezar con las cuerdas de la horca a las gradas del patíbulo; al querer gritar, con la mudez de la prensa; y al querer pensar, con las ficciones del dogma?... ¿Cómo imaginarnos ver alzados los cadalsos demolidos por el esfuerzo de nuestros padres; muda la imprenta en que ellos hicieron brillar tan grandes ideas; volcada la tribuna universitaria, desde la cual hicieron vibrar sus palabras portentosas como una tempestad sobre el obscuro cielo del fanatismo, y aquellos claustros queridos ver vagar como bandas de cárabos bajo las arcadas de un Convento arruinado, las sombras aterradoras y sombrías de esas aves negras matadoras de la luz que se llaman los soldados de Loyola?... ¡Imposible!

¡Nuestra desgracia ha querido que alcancemos los más tristes tiempos de la República! Generación infortunada íbamos a decir, pero no, generación feliz si sabe cumplir su misión y levantándose a la altura de las grandes ideas, comienza la lucha encarnizada y tremenda contra este nuevo sistema, convencida de que las reacciones del fanatismo son efímeras, pues como alguien dijo: no basta para cohonestarlas, el disfraz de una idea ni para conseguirlas un grande esfuerzo; porque ni la conciencia ni la voluntad de los hombres, pueden nada, contra las leyes reales e inquebrantables de la historia.

A la presente generación toca un gran papel en

la vida futura del país : rescatar la libertad y humillar el despotismo.

La lucha va a comenzar tremenda y reñida. Aprestémonos a ella, repasemos las doctrinas de los maestros y unámonos bajo la bandera de los principios, recordando como Julio Simón : Que en el mundo de los hechos no hay más que tinieblas y desmayos, y que la luz y la seguridad se encuentran solamente en la esfera de los principios.

Luchemos por la libertad ; no importa que la ola de la teocracia se encrespe contra nosotros y amenace sepultarnos, ni que los sicarios de Sila, unidos a la milicia de Roma, se lancen contra nosotros : continuemos la lucha sin vacilar, que el triunfo será nuestro. Que nadie tenga derecho a decir mañana con desprecio a la juventud liberal :

¡Cómo pensar, generación menguada,
Que en pocos lustros descendieras tanto!

Luchemos con la seguridad de la victoria que : en el mundo puede haber grandes desfallecimientos del bien y gravísimos eclipses de la verdad, pero en último término el triunfo es del derecho ; creencia consoladora que nos alienta en esta eterna cruzada en favor de la libertad y del derecho.

Continuemos, pues, el combate de las ideas entre los hombres del pasado y los hombres del presente ; entre la idea liberal y la idea conservadora, entre el absolutismo y la libertad. Sigamos, pues, luchando ; ellos por la dictadura, nosotros por la República ; ellos por el centralismo, nosotros por la

federación; ellos por la soberanía de un hombre, nosotros por la soberanía del pueblo; ellos por el cadalso, nosotros por su abolición; ellos por la censura, nosotros por la libertad de la prensa; ellos por la restricción de la palabra, nosotros por su absoluta libertad; ellos por la religión oficial, nosotros por la libertad de culto; ellos por la Universidad regida por Jesuítas, nosotros por la Universidad regida por Seglares; ellos por la instrucción voluntaria, nosotros por la instrucción laica, gratuita y obligatoria; ellos por el pueblo humillado y de rodillas, nosotros, por el pueblo ilustrado y de pie; finalmente, ellos por Núñez, nosotros por la Patria.

La lucha de los principios es universal, y la causa es solidaria.

En Europa como en América los dos partidos combaten. El uno siente que, en su decrepitud, la sociedad se le arranca de las manos y el otro abre los brazos para recibirla.

Concurramos, pues, a esta lucha en Colombia; tal es nuestro deber moral. Quién con el libro, quién con el folleto, quién con el periódico o la palabra, pero todos debemos hacer fuego a la traición, aniquilar el despotismo y perseguir hasta en su última guarida el retroceso.

Es sabido que la relación de las luchas heroicas sostenidas por la libertad y la historia de los grandes hombres muertos en su defensa, reaniman el espíritu abatido de los pueblos, y los dispone a las conquistas de sus derechos.

El martirologio de las grandes causas ha sido siempre la inspiración del patriotismo.

Arrojemos, pues, una página más, a ese viento que arrastra las hojas de la Sibila de Cumas y que lleva todas las cosas humanas hacia la oscuridad, la nada y el olvido (1).

---

(1) No hay que olvidar que todas estas páginas fueron escritas al finar el año 1885, en los llanos orientales y hacia 1886, en tierras venezolanas limítrofes con Colombia, cuando Vargas Vila, casi adolescente, principiaba su Odisea, de Apóstol, de proscrito y de vencido.

(Nota del Prologuista).

LOS EPICOS

(1885)

DANIEL HERNANDEZ

El recinto de la Representación Nacional estaba pleno. Ni en las antesalas, ni en las barras había un puesto vacío, y se percibía ese rumor de las multitudes apiñadas que semeja el ruido sordo de las olas contra la roca, reinando intervalos de ese silencio amenazador que precede siempre a los grandes atentados y a los grandes crímenes del pueblo.

Rostros sombríos poblaban las barras; acá y allá se veían señas significativas; criminales a quienes se habían abierto las puertas del Panóptico para que concurrieran a aquella sesión como espectadores, y llegado el caso, como verdugos; soldados de la guardia vestidos de paisanos y con la bayoneta oculta; hombres feroces, traídos de los pueblos de las cercanías y que esperaban allí, unos silenciosos, y otros gruñendo impacientes como una banda de chacales al olor de sangre; y a veces, sobre aquel océano de cabezas humanas, brillaban

como relámpagos en noche de tormenta las hojas desnudas de algunos puñales que instantáneamente desaparecían.

Todo concurría a dar al salón de las sesiones un aspecto amenazante y triste.

Se preparaba una de aquellas escenas que avergüenzan a las naciones y que los gobiernos débiles de opinión y fuertes en el delito suelen cometer. ¡ El asesinato del Congreso !

La Regeneración hacía su *debout.*

El partido conservador se mostraba en el horizonte y el puñal de los guascas amenazaba la República.

No había ni un soldado en los cuarteles, ni un presidario en las cárceles. Se trataba de asesinar la Representación Nacional y era preciso que las dos fuerzas sobre que se apoyaba el Gobierno concurrieran a hacerlo.

La sombra de Cromwell cruzaba el recinto de la Cámara, mientras la de Teroigné de Mericourt se paseaba en las barras.

Al Congreso liberal no le faltaría la grandeza de Mirabeau y de Manuel, para afrentar las bayonetas pretorianas.

El fanatismo rugía a las puertas como una hiena hambrienta. La multitud se agitaba por momentos..

El Senado, impasible, sereno, desarmado, esperaba su suerte.

Todo el apostolado liberal estaba allí.

El inmortal Murillo, casi agonizante se había hecho llevar a aquella sesión como queriendo perecer en las ruinas de lo que había edificado. Su voz

casi extinguida ya, no podía sonar como en otro tiempo vibradora y temible sobre la cabeza de sus enemigos, que se sentían heridos por el rayo de aquella lógica inflexible ; pero su presencia, que recordaba antiguos días de prueba y de combate, infundía valor. El gran tribuno no combatía ya con la fuerza poderosísima de su palabra, pero aun su cerebro privilegiado despedía bastante luz para alumbrar el derrotero del partido. Su figura idealizada por el soplo de la muerte que vagaba sobre él, parecía concertar el brillo de su pupila inmóvil los últimos fulgores del partido liberal. Allí esperaba también resignado la tempestad que rugía sobre su cabeza. A los aplausos que celebraron su entrada se mezclaron los gritos, las amenazas, los insultos, y manos atrevidas se extendieron queriendo herir aquella frente que más que envejecida por la lucha del pensamiento, se inclinaba por sí sola hacia la tumba. Protegido por la juventud liberal y muchos miembros del Senado ocupó su asiento.

La barra seguía más amenazadora a cada instante y se desbordaba por los patios y corredores del Capitolio, ebria y desatentada, vociferando contra el Congreso y el partido liberal.

Se trataba aquel día de la aprobación de varios nombramientos hechos por el P. E. Nacional.

Rafael Núñez era uno de los nombrados.

La suerte del futuro dictador iba a juzgarse.

La aprobación o la vida, era la tremenda disyuntiva en que la Regeneración había puesto al Congreso.

La barra, azuzada por los demagogos, y extra-

viada por la pasión política, se insolentaba cada vez más, y la guardia, impulsada por sus jefes, y éstos a su vez por ciertos Senadores criminales... proferían amenazas sangrientas.

El Congreso estaba en capilla. Los hombres que debían perecer estaban ya señalados, y las órdenes partían, ya de las Secretarías de Estado, ya de la minoría regeneradora del Congreso.

Llegó el momento de la elección.

El silencio fué completo...

Se hubiera oído el vuelo de una mosca.

Parecía que el país, asomado a las puertas del Senado, contenía la respiración.

Los Senadores comenzaron a votar bajo aquella tremenda expectativa.

La multitud se compactaba.

La juventud liberal rodeaba sus maestros, interponiéndose entre los puñales del Gobierno y la majestad nacional.

El pueblo pedía en alta voz que los Senadores mostraran las boletas.

Nada podía conseguir.

Al fin tocó su turno a un joven Senador.

—Mostrad la boleta — gritó el pueblo—, mostradla — y los puñales desnudos brillaban sobre su frente.

El Senado todo se estremeció de pavor.

—Miradla — gritó el joven representante subiéndose sobre la curul—. ¡ Miradla, es negra ! y no una, sino mil que tuviera, os las lanzaría al rostro.

¡ Los puñales bajaron y al rumor de la amenaza sucedió el silencio de la admiración !...

Un ¡ viva ! brotó de los labios de la juventud del

uno al otro extremo del salón, mientras la figura imponente del joven tribuno, de pie sobre su silla, se alzaba alto, muy alto para que se lo pudiera ver del uno al otro confín del país.

Era *Daniel Hernández.*

Ya en la Donjuana y en Musticua, donde las huestes conservadoras fueron vencidas y aniquiladas en 1877, se había hecho conocer como un héroe, ese día volvía a aparecer.

Desde ese momento su vida estuvo íntimamente ligada a la patria; fué el adalid del partido liberal que se extinguía y de la República que se iba.

El fué el jefe de la primera revolución liberal que estalló en Santander en 1884, y después de las capitulaciones del Socorro, mereció que la convención liberal lo nombrase segundo Designado para ejercer el P. E. del Estado.

Burlada la buena fe liberal y disuelta por la fuerza la Convención, rotos los tratados por la perfidia de Núñez y la mano atrevida de González Lineros, Daniel Hernández fué el primero en levantarse para protestar con las armas en la mano contra tamaña felonía, convencido de que, cuando se violan los derechos del hombre, es preciso decir: ¡La reparación o la muerte!

Entonces principió aquella revolución de que fué alma.

Cuando la nube de sangre apareció en el Norte de la República y se previó la inmensa tempestad de la guerra, el nombre de Daniel Hernández corrió de labio en labio como una amenaza para los unos y como una esperanza para los otros.

La capital creía a cada instante oír el ruido de

los clarines de su Ejército, y, ¡cuántas noches el tirano despertaría azorado creyendo oír en las calles el tropel de sus caballos!

Después de la travesía de la Cordillera oriental por Bolívar, la historia militar del país no registra nada más atrevido que la invasión de Hernández a Boyacá.

Aníbal, después de atravesar los Alpes, contempló cierta noche a Roma a la luz de sus fogatas, y la creyó suya... un paso más, y habría sido de él.

Hernández, después de atravesar a Boyacá, pudo contemplar la Capital de la República en que dormía el Tirano... un paso más, y habría sido también de él.

La fatalidad lo quiso de otro modo.

El Gran Cartaginés no encontraba poco tiempo después, un jirón de tierra en que morir que no fuera romano.

Si Hernández hubiera sobrevivido al fracaso nacional, no habría hallado un rincón de país en que pararse, que el veneno o el puñal no lo hubieran buscado.

¡Más feliz que Gaitán, murió siquiera en la embriaguez del triunfo!

La «Humareda» fué su tumba.

Allí, entre el fragor de aquella batalla colosal; sobre las trincheras que había tomado a esfuerzo de su valor, coronado de gloria, tinto en sangre y envuelto en la bandera de la República, cayó aquel héroe de quien pudiera decirse con el poeta:

Vivió para su Patria un solo instante.
Vivió para la Gloria demasiado.

Daniel Hernández compendió en sí, todas las aspiraciones, las quejas, el valor y el sacrificio del partido liberal.

El fué la revolución.

Por su patriotismo, por su honradez, por sus virtudes cívicas, por la grandeza de su alma, por la entereza de su carácter, mereció el dictado de: «Caballero de la democracia», con que pasará a la posteridad.

Ninguna figura más gallarda que la suya en esa procesión de héroes que se llaman los lidiadores liberales.

Su cuerpo reposa en el Banco a las orillas del Magdalena, su corazón, su gran corazón está en Pamplona, al lado de su querida esposa y de sus hijos, su memoria en la memoria nacional, su ejemplo en el mundo de los héroes.

Daniel Hernández es el tipo del liberalismo moderno, él tendrá imitadores mientras haya tiranos que combatir, y oprimidos que defender, mientras haya almas nobles enamoradas de la libertad y soldados dispuestos a morir al pie de su bandera.

RICARDO GAITÁN OBESO

Era de raza heroica, de abolengo de próceres, de temperamento guerrero, de corazón greco-espartano.

Su mirada tenía el brillo del genio, su apostura la majestad del gladiador.

Era en el combate un león de Numidia, era en la intimidad manso como una gacela.

Su valor era indomable, su atrevimiento aterraba.

Si hubiera nacido en Tebas, habría concurrido a la conjuración de Pelópidas; si en Macedonia, habría sido el amigo de Alejandro; si en Esparta, habría muerto al lado de Leónidas. Si hubiera sido romano, se habría abrazado a Bruto para morir con él en las llanuras filípicas.

Castelar, hablando de Cayo Graco, dice que: «en el alma de aquel joven irradiaban los primeros albores del alma de César». Parodiándolo, puede

decirse de Gaitán: que en él brillaban los últimos fulgores de la libertad, el último aliento de las almas de Ricaurte y Girardot. Semejante a los hijos de Cornelia, era también el alma de una revolución joven, ahogada por el despotismo.

Valiente como Murat, sereno como Nelson, era en tierra un alud desprendido de las neveras eternas, que todo lo arrollaba a su paso, y en el mar una tempestad de metrallas desencadenada sobre los enemigos. Con el mismo ímpetu rompía los cuadros contrarios al frente de un regimiento, como hacía chocar la proa de las embarcaciones pequeñas contra un puerto amurallado.

Ni las trincheras sembradas de bayonetas, ni las murallas preñadas de cañones lo hicieron retroceder jamás.

En Garrapata imprimió los cascos de su caballo en los atrincheramientos enemigos, en Cartagena hizo ondear su bandera victoriosa sobre las alturas de la Popa.

La tierra o el océano, todo era teatro aparente para sus grandes hazañas.

Audacia llevada a la temeridad, valor rayando en lo fabuloso, pericia, talento militar, todo tenía.

Su figura, que se proyectó un momento no más en el horizonte de la Patria, en la hora suprema de la muerte de la República, desapareció con ella entre los himnos de alabanza y las lágrimas del pueblo.

Lo caballeroso de sus acciones, lo arrogante de su porte, lo aventurero de sus empresas, lo romántico y noble de todos sus procederes, han arrojado sobre él cierto tinte interesante que lo hace apare-

cer como un héroe de leyenda caballeresca y fantástica.

Los caballeros cruzados le hubieran dado puesto de honor entre ellos.

Tasso y Ariosto, le habrían cantado si hubiese aparecido en su tiempo.

Córdoba habría tenido en él un émulo digno, si hubiese militado en su época.

Era un niño cuando en 1876 llamó sobre sí la atención pública, y era un joven cuando cargado de laureles se durmió en los brazos de la muerte.

¡Tenía treinta y dos años!

En esa edad, todo hombre es casi siempre una esperanza, él era una gloriosa realidad.

Militar por patriotismo, no de profesión, sólo empuñó su espada en defensa del pueblo.

Amó mucho la libertad, combatió en su defensa y murió por ella. He ahí su historia.

Fué el primero en alzarse contra la tiranía, y, aun cuando fracasó en aquella tentativa, no por eso desmayó su valeroso espíritu.

Cuando estalló la revolución general, encabezada por Daniel Hernández, *Gaitán* no vaciló en lanzarse a ella.

Acompañado solamente del General José Francisco Acevedo y de un Ayudante, dejó a Bogotá en los últimos días de Diciembre, y ya hemos visto cuán prodigiosamente grande fué su rápida campaña, tan modestamente referida por él, en su alegato de defensa.

¡En menos de dos meses tomó a Honda, se apoderó del Magdalena, armó todos sus buques,

venció en Barranquilla, formó un Ejército respetable y puso sitio a Cartagena!

Cuando el «Ejército Unido» bajó a la Costa, *Gaitán* declinó el mando y, siguiendo las órdenes superiores, levantó el sitio, vino a pelear a la «Humareda», donde se distinguió como siempre, y acompañó al Ejército hasta su funesta disolución.

Después... el país sabe cuál fué su suerte.

Los detalles de aquel drama luctuoso y sombrío de que él fué víctima, debieran callarse por honor a la Patria, y piedad a los verdugos.

Sófocles y Esquilo no imaginaron nada más sombrío que la venganza ejercida por el Gobierno sobre aquella víctima expiatoria. Perseguido y cazado en los bosques como una bestia feroz, enfermo, desgarrado, macilento, fué llevado a la capital de la República, y juzgado allí por un Consejo de Oficiales Generales compuesto en su totalidad de enemigos personales y políticos de él.

En ninguna parte de su vida se levantó tan alto ni se mostró tan grande, como en presencia de sus verdugos.

Alma de girondino, desafió el cadalso y se sonrió en su presencia.

«He buscado la muerte con intrepidez en los combates y me ha sido esquiva. Cualquiera que sea la suerte que me tengáis reservada, no la temo.»

«Morir en un campo de batalla; morir en un cadalso; morir en una prisión o en playas extranjeras, todo es morir por la patria, y ésa es mi mayor, mi más constante aspiración.»

¡ Así dijo a sus jueces, cuando tenía la horca suspendida sobre su cabeza !

Por un voto se salvó del cadalso, pero no de la muerte.

Su sentencia estaba escrita en la mente del dictador.

Y, como lo dijimos nosotros, en un artículo en que desde Puerto España denunciamos ante las Naciones civilizadas el tremendo crimen : «El puñado de traidores que lo juzgó en nombre de la dictadura por el crimen de amar la libertad, no tuvo valor suficiente para subirlo a un cadalso, porque comprendió que su sangre, como la del Cristo, caería inexorable sobre su cabeza y sobre la de sus hijos ; pero lo condenó a la muerte lenta, terrible y angustiosa del martirio en la prisión. ¡ No lo colgó a una horca a la vista de la multitud, porque tuvo miedo ! No lo hizo fusilar como en Nápoles a Murat, por una escolta en los corredores de su prisión, porque temió que el ruido de aquella descarga despertara la República. ¡ No se hizo con él una de aquellas fingidas evasiones del siete de Marzo tan usadas por la táctica conservadora, porque aquel hombre, así amarrado y con cadenas, era peligroso ; pero se le buscó en la prisión, se le persiguió en la oscuridad y se le hirió en la sombra !...

¡ No se le pudo matar en medio de sus valientes, con la espada en la mano ; pero se le asesinó cuando estaba desamparado y solo, prisionero y desarmado en poder de sus contrarios ! ¡ Lealtad conservadora !

No se le hirió con el puñal, porque se temió que

fallara el golpe y la huella de la sangre descubriera al verdugo, pero se le llevó de prisión en prisión, de castillo en castillo, de playa en playa, atravesando los climas más mortíferos bajo la mirada odiosa de los sicarios del Gobierno. No se le pudo llevar para fingir una tentativa de evasión en las montañas tortuosas del Cauca y que el Silencio de aquellas selvas guardara el secreto del crimen; pero súbitamente, el héroe languidece y muere en pocas horas, no puede hablar, sus amigos no pueden llegar hasta él y sólo sus verdugos presencian la agonía. ¡ No se le entrega a sus amigos para que se le hagan honores, no se les deja que lo vean, se oculta el cadávar a las miradas y es inhumado sigilosamente para que no quede ni vestigios de la víctima!... ¡ Entre cuatro soldados como un mendigo infeliz fué llevado a la última morada el joven y valiente sitiador de Cartagena!...

¡ Así murió *Gaitán!...*

El país que comprendió la magnitud del crimen, se estremeció horrorizado.

¡ La mano de Borgias lo tocaba!...

Gaitán era una amenaza para la tiranía y fué suprimido.

Hay mucho de romántico y sublime en la vida y en la muerte de este joven héroe que cruzó como un meteoro el cielo de la gloria y se perdió en el espacio. Aguila que herida en la mitad de su vuelo, plegó las alas y fué a morir en las orillas del mar.

Colombia esclava y *Ricardo Gaitán* vivo, no podían existir.

Para deshonrar la madre era preciso matar el más heroico de sus hijos.

¡Muerta la libertad, *Gaitán* debía morir, y murió!...

En las riberas del Pacífico vaga a los rayos de la luna una visión amenazante y sombría que llora como Mario sobre las ruinas de Cartago. No preguntéis quién es. Dejadla que vague allí como el fantasma de la República arrojada del seno de la Patria. Dejadla, es la sombra del héroe que acusa a sus verdugos.

La figura de *Ricardo Gaitán* se destaca luminosa de ese cuadro de desgracias y heroísmos que se llamó la última revolución liberal.

Su genio lo hizo grande. Rafael Núñez lo hizo inmortal. La Patria le había discernido la corona de los héroes; la Dictadura le dió la palma de los mártires.

¡Nada faltó a su gloria: tuvo la grandeza de la vida y la grandeza de la muerte!

El será eternamente la gloria del liberalismo, el remordimiento de la tiranía.

Paz a su tumba, piedad a sus verdugos.

PEDRO JOSÉ SARMIENTO

Tenía de Arístides la sensatez, de Cincinato la modestia, de Aníbal el valor.

Militar de estudios y de carrera, era una de las glorias más puras y severas del Ejército Nacional.

Su absoluta consagración al servicio de las armas, lo había hecho llegar por escala rigurosa al más alto grado de la milicia: Era General en Jefe.

En aquel puesto, sorprendió su modestia la elección para Presidente de Boyacá, siendo su contendor para el mismo puesto, el entonces Presidente de la Unión, señor Otálora.

Quiso al principio retirar su nombre de la lucha, y vaciló después mucho en aceptar el puesto. Mas compelido por la opinión, el modestó soldado colgó la espada y empuñó el bastón del Magistrado.

Hasta allí estaba acostumbrado a combatir y vencer enemigos hábiles, sí, pero que peleaban con armas conocidas de él.

Ahora su campaña iba a ser, en medio de una

política agitada, luchando con la mala fe y la ambición del Presidente Núñez por un lado, y las exigencias y peligros del partido liberal por otro.

Apurado había de verse el bravo veterano, en terreno tan desconocido de él.

Su buena fe lo perjudicó.

El temple catoniano de su carácter no podía concebir la traición y por eso no podía creer que el Señor Núñez asesinara a los liberales y apostatando sin pudor se arrojase en brazos del partido conservador.

En vano sus amigos y parientes más cercanos le hacían ver el riesgo inminente que corrían las instituciones liberales y el sendero tortuoso por el que el Presidente llevaba la República. A esto respondía él, mostrando las cartas del Señor Núñez, en las que ofrecía salvar la *Constitución* y morir envuelto en la bandera liberal.

Hombres del carácter de *Sarmiento* no se rebajan en aceptar, siquiera que personajes colocados en alta región oficial mientan como chiquillo de escuela.

En esta situación lo sorprendió la revolución liberal.

Los primeros síntomas le hallaron impasible.

Su gran corazón una vez bajo el solio presidencial, ahogó los instintos guerreros y el arrojo del soldado que ya se despertaba en él al olor de la pólvora, y firme como la estatua de la ley, esperó.

¡Hernández avanzaba de Santander, al fin pisó las fronteras de Boyacá, y las pasó!... El soldado magistrado se puso entonces de pie y ordenó al invasor detenerse. El atrevido caudillo siguió ade-

lante, recordando al Presidente liberal de Boyacá sus deberes como hombre de partido y como Jefe de un Estado Soberano.

—Deteneos — gritaba el uno.

—Ayudadme — decía el otro.

Y mientras tanto la invasión seguía adelante.

Al fin llegó a las puertas de la capital. — El Presidente, que no había querido reclutar un solo hombre, ni declarar el estado de guerra, esperó desarmado, solo, y con los brazos cruzados, miró desde su solio desfilar por bajo sus balcones el Ejército liberal, protestando aún contra lo que él creía un atentado.

Ya estaba a la cabeza del Ejército Vargas Santos, el Wáshington de aquella revolución, y *Sarmiento* comprendía qué gran fondo de honradez y patriotismo debía haber en ella, cuando semejante hombre la acaudillaba; y sin embargo resistía.

¡Qué lucha tan tremenda se entabló entonces entre el Presidente obstinado y los jefes del movimiento!...

En aquellas conferencias, el culto idolátrico de *Sarmiento* a lo que él creía su deber, pugnaba con los atrevidos conceptos de Hernández, la sublime vehemencia de Soto, la lógica inflexible del Doctor Felipe Pérez y los lamentos de patriotismo que daba Vargas Santos.

El error funestísimo de *Sarmiento* estaba en que él se creía en su calidad de Presidente legítimo de Boyacá, Agente Constitucional del Presidente de la Unión.

Mas, como se esforzaban en demostrárselo todos, ésta era una grave equivocación, porque ya no

podía haber *Agentes constitucionales* de un Magistrado que acababa de volcar la Constitución.

Además, la causa de los Estados era solidaria, y pisoteada la soberanía en Santander, tocaba al resto de aquéllos alzarse para defenderla.

El Presidente Núñez era ya un revolucionario en campaña contra la Constitución, y seguirlo hubiera sido un crimen.

Nada pudo convencer a *Sarmiento*, que se obstinaba en cumplir con lo que él creía su obligación.

Protestaba contra la invasión, pero ni pedía fuerzas para repelerla, ni alzaba un hombre para combatirla. Esto hizo creer al Presidente de la Unión que *Sarmiento* era partidario de la Revolución y quiso hostilizarlo.

Al ver que iba a desconocérsele, aquel modelo de lealtad, aquel soldado austero, digno émulo de los Fabios y de los Quincios, aquel Magistrado impasible como la ley, que todo lo había sacrificado a lo que él creía su deber, se irguió como una leona herida y, con toda la dignidad de su buena fe burlada, se apercibió para la defensa, y lanzó aquella proclama sublime que hubiera firmado con orgullo Ney, y hubiera hecho sonreír satisfecho al censor de César.

Mas ¡ ay ! era ya tarde.

Aquella hermosa proclama cayendo en ese Ejército de traidores, sólo despertó en los unos sonrojo, que les hizo bajar la frente, y en los más estúpidos una carcajada de desprecio.

Aquel puñado de suizos, aquel grupo de parricidas con el puñal ya en la mano para matar al partido liberal a quien se lo debían todo, no podía

detenerse ante la palabra heroica del patriotismo ultrajado.

Sarmiento era demasiado grande para ser comprendido por hombres tan pequeños, y sólo provocó el insulto de los sicarios del poder.

El siguió camino de la lealtad, los otros camino de la traición, y el partido liberal, al caer en el combate bajo el puñal de aquellos Gascas pudo decir con César expirante, a aquel jirón de Ejército vencido :

Tu quoque, fili mi? Tu quoque, Brutus?...

El Ejército liberal recibió con los brazos abiertos al Presidente perseguido que venía a él tan grande y tan altivo en su adversidad como lo había sido en su honrada resistencia.

Desde aquel momento *Sarmiento* se consagró todo a la revolución.

Su talento, sus dotes militares, su prestigio, todo fué entonces del partido liberal.

Los hombres del temple de *Sarmiento* no decaen en la adversidad, y por eso se le vió seguir en la campaña con una energía indomable.

Precisado a abandonar a Boyacá, siguió con el Ejército liberal a Santander y de allí a la costa, como jefe del gran Ejército estuvo en Barranquilla y asistió al sitio de Cartagena, después remontó el Magdalena, y como Hernández y Bernald vino a morir en la «Humareda», allí sobre las trincheras enemigas, cayó el gallardo soldado, el heroico Magistrado, el gran liberal. Allí, asesinado por los que ayer no más servían bajo sus órdenes, pues

que a esta hora ya las tropas conservadoras huían con Quintero Calderón, y sólo quedaban los restos del Ejército vencido.

De aquellas trincheras envuelto en la bandera, no diré como un romano, ni como un espartano, ni como un tebano, murió como un colombiano; es decir, como murieron Ricaurte en San Mateo, Girardot en Barbula, y Córdoba en el Santuario, como mueren los héroes, como se apagan los astros, como se pierden los meteoros, como se eclipsan los cometas.

También reposan sus cenizas en el Banco.

¡ Banco, puerto inmortal ! ¡ Cuánto le debes al liberalismo expirante ! ¡ Allí fué a dejarte sus despojos más nobles, sus muertos más ilustres, las últimas y más gloriosas páginas de su brillante historia !...

A ti llegaron la República y la libertad moribunda para llorar un momento en tu regazo, y dejarte sus hijos más queridos.

Tú guardas las cenizas del más tremendo incendio, los despojos de la más recia borrasca. No permitas que nunca se profanen. El liberalismo no puede velar de cerca esas tumbas, porque estos nuevos sarracenos, más feroces que los de Jerusalem, no permiten que los sectarios vayan a llorar sobre el sepulcro de los maestros.

Tú eres para el partido liberal un altar de recuerdos y de gloria y de enseñanzas sublimes. A ti vendrán las generaciones futuras, para retemplar el patriotismo, y cuando quieran aprender, que sólo se es esclavo si se quiere y si falta el valor para morir.

FORTUNATO BERNAL

Negro el mostacho y la color morena, alto de talle, erguido, majestuoso, era el tipo del soldado americano tostado por el sol del campamento.

Breve el hablar, tremenda la mirada, se descubría en él la cuasi insolencia del soldado, unida a la amabilidad del caballero.

Imponente por naturaleza, tenían sus órdenes la sequedad del trueno y debían cumplirse con la celeridad del relámpago.

Era liberal de convicciones, y como tal, si no formó su reputación en las tempestades de la tribuna y las luchas del periodismo, supo formársela, a golpe de su lanza, en el recio batallar de la pelea.

No dobló jamás su frente a los caudillos, ni mendigó los honores, ni buscó los puestos públicos.

Soldado republicano, pasadas las contiendas, se retiraba, buscando en las fruiciones del hogar, la calma que habíale robado el patriotismo.

Hombre de ideas, fué siempre fiel a su escuela,

y no se dejó halagar por los espejismos que la ambición de políticos corruptos formara en su redor.

El, como Daniel Delgado, y como Rudecindo López y Domingo Acosta, Pedro P. Gaitán, Vargas, Soto y tantos otros fué una de las espadas que vencedoras en 1860 se conservó inmaculada en ese turbión de lodo, en que la regeneración hundió la República.

Por eso cuando ya llegada la traición de Núñez a su colmo, el partido liberal de Santander, después de lidiar en las urnas contra las bayonetas del pretorianismo, y de ver pisoteada su voluntad, resolvió apelar al supremo recurso de la guerra, encontró el alma de Fortunato Bernal, que unido al «Caballero de la democracia», se lanzó a las armas para reconquistar esos derechos vulnerados, en una revolución que recordaba la de los Comuneros por la prodigiosa rapidez con que se desarrolló.

Y luego, cuando frustrada aquella heroica revolución por la honrada candidez del comisionado radical y la pericia maquiavélica de Núñez, el partido liberal en la Asamblea volvió los ojos buscando sus hombres más conspicuos después del gallardo Camargo, ninguno encontró más a propósito que *Fortunato Bernal*, y a él confió la primera Designatura para ejercer el Poder Ejecutivo del Estado.

Vino después al colmo el atentado, vino el desconocimiento de la Asamblea, y González Lineros, el lapidador del Congreso, después de haber apedreado la Majestad Nacional, no tuvo a menos disolver violentamente la Asamblea liberal, acabando

así con la soberanía de los Estados, por la cual fué aclamado después, con lágrimas de Magdalena y voces de arrepentido.

Entonces el partido liberal inerme volvió a lanzarse a la guerra, y como un león acosado desafió el peligro.

Tembló la tiranía, se asustó el fanatismo, rugió la curia y la traición impotente se lanzó en brazos de la desvergüenza para matar la libertad.

El partido conservador, se puso a las armas, y con los parques liberales empezó a hacer carnicería liberal.

Y, aquello era de ver: héroes casi niños, soldados desarmados, ancianos provectos, combatiendo, como una legión de polacos contra las tropas del Czar, y humillar en muchas partes esas turbas de carniceros armados hasta los dientes.

La libertad perseguida, como un cóndor extraviado en las sombras de la noche, fué errando de Estado en Estado y de playa en playa seguida de sus hijos hasta estrellarse en el Atlántico, y morir en las riberas del Magdalena.

Uno a uno como plumas de sus alas, fueron cayendo los héroes del derecho en defensa de la Patria.

Fortunato Bernal había sido de los primeros en volver a tomar las armas, y al grito robusto de su patriotismo, Santander levantóse electrizado.

Ya Daniel Hernández, águila de la revolución, coronaba la cima de los Andes. Ya la nube iba del Norte, ya la tempestad se había formado en Santander, hervidero de todas las grandes revoluciones, donde se han formado todas las borrascas

que han azotado siempre la frente del retroceso en Colombia.

Santander dió los Comuneros, primeras chispas de ese incendio que después había de reducir a pavesas el trono de Fernando VII. Dió aquella legión de doctrinarios que en 1860 había de prender la revolución que consumió el poder jesuítico del siniestro y sombrío don Mariano Ospina, y que tuvo bastante calor para dar al país de su vientre gigantesco, magistrados como Pradilla, guerreros como Rudecindo López y mártires como Vicente Herrera.

En 1876 admiró la República con la majestad de la Donjuana, y en 1885 alimentó en su seno esta revolución que, después de la independencia, no se conoce más grande en el país, y como si hubiera concentrado todo su patriotismo y toda su vitalidad, para producir tipos en la escala del heroísmo, arrojó a Daniel Hernández como un desafío a la gloria, y a *Fortunato Bernal* como un desafío al valor.

Apareció, pues, *Bernal* de nuevo en la escena de la guerra, y mientras Hernández avanzaba a Boyacá, él vencía en Barichara y caía víctima de la perfidia al abrir sus brazos para abrazar aquel puñado de traidores.

Cuando el Ejército liberal bajó a la Costa, *Fortunato Bernal*, Primer designado en ejercicio del P. E. de Santander, se unió a él, y abandonó aquel Estado, teatro de sus hazañas, al cual no había de volver a ver jamás.

Abnegado, activo, enérgico siempre, hizo toda

la campaña de la Costa y volvió a subir al Magdalena.

¡Ay! después se vió brillar aquella hoguera colosal, aquel sacrificio en masa que se llamó «La Humareda», y al declinar de esa tarde, cuando ya habían muerto Hernández y Sarmiento, *Fortunato Bernal* aun avanzaba resuelto, persiguiendo los últimos enemigos que se alejaban después de la derrota; su ardor bélico no se daba por satisfecho con diez horas de combate.

Súbitamente, y cuando avanzaba solo, una banda de prófugos escondidos adrede dispararon sobre él y cayó atravesado. ¿Quién los mandaba? Asesino miserable, el partido liberal te conoce aunque la dictadura te colme de honores; mañana el país sabrá tu nombre. El no puede ser escrito aquí al lado del héroe, porque éste se mancharía. Has sido demasiado pequeño para un crimen tan grande, asesino áspid, para una víctima gigante; también la sierpe muerde al león, y lo mata.

El cuerpo de *Bernal*, yace en el «Banco» al lado de Sarmiento y Hernández y Plutarco Vargas, y Capitolino Obando y Lombana. ¡Qué procesión de héroes!

¡Dormid en paz, muertos sublimes! Que vuestros espíritus vagando en la conciencia pública, infundirán valor a esta generación que se levanta, para que tocando mañana en el sepulcro de la República, le diga como Cristo: — ¡Cataléptico: Levanta!

ADOLFO MARIO AMADOR

Los hombres que desaparecen jóvenes, dice Chateaubriand, son vigorosos viajeros que hacen pronto un camino que hombres más débiles acaban a pasos lentos.

¡ Cuántos de estos viajeros vigorosos tuvo el liberalismo en su última jornada ! Hernández, su jefe y su gloria, era joven. Gaitán tenía 32 años, Plutarco Vargas y Bernal eran jóvenes, Nicolás Herrera era casi un niño y Amador era joven todavía.

El árbol del liberalismo despojado de sus antiguos frutos, sacrificó también sus flores recién abiertas, al temporal de la revolución.

Ninguna guerra había habido en el país tan rica en víctimas ilustres, tan costosa a un partido, como la del 1885.

El partido liberal agotó toda su savia, derramó toda su sangre para morir.

¡ Qué heroico fué su esfuerzo ! ¡ Qué grandioso su sacrificio ! Cuando esta guerra se contemple a

la luz de la historia imparcial sin pasiones y sin rencores, entonces estos hombres y estos combates, de los cuales no puede hablarse hoy día en Colombia, sin que quien lo haga sea considerado como un sacrílego, se harán de una talla tan gigantesca que difícilmente podrán hallar símil.

Adolfo Mario Amador será entonces de aquel número.

Joven arrogante, valeroso, patriota, fué la ofrenda que Antioquia militante hizo al liberalismo en su agonía. Florón que arrancó de su corona para arrojarlo sobre el sepulcro de la libertad.

La luna, cuando baja al Occidente, va seguida de un cortejo de estrellas, así las grandes causas, cuando declinan al ocaso del poder, van acompañadas de sus hijos más queridos; estrellas misteriosas del cielo de la gloria.

No cuenta la historia de otro partido, que haya perdido tantos hombres al declinar, como el partido liberal.

¿A qué repetir sus nombres? Demasiado lo sabe el país, y los recuerda en silencio.

Adolfo Amador fué víctima de su amor al liberalismo y de su desinterés.

Halagado por la regeneración, la sirvió como Vergara, mientras que creyó fuese la implantación de una era de concordia, y la abandonó cuando estuvo convencido de que era la obra de un grupo de ambiciosos vulgares que escalaban el poder en alas de la traición.

Ante la sustitución del antiguo régimen, retrocedió espantado y se lanzó a buscar la victoria y

hallar la muerte al pie de la misma bandera que habíalo cobijado desde niño.

El combate de Honda, en que rindió la vida, fué como casi todos los de la revolución, encarnizado, sangriento, tremendo; por parte del liberalismo, desesperado, heroico; por parte del Gobierno, alevoso y felino.

Las tropas dictatoriales estaban atrincheradas en la ciudad, superiores en número y armamento; las fuerzas liberales compuestas de voluntarios a órdenes de Vergara, Amador, y Figueredo atacaron con el valor de la desesperación aquella serie de fortalezas, compuestas de casas arruinadas, calles tortuosas, paredes inaccesibles, que todos brotaban fuego contra los asaltantes.

Caballero en hermoso corcel sin distintivo militar alguno, vestido de blanco y con botas de campaña, apuesto como siempre, avanzó *Amador* sobre el enemigo.

Al llegar frente a la primera avanzada, su valor se exaltó, no fué dueño de sí, y arrancándose el sombrero dejó en descubierto aquella frente majestuosa y serena, sobre la cual aleteaba ya la muerte, y el astro del martirio arrojaba claridades vaporosas; hincó las espuelas al caballo y se lanzó sobre el enemigo gritando: ¡Viva la República, viva la Constitución, viva el partido liberal!...

Una descarga ahogó la voz del héroe, y disipada la nube de humo que lo envolvía se le pudo ver erguirse rodeado de contrarios, pero serena la frente, altiva la mirada.

¡Estaba salvo!...

Era prisionero y debía ser sagrado.

Pero he aquí, que sus vencedores tomándole las bridas del caballo para que no pudiera moverse, con una impasibilidad feroz, digna de los asesinos de Bernal, forman pabellón sobre el pecho del guerrero valeroso, y apoyando en él los rifles por detrás y por delante disparan a un tiempo con aleve cobardía...

¡ Cayó sin dar un ay !... fijos los ojos en el azul del firmamento, donde quizá vió el ángel de la gloria sonreírle y cruzar azorada fugitiva el águila de la libertad, que huía ya del Capitolio Nacional y del país. Ni una lágrima en sus pupilas inmóviles, ni una sonrisa en sus helados labios ; quedó sereno, amenazante, como una protesta muda y aterradora contra aquella partida de asesinos.

El que muere lidiando en el fragor de la batalla, y cae sin saber quién lo hiere, es un héroe ; pero el que cae asesinado, rendido y prisionero, ése es un mártir.

¡ *Amador* fué mártir y héroe !...

Los que enemigos de su nombre se atrevieron a dudar alguna vez de su valor, se han descubierto para inclinarse reverentes ante aquella tumba solitaria abandonada en las riberas del Magdalena.

¡ Magdalena ! ¡ Magdalena ! río de tristísimos recuerdos, y de sangrientas hecatombes. ¡ Cuán sagradas y cuán funestas han sido tus riberas al partido liberal ! Ellas fueron teatro de las sangrientas batallas de la última revolución, y en tus ondas hallaron sepultura más de mil liberales, heridos o perseguidos... ¡ Tú presenciaste el desastre de «Cogotes», y viste aquellos héroes acosados ya lanzarse a tus aguas, buscando la ribera opuesta

para hallar sólo la muerte en tu seno! ¡Tú viste el siniestro de Honda y reflejarse el drama de «Humareda», cuyos fulgores espantosos no se apagan todavía!

Parece que la libertad hecha cadáver y vertiendo sangre se hubiera arrojado a ti buscando tumba en las inmensas soledades del Océano, donde sólo pudiéronse ver cadáveres flotantes en las olas, más allá los espectros de Cartagena, playas sembradas de huesos, y allá, muy más allá, oscilando en las horcas de Colón, el cuerpo mutilado de Pedro Prestán...

¡El fantasma de la libertad pasó proscrito y combatiendo por tus riberas; las huellas de su paso las marcan las tumbas de sus hijos y las manchas de sangre que se extienden desde las riberas ardientes del Tolima hasta los ensangrentados muros de Cartagena!...

Con qué horror había apartado el dictador los ojos de aquellos sitios donde yacen sus víctimas, cuando ha bajado por sus aguas.

Desde Honda hasta Barranquilla, ¡cuántos espectros se alzan para saludarlo!

Vergara y *Amador*, de pie sobre las murallas de Honda. Hernández, Sarmiento, Bernal, Lleras, Obando, Lombana y Vargas, al pasar por el Banco, se habrán sentado en sus tumbas para decirle: «¡Traidor, tus víctimas te saludan!...» Y al poner el pie en Cartagena, la sombra indignada del General Cabeza se habrá presentado para recibirlo. ¡En vano habrá cerrado los ojos corriendo a ocultarse en sus soledades del «Cabrero», porque allí, volteando sobre su lecho y golpeando la frente turbará su

sueño el fantasma amenazante de Ricardo Gaitán!

¡Qué horribles deben ser los sueños de los tiranos! El lecho de estos hombres debe ser el lecho de Procusto.

¡Qué dulce el reposo de los que duerman como *Amador*, en los brazos de la gloria al arrullo de un pueblo agradecido!

¡Compatriota de Córdoba, semejante a él, te fué imposible vencer, pero no morir!

¡Dormid en paz! que siempre es mejor la muerte de los libres que la vida afrentosa del esclavo.

LUIS LLERAS

No busquéis su nombre antes de la revolución, al lado de los bravos militares, ni en las luchas ardientes de la política, ni en las tempestades de la tribuna, ni en la candente arena del periodismo, porque no le hallaréis. Subid más, levantaos mucho y lo encontraréis al fin coronado de luz, en la región plácida de la ciencia.

No lleva en sus manos la hacha demoledora con que esa legión de zapadores de la idea, van arruinando los viejos edificios del pasado, para fabricar sobre sus propios escombros el tiempo gigantesco de la Razón. No va con Rojas Garrido, coronando las alturas de la Filosofía, entre los gritos de los unos y las maldiciones de los otros, para mostrar desde allí, a la generación que lo sigue semejante al Moisés de las leyendas bíblicas, la tierra de promisión que se divisa allá, muy más allá, de las supersticiones y los dogmas. Pero lo veréis allá donde han vagado Kepler, y Newton, Flammarión

y Arago, Caldas y Humboldt, cerniéndose en las esferas superiores, soñando con la luz de lo infinito. Allí lo hallaréis, con el telescopio en la mano, vuelta la faz al firmamento siguiendo en las regiones de las sombras la marcha progresiva de los astros.

La revolución le sorprendió como Arquímedes en amable coloquio con la ciencia, y entonces arrimó los instrumentos, cerró los libros, abandonó el gabinete de estudios y se lanzó al fragor de los combates.

Fué el Caldas de esta revolución. Tan sabio y tan patriota como aquél, murió también a manos del despotismo.

La ciencia y la libertad fueron sus deidades; al servicio de la primera consagró su vida, y en defensa de la segunda la sacrificó.

De todas las víctimas que la pasada guerra dejó en los campos de muerte, ninguna más querida a la juventud de todos los matices políticos del país, que la de este sabio institutor.

En cuanto a nosotros, su recuerdo está tan indeleblemente unida a la época más grata de nuestra vida, que no podemos volver los ojos a los años queridos del colegio, sin ver vagar en ellos la imagen del maestro cariñoso, y hoy que escribimos estas líneas, tan lejos de todo lo que amamos, se unen a su memoria venerada los recuerdos de la Patria, de los amigos, de la familia, del hogar; de tal manera, que en estas líneas han de marchar paralelas la imagen del héroe y la del maestro y el sentimiento de la admiración y del cariño.

Era don *Luis Lleras*, hijo de uno de los funda-

dores del partido liberal doctrinario, y, educado como todos los hermanos y muchas de nuestras notabilidades, en las ideas de aquel sabio repúblico, que no transigió jamás ni con el despotismo de los Gobiernos, ni con los disfraces de la libertad.

Altivo de carácter, enérgico por su raza, honrado como pocos, fué víctima de su patriotismo, y es de las imágenes más serenas de virtud republicana que aparecen en el fondo de este cuadro.

Sin fortuna monetaria, como todos los sabios de América, rodeado de once hijos pequeños y una esposa querida que alimentaba con el sudor de su frente, entregado a escribir una obra que había de ser la gloria de su nombre y el pan de su familia, lo sorprendieron los primeros ecos de la revolución.

El sabio alzó la frente, supo qué era, arrojó la pluma, escupió al rostro del dictador, el empleo de Guarda-parque nacional con que se sostenía, abandonó sus cátedras, y como los antiguos hijos de Esparta, que marchaban sonriendo a la pelea, no lo detuvieron ni el llanto de sus hijos ni la voz de su esposa y marchó a buscar en el combate la libertad de su Patria, con ese sublime ardor de los enajenados del heroísmo, a quienes alumbran ya los resplandores de la inmortalidad, templados por las sombras del sepulcro.

El 23 de Diciembre de 1884 llegó a Tunja, loco de entusiasmo. El comunicó al Ejército cuanto pasaba en la Capital, y era de ver el acento casi profético con que instaba a Sarmiento a que favoreciera la revolución o que de lo contrario sucumbían con ella.

Por entonces fueron vanas sus palabras, y él hubo de seguir al Ejército que salió de Tunja.

¡Qué actividad la de aquel hombre! No descansaba un momento; él fabricaba trincheras, él aposentaba el Ejército, reconocía el campamento, y desempeñaba las comisiones más peligrosas.

¡Qué abnegación! Era de conmover y alentar el patriotismo, ver aquel hombre a pie, por caminos fangosos, lleno de barro, sucio el vestido, casi ciego y rodeado de jóvenes. ¿Sabéis qué hablaba a sus antiguos discípulos? De las conquistas de la libertad, o de los adelantos de la ciencia.

Cuando la luna vertía su luz melancólica sobre el campamento, iluminando de lleno las tiendas en que dormían los soldados de la libertad, él, rodeado de jóvenes, jefes y oficiales, explicaba el curso de los astros o hacía alguna amena narración de la época gloriosa de nuestra independencia. Siempre el amor a la Patria o a la ciencia lo ocupaban.

El se absorbía con serias conferencias científicas sin sentir los escollos del camino ni las penalidades de la campaña. El fuego del patrotismo lo animaba.

¿Qué académico, que momia de estas que después de la batalla han salido a sentarse en el Sanhedrín de la Regeneración, tuvo siquiera una hora de patriotismo semejante?

¡No es haciendo versos a los vencedores, insultando cobardemente al vencido, como se prueba la decisión por una causa; es abandonando como este sabio liberal todas las comodidades de la vida,

para trocarlas por los sufrimientos de la campaña y el silencio de la muerte!...

Partidos que han contado en sus filas héroes semejantes, tienen derecho à vivir en la historia y en la posteridad.

Luis Lleras, fué un sabio que bajó a la tumba, sin llevar sobre su frente ni en sus manos una gota de sangre.

¿Podrán decir lo mismo estos académicos sanguinarios que han formado después el tribunal del Santo Oficio, contra los hombres y las ideas liberales?

Que exhiban una gloria semejante y les haremos justicia. Una gloria tan pura no podía surgir sino del cielo sereno de la libertad; los senos obscuros de la tiranía sólo brotan astros apagados con manchas de sangre.

Los grandes heroísmos son fruto exclusivo de la libertad. Entre los soldados de un hombre y los soldados de un país sólo los últimos pueden ser héroes.

Hay grandeza en la retirada del Valencey, pero sólo hay sublimidad del heroísmo en cargas como las de las «Queseras».

Se comprende que hay hombres obcecados en defensa de los tiranos, porque hay almas nacidas para la servidumbre, como hay caracteres para el mal, que ni los primeros se habituarán a la libertad, ni los segundos a la virtud, y porque hablando con Mr. de Norvins: La esclavitud es un código sin comentarios que tiene también sus fanáticos.

Puede morirse con valor defendiendo la tiranía, pero sólo hay heroísmos muriendo por la libertad.

Esto lo comprendió así el modesto sabio de quien venimos hablando, y por eso no vaciló en sacrificarse pensando como Treseas: «que la muerte de un hombre honrado ofrece a la juventud en los tiempos que vivimos, un ejemplo útil y una lección saludable.»

¡Cuán útil fué al Ejército el célebre ingeniero desde que se incorporó a él! En «Gámbita» dirigió las fortificaciones y estuvo a punto de ser herido por una bala de cañón en el acto de un reconocimiento. En el «Jucual» hizo una serie de trincheras que, despues de abandonadas, llamaron la atención del enemigo.

En el sitio de Cartagena sus servicios fueron de imponderable valía. El vaciló en dirigir la artillería contra aquellos muros tras los cuales se ocultaban los enemigos de la libertad, para mancillar la gloria de aquel recinto venerable, en el cual parecían vagar aún ensangrentandas las víctimas de Morillo y las sombras vengadoras de los sitiados en 1815, que parecían poblar aquellos muros pidiendo al cielo justicia para tanta profanación de los esbirros del poder.

Hasta que el sitio se levantó, los servicios del sabio mártir no cesaron. ¡Siempre en la brecha y siempre enardecido, como dijera Núñez de Arce, iba de buque en buque y de reducto en reducto animado del ardor divino del patriotismo!

Al fin llegó a la sangrienta hecatombe, al fin brilló el sol de «Humareda», y entre el estruendo de aquella victoria suicida desapareció el egregio ciudadano partido el corazón y sobre las trincheras enemigas.

La ciencia ornada con laureles de la victoria cayó allí sobre aquel río de sangre.

¿Quién te llevó allí, mártir sublime? ¿Por quién rendiste la vida sin exhalar un ay? ¿Qué fuerza secreta te animaba? ¿Qué generoso impulso te arrastraba al sacrificio?

Bien hayas, mártir apóstol; tu muerte no será inútil, tu sangre y tus doctrinas fecundarán el triunfo, porque es sabido que: «Ningún trabajo humano se pierde, ninguna sangre derramada por la libertad es estéril, ningún pensamiento de virtud queda burlado.»

Las obstinadas tendencias del género humano, son para la sociedad lo que la brújula para el navío; ésta no ve el puerto pero encamina a él.

DE LA HISTORIA

(1886)

I

ELLOS Y ÉL

Hay momentos en que parece como que Dios, indignado con un pueblo, apartara de él la luz de su mirada, y extendiendo su mano, lo sumiera en la sombra.

Entonces surgen esas situaciones caóticas, en que agoniza el patriotismo, vacila la virtud, la fe desmaya, y brotan de las sombras las tiranías, y surgen esos fantasmas sanguinarios y terribles, que se llaman Heliogábalo, Nerón, Rosas, Carrera, o Rafael Núñez.

La nación desamparada, ve desaparecer sus caudillos, sus tribunos, y sus apótoles; grandes hombres y grandes partidos son puestos a un lado, y brotan esos círculos siniestros, que se hacen al poder y danzan en derredor del incendio. Mezcla confusa de histriones y de bacantes; tribunos de taberna y escritores de cafés; retóricos y *genizzaros*; frailes y *lazzaronis* que vienen a marcar en

las naciones, esos períodos históricos que se llaman la *Decadencia* en Roma, la *Comuna* en Francia y la *Regeneración* en Colombia.

No traen en sí la fuerza tempestuosa de uno de aquellos quebrantamientos dolorosos de la sociedad, que pasan tocando con sus alas de fuego la frente de los pueblos; que todo lo derriban y lo arrasan para construirlo de nuevo, y que se llaman las revoluciones. No brillan tampoco con la luz apacible de esos renacimientos de ideas, que cambian la faz de los pueblos, desde las regiones serenas de la filosofía. No truenan como Mirabeau ni brillan como Condorcet, pero chillan como Marat, y hacen visos como Núñez. No rugen como los leones, pero aúllan como chacales. No iluminan como los sabios, pero engañan como los farsantes. No son una revolución, sino un trastorno. Todo lo derriban, y no edifican nada. Es un pillaje, no un gobierno. No saben qué quieren, ni para dónde van. Aquello es: la locura de las medianías, la embriaguez de las nulidades, el desenfreno del crimen. Tal ha sido el tristísimo período que ha atravesado Colombia con la Regeneración.

Esta agrupación híbrida que como un miasma pestilencial, se ha alzado de la corrupción de todos los partidos; esta avalancha de hombres de todos los bandos, que ha caído sobre la República como esas invasiones de bárbaros que de todos los cuatro puntos del horizonte cayeron un día sobre Roma, ni es un partido, ni tiene bandera, ni obedece a principios. ¿De dónde ha surgido? De abajo del fondo de todos los partidos. Hombres, y tendencias, todo ha brotado de la sombra. Grupo

genesíaco, en que todos han salido de la nada, no sabiendo quiénes son, de dónde vienen, ni para dónde van. La Regeneración es el caos.

¿Queréis oír una pintura que se asemeje mucho, a lo que ha sido entre nosotros este partido del miedo, las traiciones y la alevosía? Víctor Hugo nos la ofrece cuando después de pintar con su pluma de luz, las cumbres serenas de la Gironda, y las tempestuosas de la Montaña, se detiene a describirnos ese partido que se agita a los pies de ambos, dispuesto a servirles a todos, lo mismo que a traicionarlos a todos, inclinándose hoy ante Vergniaud, mañana ante Dantón, y debiendo su existencia a su propia inmundicia: «Bajo las pasiones, bajo el heroísmo, el sacrificio, la cólera, la rabia, bullía la triste y obscura multitud de los *hombres anónimos*. Allí estaba todo lo fluctuante: los que dudaban, los que vacilaban, los que retrocedían, los que aplazaban o esperaban, *temerosos unos de otros*. Estanque asqueroso, en que se trasparentaba el egoísmo y en que tiritaban las esperanzas mudas de los temblones. *Nada más miserable, todos los oprobios y ninguna vergüenza;* la cólera latente; la rebelión bajo la máscara de la servidumbre. Los pantanistas, cínicamente asustados, tenían todas las especies de valor que distinguen a la cobardía; preferían a la Gironda y votaban con la Montaña; el desenlace dependía de ellos, y se inclinaban a la causa que ofrecía más elemento de triunfos. Así entregaron la cabeza de Luis XVI a Vergniaud; la de Vergniaud a Danfón; la de Dantón a Robespierre, la de Robespierre a Tallién; así anatematizaron a Marat vivo, y

divinizaron a Marat muerto. Lo defendían todo, hasta que llegaba el momento de derribarlo todo. Así, eran el número, la fuerza, el miedo; de aquí su audacia para todas las ignominias.»

He ahí la pintura de nuestro *Partido Nacional o* Regenerador. Traicionando a los liberales, y pronto a traicionar a los conservadores. Despreciado de ambos, y temeroso de juntos; pronto a apoyarlo todo y a venderlo todo; tan listo para hacerse monárquico como republicano; arrodillándose ante ídolos que mañana ayudaría a voltear. El entregó la cabeza del partido liberal a los conservadores; la de Prestán inocente, a Cleveland, y a su Gabinete; la de Gaitán a Núñez, como entregaría la de este último si hubiera un partido tan loco que se la pidiera.

Este partido tiene su personificación siniestra en un solo hombre: Rafael Núñez.

Altísima y sombría personalidad política, su frente brilla con los resplandores del talento que hacen más visibles las manchas de sangre que la cubren (1).

Como inteligencia, tiene pocos rivales; como perverso, no tiene ninguno.

La mitología cristiana no ha creado más que una figura semejante a él: Luzbel.

Esphialte, ha sido su modelo y ha logrado sobrepasarlo.

---

(1) En estas líneas, toscas aún, como un anáglifo inconcluso, puede ya verse el admirable cincelador, que nos había de dar años después, tallado con cincel maestro, el Núñez de «Los Providenciales» y de «Los Césares de la Decadencia».

(Nota del Prologuista).

Como hombre, lo ha violado todo; como filósofo, se ha reído de todo; como político, lo ha prostituído todo. Adúltero en el hogar y apóstata en la política.

La historia del país no presenta otra figura más odiosa.

Núñez es la personificación del crimen.

No tiene más título a la admiración, que su talento.

No ha sido un piloto, sino un escollo.

Muchos lo han creído grande y no ha sido sino siniestro.

En el revuelto mar de nuestra política, no se le halla como un faro salvador, pero alza su frente ceñuda y triste como un desnudo promontorio, como un arrecife peligroso en que ha encallado y, se ha roto la nave de la República.

No tendrá nunca la belleza de lo grande; pero tendrá lo que alguien llamó: la belleza del horror.

Lo grande, inspira admiración, lo horrible, espanto; por eso Núñez es espantoso.

Será un hombre nefandamente histórico, no una figura histórica.

No será olvidado, pero más le valiera un olvido piadoso, que un recuerdo maldito.

No representa una causa, sino un delito.

Habiendo sido un castigo, no será una gloria.

Habiendo sido un verdugo no puede tener aureola.

Sólo la virtud da luz, el crimen no tiene fulgores.

Núñez, como tirano, no significa la gloria, ni la grandeza. Es una personificación terrible: la ven-

ganza. Tiranos como César y Napoleón, deslumbran; tiranos como García Moreno y Núñez, horrorizan.

Melgarejo era una espada, Núñez es un puñal.

Hay tiranos rayo, como Sila, y tiranos sombra, como Núñez.

Itúrbide combatía. Núñez maquina.

Hay tiranos de batalla y tiranos de sacristía.

Tiberio, era un tirano soldado, Núñez es un tirano jesuíta.

Núñez es grande a estilo de Caracalla.

Tiene la resonancia de Eróstrato y la inmortalidad de Caín.

Su nombre tiene una gloria: la de Judas.

¡Aquel grupo y este hombre, son la *Regeneración!...*

Así juntos, mezclados, impelidos, agitándose en aquel caos, son, un acontecimiento histórico, una descomposición, un fenómeno.

Han hecho época en la histroria: son un eclipse.

Si no hubieran hecho víctimas tan ilustres, se les podría olvidar, porque las instituciones caídas se levantan, pero los hombres muertos no podrán hacerlo.

La Regeneración representa: no un principio, sino la negación de todos los principios. No una doctrina, sino la carencia absoluta de doctrina.

Ella se ha encargado de probar, que la ineptitud puede ser legisladora, y la maldad Gobierno.

Le Regenerción no ha sido la muerte del país, sino la locura. No ha sido los funerales de la libertad, sino la orgía del despotismo. ¡Horrible carca-

jada de la estupidez ebria, en los senos de la historia!

Cuando esta gran mascarada se pone seria, su seriedad tiene algo de sombrío como el rostro de «*L'homme qui rit*» de Víctor Hugo.

En uno de esos momentos de seria ferocidad nos arrojó al rostro su Constitución de 1886.

Hécuba aulló, dice Homero.

La Regeneración aulló, decimos nosotros.

Aquella Constitución es su grito y su reflejo.

Los espectros también alumbran, con el brillo de su putrefacción.

Torquemada y Núñez se besaron, y de aquel ósculo del despotismo y la traición, brotó ese código sangriento

Los inquisidores aplaudieron desde su tumba. En los confines de la historia, Judas y Felipe II se alzaron para saludarla. El primero reconoció a su hermano, el segundo saludó a sus siervos. Ambos tenían imitadores.

La Regeneración es la Constitución; jamás monstruo alguno tuvo hijo, más semejante...

II

SOMBRA Y SANGRE

La Constitución, vista de lejos, tiene el aspecto de un castillo feudal envuelto en la sombra. Vista de cerca es la Bastilla.

De lejos inspira horror, de cerca risa.

Es la ferocidad reducida al ridículo.

Es la imagen fiel del viejo león africano traído a Bogotá ; una fiera que se muere de vejez.

Aparición del siglo XVII en pleno siglo XIX, es un fenómeno.

Es cómica y sombría, grotesca y triste como el partido que representa.

Los conservadores la hicieron en forma de tragedia, los bufones de Núñez le dieron visos de saínete

Imaginaos una pieza de Shakespeare representada por titiriteros ebrios.

Es la venganza, el despecho, la cólera de veinte años de impotencia.

Es el rugido de un tigre que se pone en pie.

La traición y la intolerancia, la engendraron ; es, pues, la obra del partido conservador.

Es el pasado que despierta, y el pasado es siempre vengativo.

Tiene la fuerza plástica del grupo a que pertenece.

Es una gran masa de errores acumulados, de ruinas en reedificación.

Tiene la furia de las reacciones y la desesperación de lo impotente.

Lleva en sí el impulso ciego de la pasión, inexorable como el viento del mar, que empuja las olas, hasta estrellarse en la costa.

Vista en su conjunto es deforme, vista en sus detalles es monstruosa.

Nada más estúpido se ha dado a un pueblo en forma de ley.

Es una Marsellesa contra la civilización.

Principia con una blasfemia, y acaba con una inepcia.

Evoca el nombre de Dios, como para indicar que quiere prostituirlo todo, hasta la divinidad.

No se atreve a nombrar al pueblo, y hace bien, esto pudiera llamarse el pudor del crimen.

No habla de derechos, porque no los reconoce.

Pero habla de deberes, porque los impone.

¡ Sólo son ciudadanos los ricos y los ilustrados !...

El pueblo no es nada.

Es una bestia de carga según esa Constitución.

Tiene el derecho de sufrir, y contribuir, pero no tiene el derecho de elegir.

Puede ser soldado, pero no ser ciudadano.

Tiene el deber de hacerse matar en la guerra, pero no se le concede el derecho de votar en la paz.

Dicen los conservadores que es un pueblo imbécil y pobre...

Si es imbécil, ¿por qué no lo ilustran?; si es pobre, ¿por qué no lo enriquecen?

¿Los harapos del pueblo son acaso un crimen que lo priva del derecho de ser salvado?...

¡Qué horrible una legislación en que se castiga la pobreza en vez de aliviarla!... ¡En que se hace un crimen de la ignorancia en vez de disiparla!... y se añaden a las lágrimas y a las sombres del pueblo, la desesperación y el desprecio.

Los conservadores le han dicho al pueblo en nombre de la patria: «Quita de ahí; los hombres del pueblo son demasiado pobres y demasiado ignorantes, para ser mis hijos.» ¡Blasfemia horrible! ¿Quién ha dado derecho a los conservadores, para humillar así al pueblo, para arrancarle sus derechos, y para declararlo su esclavo?

¡Pobre pueblo!...

No se le educa ni se le da modo de trabajar; ¡pero se le castiga porque es ignorante y pobre! El, forma casi toda la República, y no tiene derecho de intervenir en el gobierno de la República.

¡Pobre patria, a quien los conservadores le han arrancado hasta el derecho de tener patria!

El pueblo y la república han sido hechos pedazos en aquel código de barbarie y de disolución.

De nueve Estados Soberanos, esta Constitución ha hecho una sola masa, sobre la cual ha puesto su pie Núñez.

Toda tiranía tiende a concentrar.

El centralismo es un punto menos que la monarquía, por eso todo el que ha aspirado a matar el sistema republicano ha centralizado primero los poderes.

El federalismo es la más amplia expresión de la república, por eso todo pueblo que habiendo salido del centralismo vuelve a él retrocede al despotismo.

El federalismo fué la inspiración de los girondinos, que eran los pensadores de la revolución francesa. Saint-Just mismo, que no estaba con ellos, dijo: «Dividid el poder si queréis que la libertad subsista.»

Con el federalismo se hacen imposibles las dictaduras; porque ante un hombre que quiere dominar como Soberano, hay Estados Soberanos que se oponen a ello.

El centralismo, hasta en manos de un ángel, será un peligro para la libertad.

¿Qué será en manos de un ambicioso vulgar y desorbitado como Núñez?

¿Quién podrá detener a este apóstata siniestro en el camino de la dictadura? ¿Será el Congreso? Está debajo de él. ¿Será la Corte de Justicia? El la ha nombrado. ¿Serán los Gobernadores de los departamentos? El puede destruirlos con una plumada, y enviarlos a presidio. ¿Será el pueblo? Ahí están los curas para que lo contengan. ¿Será el temor a la justicia? ¡Sus siervos le han declarado irresponsable!...

¡Qué absurdo!...

La irresponsabilidad del mandatario sólo puede existir en las monarquías constitucionales, donde

según la expresión de M. Thiers : «el rey reina y no gobierna» ; pero en una república unitaria, en que el presidente nombra desde los ministros de la Suprema Corte, hasta los alcaldes de aldea, semejante irresponsabilidad es una anticipada amnistía al delito.

¡ Y a este Sultán, lo llaman Presidente, y a este poder absoluto, lo llaman República !

¡ Qué sarcasmo !

Criminales sin responsabilidad.

Clases privilegiadas.

Monarquía disfrazada.

La imprenta muda.

Muda la palabra.

Nada de instrucción.

Nada de trabajo.

Nada de luz...

He ahí el código draconiano que se ha dado al país, en forma de Constitución.

Y, por encima de todo esto, como una aparición sombría, fatídica, terrible... está *¡ La Horca !*

III

LA SOGA DE JUDAS

La obra del despotismo no podía ser coronada, sino por la imagen de la barbarie.

¡Allí, en mitad de las plazas, a plena luz del día, se alza el instrumento de muerte!

Aparición de viejos siglos para castigar a un pueblo joven, allí tiende sus brazos descarnados y sus cuerdas llenas de sangre.

Aquélla es la mano del crimen tendida sobre el cuello del pueblo.

¿Y en nombre de quién han levantado aquel aparato lúgubre?

¡En nombre de Dios y del Derecho!

¡Qué horrible!...

Se asesina en nombre del Dios, que dijo: «*No matarás*» y en nombre del Derecho se viola el sagrado *derecho de la vida!*...

Matar al que mata, es levantar el delito a la categoría de ley.

Es decir al pueblo: «lo que en el individuo es un atentado, es en la sociedad un derecho; lo que en el individuo es un crimen, es en la sociedad una virtud; a un hombre solo, le es prohibido matar, pero cuatro o cinco hombres reunidos, en calidad de jueces, pueden, en nombre de la sociedad, mandar asesinar a un hombre, y eso no es delito; lo que en el individuo se llama *Venganza*, se llama en la sociedad: *¡Justicia!*... ¡Qué iniquidad!

La pena de muerte es el más cobarde de los asesinatos, porque es organizado y llevado a cabo con la mayor sangre fría por hombres sin rencor y sin valor, en nombre de la Ley.

Puede concebirse que un hombre extraviado por la pasión clave el puñal en el pecho de su hermano; pero que hombres que se dicen honrados y cristianos, se reunan para tramar y llevar a efecto el asesinato de un hombre aprisionado, que no puede defenderse, y lo entreguen después a otro hombre que no conoce y a quien no ha hecho mal ninguno, para que éste lo mate en una plaza, en presencia de una multitud a quien se quiere infundir horror al homicidio... ¡Esto sí es realmente el horror de lo inconcebible!...

Y luego se critican acerbamente aquellos tiempos que llamamos bárbaros, en que los emperadores romanos arrojaban los hombres a las fieras para diversión del público. ¿Y qué otra cosa es una ejecución, sino una lucha desigual entre el verdugo y el reo, entre una fiera que se llama la ley, y una víctima amarrada que se llama el hombre? Y esto en presencia de una sociedad cristiana, que se habitúa de tal modo a estos espectáculos del

nuevo circo, que llega a ser para ella una diversión en la cual se disputan los puestos cercanos al cadalso para presenciar la agonía de un hombre, acompañando con risas y sarcasmos este acto tan solemnemente sombrío... Y cuando ya *la ley* ha despedazado al hombre, y su cuerpo está bañado en sangre, o pendiente, desfigurado y aterrador, entre los cuatro palos de una horca, los que se dicen defensores de la *Moral, de la Religión, y de Dios*, exclaman: ¡La sociedad está vengada!... ¡Vengada! ¿Y de qué? Del crimen. ¿Y con qué la habéis vengado? ¡Con el crimen mismo! ¿Es decir, que la sociedad, que la componen las madres, las esposas, las hijas, los jóvenes, los hombres honrados, es una colección de fieras que pide venganza, y sangre, y exterminio? ¡No, ésos sois vosotros, no es la sociedad; no la calumniéis! ¡La sociedad de Colombia, no es feroz como vosotros, partida de lobos místicos que aulláis y saltáis en derredor de los cadalsos (1)!...

Y venís a decirnos: «¡Las naciones de Europa conservan el cadalso!» ¡Gran argumento! No se toma de ellas lo que pudiera civilizarnos, sino los restos de su antigua barbarie, para trasladarlos aquí. Según eso, puesto que ellas son casi en su totalidad monárquicas, acabad de asesinar la república y dadnos un rey, para imitarlas. Los Estados Unidos conservan la bárbara ley de Lynch, establecedla también aquí. La Turquía tiene su serra-

---

(1) Veinticinco años después de esta requisitoria contra ella, la pena de muerte fué abolida en Colombia.

(Nota del Prologuista).

llo para el Sultán, aumentad entonces el de vuestro Presidente... ¡Payasos de lo inmoral, no sabéis imitar sino el crimen!

Ya escuchamos vuestro viejo argumento de que es preciso cortar el miembro gangrenado del cuerpo social.

¿No sabéis, *amputadores oficiales*, que la sociedad y la ley no pueden tender a destruir, sino a instruir? ¿Por qué, como os lo dijo Rojas Garrido en una ocasión, si queréis hacer de un Reo, un hombre útil, puesto que un ahorcado no sirve para nada, no trocáis el verdugo por el maestro de escuela, y en vez de una cuerda, no le dais un libro?

La sociedad puede premunirse de un criminal privándole de su libertad hasta por toda la vida, porque puede volvérsela el día que pruebe que es inocente. ¿Pero si después de ejecutado un hombre, la luz de la verdad ilumina con resplandores de inocencia la frente de ese ajusticiado, cómo volveréis a colocar la pálida cabeza sobre el tronco mutilado de ese mártir de la ley? ¿qué responderéis a vuestra conciencia? ¡Ah! pero perdonadnos, os hablamos de una cosa que no conocéis: *¡la conciencia!*... eso es para vosotros una entelequia.

¿Qué os proponéis fuera de vuestra venganza, con la horca? ¿Corregir? No es el temor el que corrige, sino la moralidad. Mientras no enseñéis al pueblo sus deberes, hacéis muy mal en matarlo porque no los cumple.

¿Cómo, sin enseñarlo a ser bueno, lo asesináis porque es malo?

Además, vuestra ley hace de un criminal un mártir, y vuestro fanatismo un Santo.

La sociedad que retrocede horrorizada en presencia de un crimen, retrocede también en presencia de un patíbulo.

El asesinato particular palidece en presencia del asesinato oficial.

Aquellos criminales, que en su marcha al presidio, no habrían arrancado ni una mirada de piedad ; en su marcha al patíbulo inspiran nobles sentimientos y arrancan lágrimas de compasión, y aun de simpatías.

La vista de un presidiario con la cadena al pie y todas las sombras del crimen en la frente, inspira desprecio y aversión : la vista de un cadáver inspira respeto. Nadie se atreve a profanarlo, ni con el desprecio.

Vosotros libráis a un criminal de los dos catigos más grandes : la infamia y la conciencia. La primera, que lo hubiera perseguido hasta la celda de su prisión, no puede ya hacer enrojecer a un cadáver ; la segunda que hubiera sido el tormento más horrible de su vida, no tiene ya imperio sobre un muerto.

Vuestras creencias hacen del cadalso una escala que conduce al cielo, porque, según ellas, todo creyente que muere habiendo recibido los sacramentos y sienta contrición en presencia de su crimen, o atrición en presencia del cadalso, se salva ; y vosotros cogéis un criminal, lo rodeáis con todos los auxilicks de la religión, y apenas ha recibido el sacramento, fresco aún el óleo consagrado, lo lanzáis en los misteriosos senos de la muer-

te, abriéndole de par en par las puertas de la Bienaventuranza, que de otro modo hubiera sido problemática para él, dado el género de vida que llevaba. Así convierte vuestro fanatismo estúpido, el patíbulo en galardón. No hacéis nada en que no se una lo ridículo a lo feroz.

La vida es inocente, sólo la libertad es culpable, ha dicho un gran jurista. Pues bien: castigad la libertad, que es culpable, y no la vida que es inocente.

¿Para qué matáis? ¿Para garantir los derechos? ¿Y para eso violáis la fuente de todos los derechos que es la vida?

¿Quién os ha concedido el derecho de vida y muerte sobre vuestros conciudadanos?

¿No sabéis que un juez falible, no puede dar una sentencia inapelable?

¿No comprendéis que leyes tan fuertes, en manos de sociedades corrompidas, en que todo se mira al través del prisma político, son un puñal puesto en las manos de un loco, que herirá sin piedad, y casi nunca la cabeza de los culpables? ¡Ah! lo sabéis demasiado y por eso la habéis hecho. Vuestra pena de muerte es una ley cobarde, como vosotros.

Toda ley que destruye un derecho, es una ley injusta, y la vuestra viola el sagrado derecho de la vida.

El hombre tiene el derecho de vivir, y ese derecho no puede ser violado ni por otro hombre, ni por la sociedad.

¿No sabéis que violar un derecho en nombre de la ley, es un absurdo; violarlo en nombre del de-

recho es un contrasentido; en nombre de la sociedad, una ofensa; y en nombre de Dios una blasfemia?

La justicia no puede basarse sino sobre el reconocimiento de un derecho. Toda violación de un derecho, es una violación a la justicia, y vuestra ley es una ley injusta.

El derecho puede ser suspendido, pero destruído nunca. Si la vida no puede ser suspendida sin destruirse, ¿cómo atentáis a ella?

La sociedad y las leyes no dan los derechos, los reconocen.

Viniendo de Dios el derecho de la vida, sólo Dios puede quitarla, y la violación de este derecho, ya sea por el individuo o por la sociedad, es un asesinato.

El hombre no tiene derecho de hacer el mal. Pero por criminal que sea, tiene el derecho de vivir. La sociedad puede reducirlo a la impotencia de dañarla, pero no a la muerte.

El hombre tiene el derecho de *habeas corpus*, es decir, de propiedad sobre su cuerpo, y en virtud de ese derecho no puede ser vendido ni esclavizado, mucho menos asesinado. Ninguna ley puede tender a privar al hombre de ese derecho sin cometer un crimen contra la Naturaleza, y contra la sociedad.

La ley de esclavitud es menos horrible que la pena de muerte, porque la primera atenta a la libertad y la segunda a la vida, que es más sagrada.

Nada ha hecho un país con abolir la esclavitud, si no ha abolido el cadalso.

Afrenta más una soga que una cadena,

Es más civilizado un país donde se compra los hombres, que donde se les mata.

No pueden estas leyes bárbaras excusarse con el deber, porque a la imagen de éste, está unida siempre la del derecho, y en nombre del deber, no pueden violarse todos los derechos.

A la luz de la moral, de la justicia, y del derecho, vuestra ley es un atentado.

¡Asesinos del pueblo, vuestra ley es una impiedad!

Arrebatáis un derecho a Dios y os hacéis justicia por vuestra propia mano. ¿Por qué? ¡Porque decís que teméis la impunidad!...

¡Blasfemos! ¿De manera que desconfiáis de la justicia divina que principia precisamente donde termina el poder de la justicia humana? Entonces suponéis a Dios injusto; pero suponiéndole injusto, le hacéis imperfecto, y siendo imperfecto, no sería Dios. Vuestra desconfianza niega a Dios, y vuestra ley es una ley atea.

El rigor de vuestra ley, es impotente, porque en un delito el cuerpo no es más que el instrumento, el criminal es el alma; y vosotros castigáis el cuerpo rompiéndolo a balazos o colgándolo en una horca; pero el alma verdadera culpable, se presenta a otro tribunal, en que nada valdrán, los fallos de vuestra irrisoria justicia. Tribunal a que se refería Manuel del Palacio, cuando exclamó viendo marchar una víctima al patíbulo:

¡Reo! valor, dulzura, y esperanza,
Dios perdona del hombre el extravío,
Y allá *es Justicia lo que aquí es* Venganza.

Pero nunca se os podrá convencer de que no tenéis derecho a asesinar el pueblo. Os habéis declarado sus amos, ¿por qué no habíais de ser sus verdugos? Le habéis quitado la libertad, ¿por qué no le habéis de quitar la vida? ¿No creéis en vuestra pretensión, que tenéis derecho de vida o muerte sobre él? Lo habéis esclavizado, y queréis matarlo. Hacedlo mientras podáis.

Vuestros patíbulos son la ferocidad de la ley.

La legalidad del crimen.

La violación del derecho.

Son, finalmente, vuestra personificación.

En ninguna parte está mejor la horca que coronando vuestra obra.

Es el torreón del crimen en el vetusto edificio de la Regeneración.

Los señores feudales también la usaban; vosotros tenéis su ferocidad, aunque no su valor ni su nobleza.

Vuestra horca es el complemento de vuestra obra.

Encima de esa masa de sombras, no podía flotar sino la oriflama de la Muerte.

IV

LUCRECIA BORGIA

La gran Galeota, llamó un piadoso escritor a la Constitución de 1863.

Con epítetos más sangrientos la han llamado después los apóstatas y los reaccionarios.

Ellos no pueden perdonar al liberalismo, la afrenta de haberlos declarado ciudadanos, y hombres libres.

Hay esclavos enamorados de su cadena, y existen entre nosotros todavía, salvajes que aman más las selvas del Caquetá, y las riberas del Meta, que las comodidades de nuestra civilización.

La libertad, como toda esplendidez, ofusca.

La luz es odiada de los buhos y revienta la pupila de los topos.

Hay flores que sólo se abren a la noche, y ojos que sólo miran a la sombra.

La obscuridad también tiene sus adoradores, como el Sol.

Un samoyedo trasladado a los trópicos, maldeciría el esplendor de nuestro cielo, y las cataratas de nuestra luz, echando de menos sus pálidas auroras, el silencio de sus noches semianuales, sus tempestades de nieve, y los rugidos del polo. Así los hombres del pasado y la teocracia, maldicen el presente y el progreso.

Unos con vocación de ascetas y otros con disposición de bandidos, buscan la sombra.

Cuando aquel gran sol de los derechos populares, que se llamó la *Constitución de Rionegro*, se alzó en el cenit de la República, sostenida por las manos del partido liberal, los insectos, como las serpientes del Sáhara, buscaron las hendiduras para esconderse, y los apóstoles del patíbulo cayeron de rodillas y ocultaron el rostro contra el suelo, no alcanzando a resistir el brillo de tanta luz.

Así rugieron y aullaron por veinte años. Al fin se ocultó ese sol, y entonces alzaron la frente y lo insultaron.

Como los salvajes de Australasia, arrojaron puñados de polvo al astro que se hundía, y creyeron haberlo sepultado.

Como la flor de nieve entre los hielos de Siberia, germinaron en medio del desierto; y como las aves del polo, cantaron en medio de la sombra.

Hijos de las tinieblas, aman las obscuridades de sus limbos.

Los hombres del pasado no se atrevieron a mirar frente a frente a la obra del liberalismo, por eso no la comprendieron nunca. Los hombres del presente sí nos hemos acercado a contemplar la obra conservadora, y con mezcla de horror y de

vergüenza, la hemos examinado con el valor característico de nuestra escuela.

Es un monstruo, nos hemos dicho, es un crimen.

Pero ni hemos doblado la frente, ni hemos llorado. Los liberales no nacimos para andar de rodillas, ni para doblar la cabeza.

Los ultramontanos llamaron a aquella luz: La Gran Galeota; nosotros llamamos a esta Constitución, *Lucrecia Borgia*, porque, como ella, es hija de la Iglesia; como ella, prostituída, y como ella, vengativa.

Entre esas dos Constituciones no hay comparación posible.

Nunca podrán parangonarse aquella virtud, con este crimen; aquella alba con esta noche; aquella gloria con esta vergüenza...

¡Qué bella fué la aurora liberal!

Cuando ella despuntó en el horizonte de la patria como el astro-rey en el confín de la llanura, los cadalsos cayeron en pedazos, los verdugos se ocultaron avergonzados, los mentidos filósofos abandonaron las cátedras, la holgazanería y los vicios ocultos dejaron sus guaridas, y el pueblo, puesto en posesión de sus derechos, alzó la frente.

Jamás himno de más robustas estrofas había sido cantado a la libertad en América.

Hoy... ya lo veis, a la aparición de este eclipse, apenas nos distinguimos los vivos, en medio de los restos de los muertos.

Aquella Constitución creaba ciudadanos, ésta los elimina; aquélla reconocía derechos, ésta los niega; aquélla abolía el cadalso, ésta lo levanta; aquélla hacía crujir la prensa, ésta la hace callar;

aquélla perdonaba, ésta mata; aquélla llamaba al pueblo, ésta lo rechaza con desprecio.

Es a ti, pueblo humillado y desvalido, a quien afrenta; es contra ti que ha sido hecha esa Constitución; es para oprimirte y asesinarte que le han formado; es, pues, a vosotros, hombres del pueblo, a quienes toca comparar.

Ayer erais ciudadanos, hoy sois esclavos.

Ayer teníais derechos, hoy no tenéis sino deberes.

Ayer erais libres, hoy no lo sois.

Ayer se cubría vuestro salario en plata, hoy se os cubre en billetes sin fondo de amortización; en billetes que no tienen valor alguno, que circulan con una bayoneta de la Dictadura detrás de ellos.

Ayer podíais quejaros, hoy no podéis hacerlo.

Ayer podíais acercaros á las urnas y votar; vuestra pobreza no disgustaba a los liberales; hoy no podéis hacerlo porque sois pobres, y vuestros harapos no gustan a los conservadores; oléis muy mal para estos modernos aristócratas, salidos de entre los cueros de oveja de Boyacá, y los *chinchorros* del Magdalena; ellos nacieron entre vosotros, pero no os conocen.

Ellos son vuestros amos y vosotros sus siervos, ¡no os acerquéis!...

Ayer vuestros hijos podían sentarse en los bancos de las escuelas al lado de los de vuestros señores, hoy no.

Hoy no os educan, pero os matan.

Padres de familia, hoy no se os arrancan vuestros hijos por la fuerza para llevarlos a las escuelas; pero mañana, por el menor desliz los arran-

carán de vuestros brazos para colgarlos de una horca.

Pobres madres del pueblo, tal vez estáis concibiendo víctimas inocentes para saciar mañana la justicia conservadora.

Jóvenes del pueblo, hombres humildes, el partido conservador y el gobierno son vuestros enemigos, y os acechan.

¿Veis ese aparato terrible y lúgubre alzado en mitad de las plazas? ¡Madres! ¡no paséis por allí vuestros hijos, que tal vez mañana oscilarán en él, entre las convulsiones de la agonía! Esposas, apartad los ojos, que tal vez mañana el cuerpo de vuestros esposos estará pendiente allí. Hombres del pueblo, vosotros sí, contempladlo frente a frente, que ésa es vuestra amenaza, es el espectro del gobierno que se inclina sobre vosotros...

¡Es la horca!...

Pues bien, esa horca no ha sido hecha para los criminales, sino para los enemigos del Gobierno y para vosotros los pobres, los desvalidos, los que no tenéis influencias políticas en el Poder, los que no tenéis quien os proteja, ni quien os defienda; vosotros los que no tenéis dinero con que sobornar a los jueces y evitar la muerte. El partido liberal tenía piedad de vosotros, y no os mataba; el partido conservador os desprecia y por eso os asesina.

Por la escalera de esa horca no veréis subir nunca a los gobiernistas, vuestros señores, los que se han enriquecido con vuestras lágrimas y vuestro sudor, los *parvenus* de esa moderna aristocracia; pero subiréis vosotros, a quienes ellos apellidan *¡La Canalla!* ¿Creéis que el día que uno de esos

hombres mate a vuestro padre, a vuestro hermano, o a vuestro hijo irá a la horca? ¡No, él es rico, tiene influencias en el Gobierno, y vosotros no valéis nada para ellos; su oro les dará jueces, defensores, abogados, y todos los recursos de la *chicanería;* será absoluto, se reirá de vosotros, y lo que es más horrible, se vengará después!...

Pero el día que uno de vosotros toque un cabello de la cabeza de esos señores, todo el peso de la ley caerá sobre vosotros y se os aplicará todo el rigor semi-bárbaro del código penal, y seréis víctimas de la justicia conservadora; porque, ¿quién irá a defenderos, a tomar interés por vosotros, a disputar vuestra cabeza a la ley? Nadie, porque sois pobres y desvalidos y las lágrimas de vuestras familias nada valdrán, porque «las lágrimas sólo en copa de oro merecen compasión»; y como vosotros no tenéis oro, seréis arrastrados al patíbulo, esa horca será vuestro lecho de muerte, y allí expiraréis colgados como un perro; y vuestras madres y vuestras esposas quedarán en desamparo; y vuestras hermanas y vuestras hijas irán a la prostitución, y vuestros hijos os seguirán a la miseria, de allí, tal vez al crimen, y de allí a la horca.

Y cuando un hombre del Gobierno anhele la hermosura de vuestras esposas o de vuestras hijas, o quiera librarse de vosotros, por cualquier motivo, ya no os enviará a prisión, ni os hará reclutar; que os forjará un juicio imaginario y os mandará a la horca. Pobres de vosotros, vuestra vida está a merced de cualquier alcalde arbitrario, de cualquiera que os aborrezca.

Ya lo veis, la horca ha sido puesta únicamente para el liberalismo y para vosotros, aunque no pertenezcáis a ningún partido.

Pobre pueblo, conoced bien el partido conservador que es vuestro enemigo, y a Núñez que es vuestro asesino. ¡Ellos han levantado esa horca para vos, nunca la olvidéis!

Y la ley de imprenta, ¿contra quién es hecha?

¿Creéis que los ricos, los gamonales, los ilustrados, necesitarán algún día de la imprenta para denunciaros ante la sociedad, a vosotros, honrados trabajadores o pobres campesinos que no sabéis leer ni escribir? Claro está que no; pero el día que uno de esos señores os cometa una injusticia, deshonre vuestras hijas, no os quiera pagar vuestro trabajo, u os niegue una deuda, no podéis denunciarlo al público, porque no hay libertad de imprenta, y la opinión pública, única que se duele de los gemidos del pueblo, no os oirá, y el que os robó u os deshonró, amparado por el Gobierno o por su dinero, se reirá de vosotros.

Pueblo de Colombia, ya habéis visto lo que debéis al partido conservador y a Núñez. La pobreza, con el papel moneda; vuestra pérdida de ciudadanía; y por último, la horca que os amenaza...

El partido liberal era vuestro protector, y está vencido, pero todavía clama por los derechos del pueblo. El se ha sacrificado siempre por el pueblo y se sacrificará todavía.

No olvidéis que el esclavo que se duerme sobre sus cadenas no es libre nunca. La esclavitud es una afrenta que no es permitido olvidar. Si pesan maldiciones sobre los tiranos, también pesan sobre

los pueblos serviles que los toleran. Sobre los que la arrebatan y sobre los que se la dejan arrebatar, pesa el sangriento anatema del poeta hablando de la libertad :

Maldito aquel que hipócrita *te adore;*
Maldito aquel que estúpido *te pierda.*

Todo tirano se dice protector de la libertad y toda dictadura invoca el orden.

Esta es comedia muy conocida que no tiene ya auditorio.

Sólo la estupidez de un pueblo puede dar visos de legalidad al despotismo.

Todo país tiene el Gobierno que se merece, y no se dirá de Colombia que soportó pacientemente a Núñez.

Esta misma sombra traerá la luz.

Esta misma Constitución será salvadora.

Es una Euménide implacable.

Tiene la impasibilidad de lo feroz.

Lo terrible del crimen.

Lo sombrío del asesinato.

Ha sido traída de Cafrería a las plazas de Colombia.

Es la enseña de la barbarie sobre las ruinas de la civilización.

Sobre este baluarte del despotismo, no brilla un rayo de la que un publicista católico llamó : estrella inmóvil en el horizonte de los pueblos : la Justicia. Pero esto mismo la condena a la muerte.

Hecha para castigar una revolución, lleva en sí el germen de una espantosa catástrofe.

Levantada en forma de azote, mañana herirá la espalda de sus mismos padres.

Hija de todas las monstruosidades, ha nacido preñada, llevando en su seno una tempestad.

Engendrada por la injusticia más cruel, dará mañana de sí la justicia popular.

Lanzada como una nube amenazante sobre el cielo de la Patria, mañana se tornará en lluvia benéfica, que regará los campos del derecho.

Los hombres hicieron de ella un demonio.

Dios puso en su seno un ángel: *La Reacción Liberal.*

Post tenebras lux!...

V

LA VOZ DE UN MUERTO

En pos de la ruina del sistema republicano por la Constitución, viene la ruina del tesoro, por la ineptitud y el peculado.

Haciendo cortejo a la espantosa dictadura llega la desastrosa bancarrota.

No basta esclavizar al pueblo, era preciso robarlo.

Era necesario añadir a la afrenta, la miseria.

Ella se había hecho de Colombia en lo político una Rusia, y era preciso hacerla en lo fiscal, una Irlanda. Después de la Constitución no podía darse nada mejor que el papel moneda.

Era necesario completar la obra.

Ya hemos visto la sangre, veamos las lágrimas del pueblo.

Estamos frente a frente de otra página horrible de la Regeneración : ¡ la cuestión fiscal !...

Estudio difícil para emprenderlo nosotros, árido para hacerlo comprender al pueblo.

Cedemos nuestros puesto a una figura desvanecida hace pocos días.

Viene oculta en dos negruras : la sombra triste del sepulcro, y la ropa negra del sacerdocio.

Su cabeza pálida, de corte apolíneo, tiene la dulzura del rostro de Virgilio y la sombría tristeza del Dante.

Su mirada de águila, parece hecha para profundizar en las sombras de la conciencia, y su boca desdeñosamente plegada, para pronunciar sentencias profundas como las de Bossuet.

Se llamó : Federico Carlos Aguilar.

Gran orador y gran escritor, todo lo fué.

Era el único clérigo ilustre de Colombia.

Viajero infatigable, había recorrido el Oriente, y postrádose ante el sepulcro de Jesús. Viajado la Europa y besado la sandalia del Papa ; cruzado la América como misionero y dormido al silencio de sus selvas centenarias ; predicado en sus populosas ciudades y meditado ante las tumbas de Atahualpa y Moctezuma. Por eso llevaba en su poderosa imaginación, todos los fulgores del Oriente, toda la cultura de Europa y la espléndida exuberancia de nuestros climas tropicales.

No había sido como otros tantos, llevado como fardo a un colegio de Roma, y vuelto a desempacar en Sabanilla, con pretensiones de sabio.

Había viajado y aprendido mucho.

La robustez de su talento indagador y práctico lo hacía cansarse un tanto de las áridas sutilezas de la teología, y el escolasticismo, y sentar el pie

en la tierra para contemplar y estudiar los fenómenos del progreso humano. Era más hombre que sacerdote.

Gustaba más de las realidades de la ciencia, que de los sueños voluptuosos del misticismo.

Su espíritu era tan avanzado, que mereció que el Quijote sanjileño, el ridículo Carlos Martínez Silva, lo llamara «espíritu de ingeniero yankee en cuerpo de sacerdote católico», lo que equivalía a decirle : sois un espíritu demasiado avanzado, una ilustración demasiado grande para ser clérigo colombiano. El sabio sacerdote hubo de bajar los ojos para buscar el agresor ; comprendió la puerilidad del insulto y se sonrió.

Amaba mucho su patria, y el progreso de ella fué su delirio.

En la cátedra vibraba como una tempestad, se levantaba como un cóndor, y trasfiguraba el púlpito en Sinaí. Se desbordaba majestuoso y sublime, dulcísimo y terrible, rugía y cantaba, tenía estrépitos de torrentes y gemidos de paloma.

Unía a las tiernas dulzuras de Fenelón, los sublimes arrebatos del águila de Meaux.

Alzaba la vista al cielo con la melancolía de Platón, y la espaciaba en los profundos senos de la naturaleza con la precisión de Aristóteles.

Y, cosa rara, en la tribuna sagrada, sus discursos eran de él, razonaba, discutía, y emitía ideas, no se limitaba como sus compañeros de púlpito, a copiar o plagiar a Massillón, Bourdalue, Lacordaire, el P. Félix, Lamennais, y demás autores extranjeros poco conocidos del público.

No había en Colombia un orador sagrado a su altura.

Como escritor, era práctico, preciso, contundente, y tenía claridad de visión prodigiosa.

Decía la verdad con un acento que atronaba.

Hería con una precisión inimitable.

¡Y aquel hombre había sido jesuíta!...

Muy joven había salido de Bogotá con la compañía de Jesús. Demasiado altivo y demasiado virtuoso para ser jesuíta largo tiempo, abandonó la compañía y se dedicó al estudio y a los viajes.

Después de algún tiempo volvió a Colombia, y el púlpito, los libros y la prensa, absorbieron su vida.

Sus obras forman hoy la gloria de su nombre.

El no era liberal, ni podía serlo, puesto que era clérigo, pero era ilustrado y amaba mucho su patria. Por eso, cuando después de implantada la Regeneración, comenzó esta horrible orgía de Nerones y Popeas, se levantó indignado y clamó por la moral, como ministro cristiano, por el pueblo, como hombre honrado, por su patria, como colombiano.

Su voz atraía al pueblo; y las iglesias de Bogotá eran estrechas para contener la multitud que se agolpaba a ellas, atraída por aquella elocuencia terrible.

Cuando clamaba contra la corrupción de los grandes, su acento se levantaba a la patética entonación de Jeremías y parecía que el pueblo todo clamaba y gemía por su boca con la terrorífica estridencia de una trompeta apocalíptica.

El no defendía ningún partido; abogaba por la religión prostituída por los fariseos, y entonces

aparecía animado por una de esas cóleras sublimes como la del Cristo arrojando los mercaderes del templo.

En esto, la Regeneración se completó, y los jesuítas llegaron.

El ilustre orador siguió su apostolado, y desde el púlpito y desde la prensa lanzaba la verdad como un proyectil explosivo, sobre las murallas del despotismo.

Comenzó la discusión sobre la Compañía de Jesús y empezaron a publicarse *Las Misiones del Paraguay.*

Aquel hombre extendía la mano, y el velo que envuelve a la Compañía de Jesús ¡iba a rasgarse!...

¡Aquella voz salía de adentro... y era temible!...

Los jesuítas temblaron...

El peligro crecía para ellos y para él.

El Arzobispo, que fué jesuíta, le prohibió predicar: el rayo se apagó en la cátedra.

Núñez, que también es jesuíta, le prohibió escribir: el rayo se apagó en la prensa.

Lo que ellos llaman su Providencia, que también debe ser jesuíta, lo llevó a la muerte: el rayo se apagó en la tumba.

La tempestad se disipó.

El polemista expiró, y los jesuítas respiraron.

Cuentan que cuando dieron al dictador la noticia de la muerte de este gran colombiano, exclamó lanzando una carcajada cínica: «La Providencia está con nosotros.» Sí, en verdad que vuestra providencia os ayuda mucho. ¡Providencial fué la muerte de Renjifo, pocas horas después de un

banquete; providencial la muerte de Trujillo, a pocos días de su valiente discurso en el Senado; providencial la muerte de Gaitán; y providencial la muerte del doctor Aguilar en estos momentos solemnes!

... ...

Es, pues, el Doctor Aguilar quien va a hablar en la cuestión fiscal, frente a frente del ortodoxo señor Caro.

Es el duelo del águila y la avutarda.

Es el sabio que le muestra el engreído académico, que para ser hombre verdaderamente ilustrado se necesita algo más que saber muy bien gramática, hacer diccionarios y versos medidos a compás.

Sentimos no poder reproducir íntegra esta discusión que fué interesante y en la cual el Señor Caro defendió con acritud sus sueldos, y el Doctor Aguilar los intereses nacionales.

El académico furioso, dió puñetadas al viento y sentencias en latín. El polemista terrible, le asestó golpes al rostro, y sarcasmos en español.

El Señor Caro, mostró ser más dogmático que sabio, y el Doctor Aguilar, ser más sabio que purista.

Al fin de la discusión, el Señor Caro quedó revolcándose en el suelo, cubierto por la espuma de la rabia, y el Doctor Aguilar se levantó tranquilo, con la serenidad del vencedor que perdona.

VI

LAS AVES NEGRAS

Cuando ha pasado el combate y no suena un tiro y los combatientes se han ido, y reina sólo el silencio de la muerte, y cadáveres insepultos y restos dispersos exhalan un olor pestilencial, aparece en el horizonte una nube negra, avanza, y esa nube tiene un cuchillo singular, llega, remolinea, desciende... son unas aves negras, muy tristes: son los cuervos. Comienza entonces un lúgubre festín, vuelan, picotean, saltan, producen un canto triste. ¡Qué cuadro tan horrible!

Un pueblo ha caído, su libertad ha muerto, exhala pestilencia el cadáver, el silencio de la tiranía, muerte de las naciones, reina en torno... Entonces se ve también una nube negra, muy negra, que avanza y obscurece la luz, llega, y se posa al fin. Son las aves negras, son los jesuítas... ¡Qué horror! ¿De dónde vienen? De las alturas de Quito o de las selvas del Paraguay, de dondequiera

que haya sombra. Ellos aparecen siempre a la muerte de toda libertad y al principio de toda tiranía.

Falange temible. Son la *Mano negra* del Papa; los *nihilistas* de la iglesia.

Fundados para perseguir la libertad, son incansables.

Su historia es más negra que sus hábitos.

Su orden, fundada por un soldado aventurero, llamado Iñigo, después Ignacio, cerebro enfermo y trastornado a manera del caballero manchego, por la lectura de libros de caballería, ha crecido y prosperado de tal manera, que esta creación del Quijote católico ha concluído por hacerse la más formidable compañía de esforzados paladines.

Nacida en el siglo XVI, cuando el mundo europeo salía de la profunda noche de la edad media, a la luz de esa alba de divinos resplandores, que se llamó el Renacimiento; cuando Lutero, armado del libro, comenzó la insurrección de las conciencias contra el dogma, anunciando con la libertad religiosa los primeros albores de la libertad civil. Organizada para oponerse a la razón y al protestantismo primero, y a la libertad de los pueblos después; oponiendo a la razón que afirma la obediencia ciega; a las ideas del libre examen, la fe, al derecho del pueblo el derecho divino; fiel a estas ideas y a estos principios, ha seguido desarrollándose la demasiado célebre Compañía de Jesús.

Imaginaos una sociedad de hombres que hayan roto todos los lazos que los ataban a la familia y a los demás hombres, y cuyos esfuerzos tiendan a un fin único y formidable: su desenvolvimiento y el

establecimiento de su dominación, por todos los medios posibles, sobre todas las naciones de la tierra.

Imaginaos, aún, que esta conspiración inmensa, haya acabado por sustituir sus reglas a los preceptos de la religión misma; que haya venido poco a poco, hasta dominar a los príncipes de la Iglesia, y tenerlos en una servidumbre real, aunque no confesada, de manera que aquellos que llevan oficialmente los títulos, y aun la responsabilidad, no son sino los instrumentos dóciles de aquella fuerza oculta y muda.

Tales son los jesuítas.

Sin cesar expulsados, vuelven sin cesar.

Se introducen clandestinamente y echan raíces vigorosas en la sombra. Puede arruinárseles; ellos vuelven pronto a rehacerse: para eso son confesores, negociantes, prestamistas; diariamente hallan herencias que acaparar, viudas ricas que explotar, o nuevas devociones que inventar, para crecer sus rentas.

De vez en cuando, su mano siniestra y fría, se extiende hasta la política. Entonces lleva un puñal y se llama Jacques Clément o Ravaillac. O dominan en la sombra, y entonces se llaman la Congregación, la Liga, el Terror blanco, la Inquisición, o la Regeneración. Otras veces llegan al trono, y entonces se llaman Teller, bajo el nombre de Luis XIV, y dan algo así, tan piadoso y noble como la revocación del edicto de Nantes. Cuando no pueden herir con el puñal, halagan las pasiones, conspiran en el burdel, arman la prostitución, y se llaman: la Maintenon, la Montespan, o Mada-

ma de Cayla. Hacen de Luis XIV un verdugo, de Luis XVI un mártir, de Carlos X una sombra. Son la dinamita de la Iglesia, y producen catástrofes sangrientas.

No recuerda la historia, una tiranía que no los haya empleado.

En el Paraguay con Francia, en Colombia con Núñez, en el Ecuador con García Moreno, allí están ellos.

¡ Qué espantoso es su odio ! Desgraciado del que se haga su enemigo. Ni la corona, ni la tiara, podrán librarlo del furor de aquellas cabezas tonsuradas. Su venganza cae como el golpe de un rayo. Enrique IV, el gran rey, escapó de tres asesinos pagados y educados por ellos, y murió al fin bajo su golpe, en el momento en que iba a atacar a Austria, el gobierno favorito de los jesuítas. Clemente XIV, ¡ un Papa !... suprimió las Compañías de Jesús, y murió envenenado a pocos días... Cavour, pensó en la grandeza de Italia, y la ruina del papado, y encontró el veneno por castigo de su patriótico intento.

Como esta Compañía es una sociedad de muertos, según su propia expresión, «*perinde ac cadaver*», es también obra de muerte, la que cumple. Muerte a la filosofía, muerte a la libertad, muerte a sus enemigos.

Fundada en la época en que empezaba a detener los progresos de la inteligencia humana, que se precipitaba resueltamente hacia la luz ; a la razón, opone el dogma de la obediencia pasiva «come un cadavere», a las puras llamas de la conciencia, las corrupciones del probabilismo y la casuística ;

el culto de los santos reemplaza al de Dios; prácticas pueriles se substituyen a la moral; la religión cede su puesto a las supersticiones, y como el espíritu humano, no puede detenerse en su camino, la separación se hace cada vez más grande entre la fe y la razón; el ateísmo se esparce por todas partes; el jesuitismo tiende a matar el sentimiento religioso.

Es verdad que en cambio nos da la hipocresía.

Se acaba el sentimiento sereno de la religión, pero se da la exaltación, que es el fanatismo.

Se acaban los Vicente de Paúl, y nacen los Ravaillac.

Establecida y dirigida con un fin de dominación universal, esta sociedad presenta en los resortes de su organización, tal poder de invasión, y una moral tan capciosa, que no puede contemplarse sin una especie de horror...

Los estatutos de la sociedad prohiben a sus miembros toda ambición personal, pero tienen el deber de trabajar no menos vigorosamente por la exaltación y el enriquecimiento de la compañía, cuyo poder y esplendor refleja sobre cada asociado. La ambición colectiva, reemplaza a la ambición personal; el orgullo corporativo y todas las pasiones del espíritu de secta, reemplazan al interés particular. En una palabra, cada uno de ellos, no es una personalidad distinta: *es un jesuíta.*

El desinterés hace inocentes a sus ojos los actos más reprensibles; forjando virtudes imaginarias caen en vicios reales, y según la palabra profunda de Pascal: «*Qui veut faire l'ange fait la bête.*» Nada es tan vecino de la arrogancia como la exce-

siva humildad : es así, como los jesuítas han venido a creerse superiores a todos los otros miembros del clero, sin tener en cuenta ninguna dignidad, por elevada que sea, así es como ellos tratan de dominar todo el mundo católico.

No son nada por sí mismos ; no llevan títulos sonoros, ni ornamentos suntuosos, ni cruz, ni mitra, ni la muceta del canónigo, pero pertenecen a una orden que todo lo gobierna y lo dirige. Los otros, tienen la apariencia del mando, ellos solos tienen la realidad. Si en algún lugar del mundo católico, se resiste a uno de ellos, o se le hace una injuria, por pequeño que parezca, ese jesuíta, será vengado. El furor de la Compañía se hará sentir. Aquella inmensa serpiente de infinitos anillos, se aprontará en la sombra, y dará el golpe.

¡ Ah ! si tocáramos con la varilla de la historia el globo de la tierra, qué de millones de sombras indignadas, no se alzarían para decirnos, una a una : yo fuí víctima de la venganza de un jesuíta.

Organizada, para destruir el protestantismo, no pudo hacerlo, y como si previese ya la revolución filosófica que iba a herir en el corazón los viejos dogmas, se compactó en el silencio y alzó la frente, cual si presintiese ya que sobre ella habían de caer los sangrientos sarcasmos de Pascal y la carcajada abrumadora de Voltaire.

No teniendo patria, porque la Compañía les hace renunciar a ella ; no tenido familia, porque la Compañía les hace romper con ella, los jesuítas son incapaces de ninguna acción noble, ningún heroísmo, ningún sacrificio, por eso no se les ve morir combatiendo en los muros de Zaragoza, ni recorrer

como visiones sombrías las calles de Madrid, con aquellas turbas de frailes patriotas, en la fecha inmortal del 2 de Mayo, ni caer sobre las barricadas, con la cruz en la mano predicando la paz, en medio de la guerra, como el Arzobispo de París ; ni subir al cadalso, por la patria y por la libertad, como Hidalgo, el inmortal cura de Dolores, y Morelos, el sacerdote ilustre, el gran patriota mejicano. No, ellos no combaten por la patria, porque no la tienen, no son ni españoles, ni franceses, ni italianos, ni americanos, son jesuítas.

Mueren en la India, en alguna empresa manufacturera, haciendo dinero para la Compañía, y ésta los hace inscribir en el catálogo de los santos.

No han hecho nunca un milagro en este siglo incrédulo y positivista, en la ciudad de París, ante la Universidad de Londres, o la de Berlín, ni en las calles de New-York, pero no se cuentan los que han hecho a millares de leguas de los centros civilizados, en los desiertos de la India, en Sumatra, en Bankok, en Malaca, o en Saigón. Ya se ve, los salvajes, son más aparentes para esta clase de prodigios.

Son misioneros, es verdad... díganlo si no las misiones del Paraguay...

Quieren hacer su fuerza de las persecuciones que provocan, y llaman martirio el castigo de su crimen. Sí, es cierto que han sido mártires, pero como Boot, Louvel, Guitaut, y los de Arboledas entre nosotros. Y si no, ved la relación de sus martirios.

He aquí su vía sacra.

Os desafiamos con la historia en la mano, a que la desmintáis.

La Sociedad de Jesús data de 1540.

En 1578, los jesuítas fueron expulsados de Anvers.

En 1581, tres de ellos fueron condenados a muerte y ejecutados en Inglaterra, por haber conspirado contra la vida de la reina Isabel.

Fueron introducidos en Francia, a pesar de la oposición del parlamento, y del Obispo de París, Eustaquio de Bellay, por una ordenanza de Enrique III. Inmediatamente se les ve mezclados a todas las turbaciones y son el alma de la liga.

En 1589, Enrique III es asesinado por el monje Jacques Clément, discípulo de los jesuítas.

En 1593, otro discípulo de los jesuítas, Barrière, también enviado por ellos, trata de asesinar a Enrique IV.

En 1594, surge un nuevo asesino del rey, Juan Chatel. Los jesuítas, cuyas lecciones y exhortaciones, le habían puesto el cuchillo en la mano, son expulsados de Francia. No se les ve ya, pero se les siente conspirar.

Volvieron a entrar luego, y durante el tiempo que Enrique IV tuvo confesor jesuíta y creyeron dominarlo, cesaron las tentativas contra su vida.

En 1598 tratan de hacer asesinar a Mauricio de Nassau, y son expulsados de Holanda.

En 1610, Ravaillac logra asesinar a Enrique IV. Los jesuítas hicieron pintar un cuadro en que el asesino estaba representado subiendo al cielo, en tanto que el rey, su víctima, era precipitado al fondo de los infiernos. Este cuadro se veía hasta

1845 en el archivo del Palacio de Justicia en París.

En el año en que Enrique IV fué asesinado, el jesuíta Mariana publicó su *Institution du Prince* en la cual se encuentra la apología del regicidio.

En 1618, los jesuítas son expulsados de Bohemia, como perturbadores del reposo público.

En 1619, son expulsados de Moravia por las mismas causas.

En 1643 son expulsados de Malta.

En 1646 hicieron en Sevilla una bancarrota que se ha hecho célebre.

En 1713, el jesuíta Jouvency, en una historia de su sociedad, instala entre los mártires a los asesinos de Enrique III y Enrique IV; su libro es condenado al fuego a pesar de los esfuerzos del Padre Tellier, confesor de Luis XIV.

En 1723, Pedro el Grande no encontraba «Seguridad para nadie, ni tranquilidad para la Rusia, sino en la extinción de los jesuítas.»

En 1759, Damiens, que vivía con los jesuítas y había sido educado por ellos, trató de asesinar a Luis XV. El mismo año los buenos padres publicaron una edición de uno de sus libros, en que la doctrina del asesinato es enseñada. Se les expulsó de Francia.

En 1758, el rey de Portugal, fué asesinado con motivo de un complot dirigido por los padres Malagrida, Matús, y Alexandre. Los jesuítas fueron expulsados de Portugal en 1761; «un jesuíta condenado por la Inquisición, aliada de Pombal, fué quemado vivo en Lisboa, con motivo de un pro-

ceso que había enviado al cadalso a varios grandes de Portugal».

En 1761 tuvo lugar la famosa bancarrota del Padre Lavalette; con ese motivo se decretó su expulsión (5 de Marzo 1762) de todas las posesiones francesas. Esta bancarrota, que es la más escandalosa conocida, y que ocasionó la quiebra de la casa Lionci de Marsella, fué tan inmoral y tan cínica, que desencadenó contra los jesuítas la indignación pública. Monsieur de Choiseul obtuvo del rey la persecución de los bancarrotistas, y el abate Chauvelin, consejero de la gran Cámara, denunció las *Constituciones secretas*, lo que motivó el decreto del Parlamento de París, que expulsaba a los jesuítas de Francia: «como gentes que profesan unas doctrinas cuyas consecuencias tienden a destruir la ley natural, esa regla de las costumbres, que Dios mismo ha puesto en el corazón de los hombres, y tienden, por consiguiente, a romper todos los lazos de la sociedad civil, autorizando el robo, el perjurio, las impurezas más criminales, y en general todas las pasiones y todos los crímenes, por la enseñanza de la compensación oculta, de los equívocos, de las restricciones mentales, del probabilismo y del pecado filosófico». Así terminan los considerandos del decreto del Parlamento, y esto en una época en que la religión católica era única en Francia, y las viejas creencias aun estaban poderosas en pie.

El 2 de abril de 1767, el mismo día, a la misma hora, fueron expulsados los jesuítas de todas las posesiones españolas, y dirigidos a Civitavecchia, el puerto de Roma, enviados por Carlos III al

Papa, como súbditos de él y no de la corona de España.

El anciano Papa Clemente XIII y el general de los jesuítas, exasperados, respondieron con violencias impotentes, tales como hacer rechazar a cañonazos los primeros navíos que llevaban jesuítas de España a Civitavecchia. Entonces los dos príncipes de la rama de Borbones de España, que reinaban en Nápoles, y en Parma, expulsaron los jesuítas de sus dominios, a imitación de Carlos III. El Papa, que creía al duque de Parma su vasallo, lo declaró destronado. Los Borbones vengaron a su pariente con la toma de Avignon y Benevento, dominios pontificios, y las tres cortes de Francia, España y Nápoles, es decir, su majestad *Cristianísima* y su majestad *Católica*, y otro Borbón *católico* también presentaron al Papa (febrero de 1769) una petición para que suprimiera los jesuítas.

El Papa, herido en el corazón con este golpe, murió de desesperación y rabia, la noche víspera del día que debía tener lugar el consistorio para deliberar sobre esto, con los cardenales.

María Teresa, la *única soberana católica* que no había expulsado los jesuítas, pidió al fin su abolición.

Clemente XIV, «hombre de talento y de saber», dió al fin su bula (20 de julio de 1773) aboliendo los jesuítas, como perjudiciales a la paz, y peligrosos para la moral, y el cristianismo. El Papa, al firmar este breve, sabía que firmaba su sentencia de muerte y la desafió. ¡Efectivamente, a pocos días moría envenenado!... Los jesuítas ganaron la elección de un nuevo papa y fueron restablecidos.

Refugiados en Rusia, ganaron el favor de los amigos de la Czarina y causaron horribles tragedias en aquel Imperio.

En Polonia, impulsaron la república a hacer perecer en los suplicios los ciudadanos más honorables de la ciudad protestante de Torn, lo que hizo que Catarina y Federico interviniesen en favor de los protestantes y principiasen a oprimir a la infeliz Polonia.

Después han sido expulsados de todas partes.

De Colombia lo han sido dos veces.

Ultimamente el Perú acaba de expulsarlos porque el padre catedrático de Historia Patria, publicó un texto para su enseñanza, en que Bolívar, San Martín, y los héroes de la Independencia, eran pintados como ambiciosos vulgares, como aventureros sin gloria y sin ideas.

Se han refugiado en Bolivia, y hoy están en Colombia, que ha retrocedido casi a su estado primitivo.

Causa espanto, se alarma la conciencia, se fatiga la imaginación, recorriendo esta vía de sangre, de crímenes, de horrores, que se llama la Historia de los jesuítas. Asesinatos, envenenamientos, suplicios atroces, la hoguera, el puñal, el tósigo, la calumnia, la sangre ; siempre la sangre, la sombra, siempre la sombra. ¡ Ah jesuítas !

Ya habéis visto parte de su horrorosa historia, aun os falta enrojeceros. Escuchad la exposición de las doctrinas, sustentadas por ellos. Oídla, y no creáis que os vamos a citar autores que no sean jesuítas ; será de sus propios libros que tomaremos las demostraciones.

El P. Emanuel, de la Compañía de Jesús, sostiene en sus «Aforismos de los confesores», edición hecha en Cologne en 1590 lo siguiente :

«No se comete pecado de falsedad, cuando por llevar un título de nobleza o de herencia, que se ha perdido, se fabrica uno semejante.»

«No es un pecado, tomar a cualquiera en secreto, lo que daría si se le pidiera, aunque no quiera que se le tome en secreto. No es necesario restituirlo.»

«No es un robo tomar una cosa pequeña a escondidas de su marido o de su padre.»

«No es un pecado tomar una cosa que no nos pertenece, cuando su dueño no se sirve de ella. No es obligatorio restituirla.»

El Reverendo Padre Taberna, en su «Ensayo de Teología Pública», año de 1736, sostiene :

«Si un juez ha recibido dinero por sentenciar favorablemente un juicio injusto, es probable que pueda sin pecado conservar este dinero. Es la opinión de cincuenta y ocho doctores jesuítas.»

¡ Dios mío, qué jueces y qué abogados tendremos cuando los jesuítas hayan acabado de educar la juventud con estas doctrinas !...

¿En qué ocasiones un religioso puede dejar su hábito sin incurrir en excomunión?

El Padre Taberna responde a esta pregunta así :

«Si lo deja por una causa vengonzosa como para ir a robar, o para concurrir de incógnito a los lugares de prostitución, siempre que lo vuelva a tomar inmediatamente.» «*Si habitum dimittat ut furetur oculte, vel fornicetur.*» (*Praxis ex Societatis Jesus schola.* Tr. y ex. 6, N.° 103.)

El Padre Bauny en su *Suma*, páginas 213 y

214 de la sexta edición, sostiene que : «los criados que estén descontentos de sus pagos, pueden tomar ocultamente del peculio de sus amos, lo que crean que es justo devengar.»

El Padre Escobar sostiene que una mujer puede jugar y tomar para ello el dinero de su marido sin pecar (Chap. du Larcin, tr. 1, nº 13.)

El Padre Sánchez, dice :

«Se puede jurar, que no se ha hecho, aunque efectivamente se haya hecho, siempre que interiormente se diga uno que no lo ha hecho tal día o tal hora, o antes de nacer, o sobreentendiendo alguna otra circunstancia semejante, sin que la respuesta satisfaga en un todo a lo que se pregunta. Esto es muy cómodo en muchos casos, y es *muy justo* y necesario cuando se trata de la salud, del honor, o del interés particular.» (*Oper, mor.*, pág. 2, t. III c. VI, nº 13.)

El Padre Valéze Regnald, sostiene que :

«Los criados pueden tomar a escondidas de sus amos algo de sus bienes en forma de compensación, bajo pretexto de que sus pagos son demasiado módicos : están dispensados de restitución.» *(Tratado de la Penitencia.)*

El Padre Antonio Casnedi :

«Dios no prohibe el robo, sino cuando es para algo mirado como malo, y no para algo reputado como bueno.»

El Padre Tomás Tamburín, en su *Teología Moral*, impresa en Lyón en 1659 :

«No se está obligado bajo pecado mortal, a restituir lo que se ha tomado en varios robos pequeños, aunque el total sea grande.»

«Si me preguntáis (dice el Padre Trachala, en su *Regla del Confesor* publicada en Bamberg, en 1759) si estáis obligados a restituir, en el caso en que hayáis ayudado a cometer un robo, con más prontitud o facilidad, os responderé negativamente, con *probabilidad.*»

En los *Aforismos* del Padre Emanuel :

«No sólo es permitido matar en defensa propia y en la de otro, sino también en defensa de sus bienes.»

El Padre Enríquez se expresa así en su *Teología Moral*, tomo I, lib. IV, cap. x, nº 3, pág. 869.

«Si un adúltero, clérigo, bien instruído del peligro, entra en casa de la mujer adúltera, y siendo sorprendido por el esposo, mata a éste, por defender su vida, o sus miembros, no *incurre en irregularidad.*»

El Padre Lessius, cree, que un religioso que en vez de huir «mata al que lo ataca, no peca ni contra la justicia, porque no está obligado a huir.»

El Padre E. Fagundez, en un *Tratado sobre los preceptos del decálogo* publicado en Lyón en 1640, tom. I, cap. II, pág. 501, se expresa en estos términos :

«Los niños cristianos y católicos pueden acusar a sus padres del crimen de herejía, aunque sepan que por esto serán sus padres condenados a ser quemados o a cualquiera otra clase de muerte, como lo enseña Tolet... y no solamente podrán rehusarles el alimento si tratan de apartarlos de la fe católica y aun *pueden justamente matarlos*... guardando la moderación de una justa defensa, si

quieren obligarlos por la violencia a abandonar la fe.»

El jesuíta Bonacina, exceptúa de toda falta a la madre «que desea la muerte de sus hijas si no puede casarlas bien, a causa de su fealdad o de su pobreza».

El Padre Antonio Escobar, en su *Teología Moral*, tomo IV, pág. 278, sostiene esta *piadosa* doctrina :

«¡ Es permitido matar a traición un proscripto !»

Y más adelante en la misma obra, pág. 284 :

«Es igualmente permitido causar de cualquier manera la muerte a aquellos que nos indispongan cerca de los príncipes y personas de distinción.»

El jesuíta Jacques Platelins, autor de un *Curso de Teología*, publicado en Douai en 1680, formula la declaración siguiente :

«Es permitido matar a otro para conservar bienes de fortuna.»

El Padre Juan de Cárdenas, supone : «que es permitido desear la muerte a otro, por el gran bien, aun temporal, de una comunidad o de la Iglesia, porque el bien común es preferible al bien de una persona particular.»

El Padre Emanuel, en sus *Aforismos*, enseña que :

«Las revueltas de los clérigos contra los gobiernos, no son delitos, porque ellos no son súbditos, sino del Papa, que es superior a todos los gobiernos.»

El Padre Lessius, sostiene que :

«Las Anfibologías, son permitidas cuando hay una causa justa para servirse de ellas.»

Los Padres Sánchez y Cárdenas, dan a este respecto, los siguientes ejemplos: «Así, dicen ellos, como la palabra *gallus* en latín, puede significar un gallo, o un francés, si se me preguntase, hablando esta lengua si yo he matado un francés, aunque lo haya matado, puedo jurar que no, entendiendo para mí que es un gallo. Lo mismo, el verbo *esse*, en latín significa estar o comer; si se me pregunta por ejemplo, si Pedro está en casa, yo puedo responder que no, aunque verdaderamente esté, siempre que yo tenga la intención de responder que no ha comido.»

A esta pregunta:

Cuando se ha recibido dinero para hacer una mala acción, ¿se está obligado a devolverlo?

Responden:

«Es necesario distinguir; si no se ha hecho la acción mala por la cual se ha pagado, es necesario devolver el dinero, pero si se ha hecho, no debe devolverse. *Si non fecit hoc malum, tenetur restituere; secus, et fecit.*» (P. Molina, citado por el Padre Escobar, Ar. III ex. II, nº 138.)

El Padre Vázquez, citado por el Padre Palao, tomo Iº, tr. 6, Nº 12, pág. 6, dice que: «cuando se ve a un ladrón resuelto a robar a una persona pobre, se le puede disuadir, indicándole un rico para que le robe en lugar de al pobre».

He ahí una parte pequeñísima de sus inmorales y absurdísimas teorías. La naturaleza de este escrito, no nos permite extendernos más, a este respecto. La cuestión jesuíta sería asunto de una obra.

Además, las consideraciones que debemos a los lectores, no nos permiten exhibir esta Compañía

y sus famosas enseñanzas en toda su horrible desnudez. La conciencia vacila y el pulso tiembla al llegar a ciertas partes de las constituciones secretas de los jesuítas. Se encuentran cosas tales que sería imposible reproducirlas aquí, ni dar de ellas una idea débil. Son invenciones desconocidas, placeres sacrílegos, vicios horribles, de esos que sólo el celibato puede hacer surgir en el cerebro lujurioso de un santo cenobita. Y todos esos horrores encuentran en sus casuístas no sólo indulgencia, sino justificación.

¡Qué inmoralidad de doctrinas!

¿Cómo reproducir aquí los consejos que el Padre Corneille da a las mujeres que se hallan en el caso de Susana? ¿Y cómo exhibir las teorías del Padre Gaspard, del Padre Sanz, Navarrete, del Padre Simón de Lassau y tantos otros?

Como sostenedores del regicidio, del asesinato, de las famosas restricciones de otras cosas aún más criminales, podrán citarse entre otros los Reverendos Padres: Mariana, Debrió, Gregoire de Valence, Tolet, Sa, Bonarcius, Grecus, Azor, Heisius, Eudemon-Jean, Keller, Senarius, Juan de Salas, Suárez, Lorin, Leissius, Tanner, Becan, Juan de Lugo, Antonio Escobar, Saúl Comitolus, Gretzer, y Buzembaum.

Lo expuesto no necesita comentarios, basta para estereotipar a los jesuítas. Y, queda probado, que su doctrina, sus enseñanzas y su conducta, todo es sombrío, pernicioso e inmoral.

El misterio en que se envuelven ha causado siempre justa alarma, porque, ¿qué es lo que ocultan a las miradas del público? Por este mis-

terio, Beranger los lastimó, con sus picantes canciones, y refiriéndose a ellos decía Chateaubriand, el príncipe de los escritores piadosos, el autor del *Genio del Cristianismo:* «Existe en esta sociedad algo que inquieta con razón los ánimos, supuesto que un velo misterioso cubre siempre sus acciones.» Y, en una carta al conde de Montlosier: «Quiero también la religión como vos; como vos aborrezco la congregación, y esas asociaciones de hipócritas que convierten mis criados en espías, y que en el altar sólo buscan el poder.»

El más elocuente defensor de los jesuítas, el Reverendo Padre Ravignan, en su libro *(De l'existence et de l'institut des jésuites)* nada ha logrado: su brillante escrito sólo deja en el alma la impresión de sus esfuerzos inauditos, y la seguridad de que la Compañía de Jesús es indefendible.

Siempre ha constituído y constituye un serio peligro para la libertad y para la moral.

Sus defensores, nos dan en tanto gastados argumentos, como los del Señor Caro, para probarnos que entre los jesuítas ha habido hombres muy notables, como si nosotros les negáramos que muchos de ellos han sido ilustrados. No le negamos que puedan ser sabios, sino que sean virtuosos. Ellos podrán ser buenos institutores en cuanto a la instrucción, pero no en cuanto a la educación. Enseñarán, pero corrompen. Formarán matemáticos, físicos, químicos, latinos y teólogos, pero eso no es todo, porque esos mismos hombres serán espíritus apocados, imaginaciones llenas de teorías falsas, o inútiles, de ideas absurdas y de supersticiones inverosímiles. Unos sal-

drán fanáticos, o lo que es lo mismo, locos, y otros saldrán ateos.

El jesuitismo, dijo el brillante orador Foy, es una espada, cuyo puño está en Roma y cuya punta está en todas partes.

Hoy, la punta de esa espada, hiere el corazón de los colombianos, pero no importa, la herida no será de muerte ; la punta de la espada está mellada y el cuerpo tiene mucha vida.

El partido conservador, cree matar el liberalismo, con el jesuitismo. Error ; ¡ cándido error ! Hay demasiada luz para que los jesuítas puedan dominar. No son más que una sombra momentánea, interpuesta entre el sol de la civilización y nosotros.

Los discípulos que eduquen no nos dan temor, por las doctrinas que aprendan, que ya de nada sirven, sino por las costumbres y el carácter. Sí, el mal está en la conciencia, en la corrupción que se pone en el corazón de los niños, en el rebajamiento del carácter, y en la prostitución de la moral. Una generación de siervos, incapaces de amar la libertad, ni de luchar por ella, y dispuestos a dejarse dominar por cualquier aventurero político, que se levante con el nombre de Dios, sobre los labios ; una aristocracia afeminada y débil y una democracia supersticiosa y servil, son el resultado de la educación de los jesuítas.

Pero ellos no tendrán tiempo de concluir en Colombia la obra de tinieblas que han imaginado. La aurora brillará bien pronto, y a sus primeros fulgores, esa partida de cuervos que se anidan en los claustros de San Bartolomé, huirán despavoridos.

Han sido un accidente de esta reacción fenomenal y desaparecerán con ella.

La luz y los jesuítas son inconciliables, y la noche que hoy envuelve a Colombia no puede ser eterna.

Ellos pasarán, y el sol de la libertad seguirá vertiendo sus rayos sobre el suelo querido de la patria, que: «por cima de las revoluciones quedan la verdad y la justicia, como el cielo estrellado por cima de las tempestades».

VII

LA MURALLA DE CHINA

Grandes ejércitos permanentes, dice Lamartine, son la institución más fatal a la libertad y al poder enteramente moral de la ley. Y, otro escritor, no menos notable, ha dicho: Los grandes ejércitos permanentes son una amenaza a la libertad y la prueba más palpable de la impopularidad de un gobierno. Si esto se ha escrito refiriéndose a otras naciones cuya necesidad hiciera disculpable el sostenimiento de un gran pie de fuerza, ¿qué podrán decir de Colombia y su ejército actual? Efectivamente, un país como éste, que no tiene complicaciones exteriores, y bajo un gobierno que dice contar con una gran opinión, ¿para qué sostiene ejército permanente? Un país casi mendigo hoy, ¿para qué sostiene un ejército de ociosos? ¿Qué objeto puede tener este asilo de veteranos, sino el de oprimir la libertad y estar listos a asesinar el derecho? En estas circunstancias, ¿qué otra cosa es esa legión de suizos, sino un ejército de

equellos «que aparecen siempre, según Castelar, después de las grandes catástrofes en todas las épocas infaustas en que pierden los corazones, el sentimiento de la propia dignidad, y las conciencias la intuición divina de la justicia?»

Si el gobierno tiene bastante fuerza moral, ¿para qué esta ostentación de fuerza material? Si el gobierno es popular, ¿por qué quiere ser aterrador? Si es querido, ¿por qué quiere ser temible? Si cree haber impuesto sus ideas, ¿por qué quiere imponer sus armas? Si sus enemigos son débiles, ¿para qué deslumbrarlos con el brillo de su poder? Si es el gobierno del país, ¿por qué tratar su patria como a territorio conquistado? Si es un gobierno republicano, ¿por qué exhibirse con la fuerza de un imperio? Si es un gobierno querido, ¿por qué rodearse de las apariencias de un gobierno impuesto? Si puede gobernar sostenido por sus principios, ¿por qué mostrarse en las puntas de las bayonetas? Si esta es la *paz científica* de la regeneración, ¿por qué hacer de ella, la paz histórica de Varsovia? ¿Qué será de hoy más, ese ejército entre nosotros? Una lepra para el país, una amenaza para la libertad, y una ruina para el tesoro. Esta guardia no será otra cosa que una espada de Damocles, suspendida sobre los derechos del pueblo; un sable de mameluco, en las manos temblorosas del Doctor Núñez; la guardia del gran bajá, no para cuidar su serrallo, sino su rebaño.

Y, ¿quién se ha quejado más contra los ejércitos permanentes, que el mismo Doctor Núñez?

En 1881, decía con una amargura indefinible pintando la situación del país: «¡Tenemos paz,

por el momento, pero una paz histérica, por así decirlo, que está apuntalada por unos 3.500!... soldados que consumen *improductivamente* una parte muy importante del presupuesto de rentas.» ¿Qué escribirá S. E. hoy? ¿Cómo juzgará esta paz, ya con caracteres de hipocrática, y apuntalada por 6.500 bayonetas?... ¿Será que ha crecido tanto la popularidad del Señor Núñez, y ha calado tanto en el pueblo, la idea de su *destino providencial*, que se necesita este pequeño ejército, para evitar las explosiones de gratitud de que puede ser víctima del Gobierno? ¿O será que estas 6.500 bayonetas, están encargadas de probarnos, que como lo dijo S. E.: «la regeneración es la justicia y la justicia es la paz?» Nos podría decir S. E. ¿porqué, si entonces eran tan ruinosos 3.500 soldados, hoy, que gracias al tino y *honradez* de S. E. atraviesa el país el peor estado fiscal, que ha tenido desde su emancipación, por qué, decimos, en tan ruinoso estado, se sostienen 6.500 bayonetas? Porque, si el estado actual es aceptado por el país, y el partido liberal — como aseguran los dictatoriales — es impotente para turbar la paz, y la Regeneración va viento en popa, en su feliz reinado, y el Gobierno — como él lo dice — cuenta con mucho prestigio, ¿por qué, para hacernos felices, tiene necesidad de ponernos sobre el pecho esos 6.500 vagos, cuyos brazos están *haciendo falta al trabajo nacional*, *tan decaído*, según opinión de S. E.? ¿O será que el asunto aquel del caballo de Troya, que tanto amostazó en otro tiempo al Señor González Lineros, continúa aún y

son necesarias esas bayonetas para contener esos caballos?

Escuchemos al señor Núñez, como para anatematizar el ejército permanente, nos pintaba hace muy pocos años, con tintes de poesía bucólica, el cuadro halagüeño en otros tiempos: «Durante algunos años antes de 1863, el ejército permanente de la República, rara vez pasaba de 1.000 plazas. En 1855 y 56, apenas había unos 500 hombres, y *jamás gozó el país de mejor sosiego*. La mayor parte de las antiguas provincias vivían tranquilas, sin la presencia de un solo soldado. Las del Norte y Antioquia, principalmente se distinguían por su ausencia de custodia militar», después de cuadro tan plácido, provoca tener la entonación grandiosa de Rioja, o Rodrigo de Caro para exclamar: «Estos Fabio ¡ay dolor! que ves ahora campos de soledad, mustio collado, etc.» Sí, esta república tísica, que veis hoy, rodeada de bayonetas, fué en otro tiempo tan feliz, que vivió guardada sólo por 500 hombres...

¡Ay! es cierto que entonces no había *regeneradores, maestros inimitables, nuevos Moiseses, Salvadores de los pueblos, ni Caballeros de la orden piana*... No había sino hombres honrados y de verdadero talento práctico, que no gustaban de andar de Quijotes de la moral, *desfaciendo* agravios políticos, ni religiosos, ni soñando utopías fiscales y expedientes ruinosos. Había más patriotismo y menos ambición; se gobernaba más con la cabeza que con las manos... Hubo después, una época semejante, que se llamó: *la dominación liberal*, en que cuando más, se levantó el pie de fuerza a

3.000 hombres, y hubo administraciones como la de Salgar, de una paz completamente octaviana. Pero entonces estábamos muy atrasados, los hombres públicos estaban creyendo en esa tontería que se llama : *la Moral política;* eran tan cándidos que el *mormonismo* y el adulterio no les parecía de *buen tono;* le temían a esa simpleza que se llama : *la Sanción;* tenían ese estorbo que se llama : *Conciencia;* y cometían el disparate de amar esa utopía que llaman : *La Libertad.*

¡ Ah ! entonces estábamos muy lejos de la civilización ; no había *Excelencias* ni *Honorables,* ni *Señorías* ni *Delegados.* Los presidentes eran unos pobres hombres, tan atrasados que no se habían casado sino *una vez,* y vivían con su Señora legítima en el humilde palacio en que vivieron Bolívar, y Santander ; no viajaban a costa del tesoro, ni daban grandes saraos, o cuado los daban, eran de gentes muy escogidas ; no tenían que cubrir su desnudez moral con vanos títulos políticos ni religiosos ; no apostataban ni eran mojigatos ; no ganaban sino (1.000) mil pesos por mes, y tenían el mal gusto de retirarse pobres, unos a poner colegios, otros a su pupitre de abogados, otros a sus campos, y cada cual a su profesión. ¡ Hoy la cosa es muy distinta, hemos avanzado tanto !... Tenemos muchas notabilidades, cualquier guardacantón, es *Excelencia;* cualquier presidario, *Señoría;* cualquier pelafustán, *General.* Tenemos millares de *notabilidades,* de *héroes,* de *beneméritos,* con el ítem más, de ser de un mérito muy sólido, y todos muy modestos ; aunque la sociedad se dice católica, nos manda un mormón, lo cual prueba

que si no hay libertad de cultos, hay libertad de costumbres ; esto, aunque no sea más moral, es más cómodo ; el Presidente, con una piedad casi inspirada, ha montado su rocín y, seguido del Sancho conservador, ha embestido, lanza en ristre, contra la plaga liberal, que no cree en el diablo, y que persiguió los curas. Se van a acabar los librepensadores, y va a haber quema de herejes. El Papa tiene aquí un hijo *fidelísimo*. Tenemos los Reverendos Padres jesuítas ; los conventos que la impiedad había quitado a los padres, para cometer el sacrilegio de llenarlos de jardines y surtidores, y balcones, volverán a ver casa de oración, y en sus ventanas volverán a verse los poéticos tiestos con flores y los pajaritos enjaulados trinando alegremente. Ya no habrá tanto colegio masón, en que aprendían los muchachos esas groserías, que se llaman lenguas extranjeras, y que no les sirven sino para leer malos libros, que apartan de Dios y de la Iglesia. Pero, en cambio, habrá buenos conventos de Padres, donde entrarán los niños de novicios, para enseñarles el camino del cielo. Gracias a Dios, en las escuelas primarias ya no se seguirá enseñando por esos métodos *pestalozzianos* que corrompían la juventud, porque eran inventados, ¡ qué horror ! ¡ por un alemán protestante !... Ya no se seguirá cometiendo el pecado de enseñar a leer sin citolegia y a deletrear sin cartilla. Ya no ganarán los maestros esos sueldos exorbitantes de sesenta a cien pesos, sino diez y seis o veinte, y esta pobreza evangélica los apartará de mil tentaciones de Satanás, haciendo efectivo aquel bendito proverbio, casi abolido por la impiedad, que : *tener más*

hambre que un maestro de escuela. En la Universidad no se enseñarán ya ni Bentham, ni Tracy, ni Julio Simón, ni ninguno de esos franceses herejes, sino las doctrinas del angélico Doctor, y los jóvenes ya no se ocuparán en resolver y meditar los grandes problemas filosóficos, ni esas vagabunderías sociales del progreso, y la miseria y el trabajo, pero se ocuparán con provecho sumo en estudiar los siete cielos, y lo que es aún más útil para la humanidad : la naturaleza de los ángeles. No se enseñará ya la filosofía de este maldito siglo XIX, sino la del siglo XIII, en que con tanto esplendor brilló Santo Tomás, mereciendo ser llamado por unos, el ángel de las escuelas, y por otros, el Aristóteles cristiano , aunque otros lo apellidaran *el buey mudo de Sicilia.* Y por este camino, podremos volver algún día a aquellos siglos de sabiduría, en que nuestro Santo Papa Zacarías II condenó, como herética, la idea que se había metido en algunos cerebros, de que nuestro globo podía ser redondo. Ahora se estudiará la ciencia sagrada de la Teología, y se harán con los Padres Sánchez y Escobar por el mundo de la ciencia grandes excursiones sobre la encarnación del Verbo, y volverá a ventilarse la importantísima cuestión de la *Consubstancialidad* que tan acaloradas disputas produjo en el siglo VI entre los santos Padres de la Iglesia, y así llegará la juventud a donde no han podido llegar muchos sabios, porque, ¿adónde está la ciencia de esos mentidos filósofos que han discutido en la antigüedad? ¿qué sabían Sócrates, Platón, Confucio, Aristóteles y Anaxágoras, Descartes, Malebranche,

Lock, Kant, Leibnitz, Espinosa, Newton, Voltaire, Rousseau, Diderot, y Montesquieu, después, cuando no supieron explicar nunca la diferencia que hay entre un querubín y un serafín, asunto tan brillantemente ventilado por nuestros grandes Doctores? ¡Ah! pero por detenernos a considerar las graves ventajas que el nuevo plan de estudios traerá a la juventud de Colombia, nos hemos apartado de nuestro asunto. Sí, hemos adelantado mucho, como íbamos diciendo; el Presidente vive en un palacio suntuosísimo; da bailes de a veinte mil pesos, sin esas restricciones de buena conducta y posición social, cosas que él cree contrarias al espíritu cristiano; tiene cocheros y libreas; gana tres mil pesos por mes; tiene Consejo de Estado, Vicepresidente y caballos en la pesebrera; hay Banco Nacional, papel moneda, níquel, y por último, ¡oh felicidad! ¡un ejército permanente de 6.500 hombres!...

Basta; por mucho que uno se esfuerce, no pueden contemplarse sin indignación tantos horrores. Cuando se sumerge la vista en ese abismo de degradación y de inmundicia, es necesario hacerse un esfuerzo supremo para no arrojar la pluma, y levantarse, rojo de indignación y de vergüenza. ¡Ah! ¡la Regeneración! ¡la Regeneración!... jamás crimen tan grande fué cometido por criminales más pequeños, ¿y con qué se escudan?, con una muralla de frailes y soldados. ¿Y, qué hará el país? Frente a esta muralla como frente a los cadalsos, y a la imprenta muda, a la ruina fiscal, y a todos los grandes atentados de la Regeneración, el país meditará. Cuando un pueblo serio

medita delante de una tiranía, en su frente cruzada por resplandores divinos puede leerse el porvenir. De las meditaciones de los pueblos han surgido siempre las grandes revoluciones. Nada incita tanto a conspirar, como la represión.

La tiranía de Núñez, como casi todas las tiranías, se ha levantado con un pie sobre el clero y otro sobre el ejército; débiles cimientos; el primero no resistirá las oleadas de la luz, el segundo caerá bajo el torbellino de la opinión.

El fanatismo y la fuerza: he ahí con qué se cuenta para dominar. Así se sueña con llevar por muchos años al país, como un condenado a muerte; entre un jesuíta y un soldado.

Y cuando se habla de libertad, y cuando se clama contra estos atentados, cuando se dice que el país no quiere ni los pretorianos, ni los jesuítas; que la república verdadera está tan lejos de los conventos como de los cuarteles; que no queremos ser ni genízaros, ni monjes; que la libertad no se aclimata, ni en los cuerpos de guardia, ni en las sacristías; que el país, lo que quiere es, el dominio de la justicia sin hacha, y de la moral sin estola; que no quiere para el cuerpo, ese suplicio que se llama la horca, ni para el alma, ese veneno que se llama el fanatismo; que no anhela más gobierno que la república, ni más moral que la del Cristo; que no aspira sino al reinado de la ley, y al brillo pacífico de las ideas; entonces, esos hombres que tales cosas dicen y tales ideas sostienen, son los agitadores, los revolucionarios, los utopistas, los *ideólogos*, los criminales, y se despliegan contra

ellos todas las persecuciones, la vigilancia, la prisión, el destierro y el veneno.

Sí, vosotros, hombres del partido clerical de Colombia, sois los mismos de los poderes absolutos en todas partes, sois los retrógrados, los monárquicos de Europa, los carlistas de España. Vosotros que venís ungidos con la sangre de tantas generaciones; vosotros que habéis sido los hombres de las hogueras, del cadalso, de la censura y de la sombra, no queréis que se os hable de la libertad y tenéis razón; dondequiera que la habéis visto la habéis abofeteado. Tenéis largas páginas en la historia del crimen; y sois los continuadores de los *héroes* de las cruzadas de Albigenses, de las dragonadas, San Bartolomé, el tormento, la inquisición, el *Terror Blanco*, los patíbulos de Roma, Lombardía, y Milán. En América habéis sido los hombres de don Pascual Rodríguez de Francia, don Gabriel García Moreno, y don Rafael Núñez; os conocemos, y os conoce la Historia, porque no se ha hecho una persecución, no se ha cometido un crimen político, no se ha alzado un cadalso, en que no estéis vosotros allí, enmascarados de verdugos.

Y, por eso, cuando os hablamos de derechos, somos revolucionarios, ateos, disociadores; cuando os hablamos del Cristo, somos impíos; cuando os hablamos del pueblo, somos nihilistas; cuando os hablamos de la instrucción pública, somos agitadores; cuando os hablamos del sufragio popular, somos facciosos, y finalmente, cuando os hablamos de la libertad, siempre somos criminales. ¡Esa ha sido vuestra eterna lucha! Siempre habéis tenido, para cada libertad una cadena, para cada palabra

una mordaza, para cada apóstol un patíbulo. Y vuestros eternos declamadores no hacen más que hablarnos de demagogia, y de tumulto. Es porque no queréis convenceros que no sois los hombres de este siglo, y en vuestro cráneo apolillado se ha secado el germen de las ideas, y os contentáis con repetir como un anciano idiota, los anatemas que vuestros antepasados os enseñaron contra la libertad. Nada nuevo podéis decirnos, porque nada habéis aprendido.

En vuestro horror por la libertad la confundís con la demagogia, como habéis confundido las creaciones de vuestro fanatismo con Dios. — No, mil veces no; ni vuestro cetro de hierro es la espada de la libertad, ni vuestro mito sangriento, es el Dios del cristianismo. — Vosotros habéis deshonrado la libertad y calumniado a Dios. — Colombia no quiere, ni vuestras cadenas, ni vuestras supercherías. — Ella desea, permanecer tan lejos de Marat, como del loco de Manresa; no quiere ni el terror, ni la San Bartolomé.

Para ser libres no necesitamos cadalsos.

Para ser morales no necesitamos farsantes.

Ni *sans-culottes*, ni jesuítas, queremos ser.

Entre tanto, os creéis eternos en el poder, porque habéis hecho de los jesuítas y los pretorianos una doble muralla como la de China, y os habéis parapetado tras de ella.

Esperad, que esa muralla como las de la fábula de Jericó, caerán al sonido de las trompetas de la libertad; también tenéis en vuestro seno una prostituta como Rahab, que os venderá. ¿Sabéis cómo se llama? La Constitución.

¿Os creéis invencibles?

Alzad la cabeza, tended la vista por cima de vuestros parapetos, y eso que veis lejano, ese rumor confuso que escucháis, ése es un combatiente terrible que se llama: El Pueblo, y encima de ese publo hay un vengador aún más terrible, que se llama: Dios.

VIII

LA PRENSA LIBRE

La tribuna sin libertad, no es aceptable sino para el orador sin dignidad, dijo Víctor Hugo. Y a nuestro turno podemos decir nosotros: la prensa sin libertad no es aceptable sino para el escritor sin dignidad.

Sí, porque, ¿qué otra cosa es prensa sin libertad, sino un incensario costeado por los poderosos para que les rindan culto los imbéciles? ¿Qué otra cosa es la censura oficial en la prensa y qué toda prensa, ministerial, sino lo que dijo, Benjamín Constant: la calumnia explotada por la bajeza al servicio del poder?

La libertad de la prensa es la esencia de todas las libertades. Sin ella ningún derecho está seguro, ni la sociedad tiene garantías. Y es, según la bella expresión de M. de Villemaine: «la más vital de todas las libertades». Violada la libertad de la prensa, las demás son una irrisión.

Todo gobierno libre, gusta de la prensa libre, como de un buen consejero, y todo gobierno despótico la odia como un censor. He ahí por qué Núñez y sus secuaces la odian y la temen.

La prensa libre es un faro, que ilumina la marcha de la sociedad y muestra a los gobiernos los escollos, pero los malvados y los gobiernos tiránicos que son los piratas de la moral, huyen de él, porque temen ser descubiertos.

Efectivamente, con la libertad de la prensa, ningún crimen queda en la sombra; su luz lo alumbra todo, desde el obscuro chiribitil del jornalero, hasta el lujoso salón del potentado. Su rayo de castigo hiere toda frente culpable, ya lleve la corona del poder, ya el fuero de la tonsura; para él no hay cabeza demasiado alta, ni abismo demasiado profundo. Ante su sagrado tribunal, no hay grande o pequeño sino el crimen; el criminal no tiene estatura.

Mostradnos un tirano que haya respetado la libertad de la prensa; no lo hallaréis. Todos la han hecho callar, porque es el juicio ilustrado del pueblo, y Chateaubriand ha dicho: *El talento inquieta la tiranía, débil lo teme como un poder, fuerte lo odia como una libertad.*

La prensa libre es una religión que cuenta innumerables mártires.

No ha sufrido la sociedad un atentado; el derecho una violación; la libertad una afrenta; sin que la prensa no haya tenido que ofrendar en su defensa sus mártires, y sus lágrimas.

Apenas se trata de ahogar la libertad de un pueblo, se principia por ahogar la libertad de la prensa.

Manos ilustres, y manos pequeñas, han caído sobre ella, para matarla, y ella vive.

En este siglo, desde la mano colosal de Napoleón manchada con la sangre del duque de Enghien, hasta la mano microscópica de Núñez, manchada con la sangre de Gaitán y de Prestán, todas las de los déspotas se han crispado airadas sobre la prensa libre para estrangularla. Tiranos gigantes, y tiranos pigmeos, todos la han perseguido y todos han caído bajo el poder de sus golpes. Un solo grito de ella, basta para ahogar la obra de un largo despotismo. ¡ Se le oprime por largo tiempo y sin embargo se viene a morir bajo su peso !

La prensa libre ha sido el Aventino de la libertad ; en ella se refugia el espíritu de los pueblos oprimidos. Roca gigantesca contra la cual se estrella siempre airado el oleaje del despotismo. Cuando se alza en medio del país esclavizado, pueden invadirla las olas y se convierte en patíbulo ; cuando se halla protegida por el derecho, y se alza frente a frente de un gran crimen, como el 2 de Diciembre, entonces se llama Guernesey, y se convierte en pedestal.

Siempre en su cumbre inflamada se forjan las tempestades que reducen los tronos a pavesas. Suprimid a Rousseau, y a los enciclopedistas y la libertad no habría hecho esa sublime explosión que se llamó : La Revolución Francesa, y que fué con sus sombras y su luz el Génesis de los pueblos. La cabeza del último, desgraciadísimo Capeto, al rodar sobre las tablas ensangrentadas del cadalso, fué la cabeza, no del rey, sino del dogma monárquico tronchada, no por el hacha del verdugo, sino

por la fuerza de las ideas, sembradas en el pueblo, por los grandes escritores de aquel siglo.

La prensa enmudecida es más temible, porque guarda en su seno profundas agitaciones, cuya explosión causa catástrofes funestas.

Cuando la libertad de un pueblo es arrebatada, y herido el sentimiento nacional, y el derecho conculcado, y las instituciones rotas, y la sombra de un tirano se proyecta sobre el pueblo. ¡Cuando todo tiembla y vacila, cuando nadie alza la frente, y todos callan confusos y asustados, como si el ala de Dios pasara sobre ellos, entonces la libertad perseguida, se refugia en la mente de los pensadores, como buscan las águilas las rocas más altas, para guarecerse en ellas del furor de las tempestades!

Entonces, parece que la dignidad nacional, se refugiara en esos hombres, y llegan a representar el pensamiento del pueblo. Frente a frente de los tiranos, son la oposición y la amenaza. Si callan, son aterradores; sin hablan, son terribles. Ellos son la conciencia nacional, y como ella son poderosos e imponentes. La persecución se desencadena sobre ellos y crecen en la adversidad. Se les aprisiona, son la revolución en el calabozo; se les destierra, son la revolución en el destierro; se les mata, son la revolución en el patíbulo. Su fuerza depende de que se han transfigurado; no son ya hombres, son una idea, y no puede extinguírseles. Son la columna de fuego, que guía los pueblos esclavos a la tierra prometida de la libertad. Aquellos hombres se pesan, no se cuentan: pueden ser dos, y valen por un país. Tal es el poder de

la idea. Estos hombres, en pugna con el despotismo, representan la lucha gloriosa de la idea con el hecho. Sí, porque todo gobierno despótico, es un hecho, pero no puede ser considerado en la Historia, como un gobierno de derecho. Y estos apóstoles de la idea, vencen siempre, porque como algún escritor ilustre dijo: «el hecho en la Historia, pasa como un relámpago, como un soplo de aire, como el instante fugaz en que sucede, y la idea impalpable, la idea espiritual, la idea invisible, es la única realidad que existe, así en la conciencia, como en el espacio, así en el alma como en el mundo; *la idea* que todo lo *avasalla con su fuerza divina e incontrastable.*»

Cuando Bonaparte, estaba en todo el esplendor de su soberbia grandeza; cuando el águila de su genio tocaba con la punta de sus alas las extremidades de Europa, cobijándola toda; y los reyes llevaban azorados la mano a la cabeza para sostener sus coronas, temiendo se las arrebatara aquel huracán de victorias, y se agrupaban confusos al paso del Emperador, temblando ante aquel hijo del Genio, como no habían temblado sus mayores ante Carlomagno; cuando desde el alucinado Czar de Rusia, hasta el pérfido y sanguinario Fernando VII, mendigaban su amistad, sólo seis talentos, como lo hace notar un apologista suyo, permanecían de pie, en medio de aquel universo arrodillado. Eran seis escritores: Delille, Ducis, Constant, Lemercier, Mad. Stael y Chateaubriand. Sólo ellos no doblaron la cabeza, porque las frentes que piensan no se doblan sino ante Dios. Así estas inteligencias, resistieron a Napoleón, y en ellas se

refugió, no ya la dignidad de Francia, sino la dignidad del mundo. Y, aquel hombre que había escalado el San Bernardo para descender a Italia; que había visto huir despavoridos ante él, un rebaño de reyes en Austerlitz; que se había abierto paso hasta Madrid; que había dormido en el Kremlin, pasado el Beresina y roto las etapas de hierro de la Rusia, no pudo romper el muro de luz, que le oponían aquellos seis gigantes de la inteligencia, y el vencedor del mundo, no pudo vencer la idea de oposición a su poder absorbente, refugiada en aquellos seis cerebros. El hecho pasó; el conquistador, como un inmenso aerolito, fué a caer en mitad del océano, y la idea serena, pura, majestuosa, siguió su marcha ascendente, vertiendo desde el cielo bastante luz, hasta para alumbrar la tumba del coloso.

Nada hay igual al poder de la idea, y como la prensa es su voz y su reflejo, nada hay igual al poder de la prensa.

He ahí por qué la persiguen los déspotas.

Y nuestro *gran turco*, nuestro Bajá colombiano, el memorable Núñez, también la persigue, y ¿cómo no? El ha logrado dominar y comprar soldados, y engañar fanáticos, pero todos los escritores de alguna talla como: los Pérez, Conto, Esguerra, Alvarez, Camacho, Roldán, Galindo, Zapata, Rafael Gómez, Cano, Uribe, y demás periodistas, todos le son adversos. Ha sojuzgado las medianías, pero no ha podido dominar las inteligencias del país. Quiere castigar esas inteligencias, vengarse de los grandes talentos, y para eso amordaza la prensa. Su bárbaro decreto «sobre imprenta», firmado por

su mano temblorosa y sangrienta, expresa todo el monstruoso pensamiento de la Regeneración.

El mutismo absoluto es el ideal de todos los tiranuelos, y Núñez ha querido implantarlo en Colombia.

Hay silencio profundo, pero el silencio no es la paz.

Vergniaud lo ha dicho: la libertad es altiva como la llama, y es inconcebible con una calma que sólo conviene a esclavos.

Hoy hay paz en Colombia, pero una paz siniestra; hay calma, pero una calma aterradora.

El dictador mismo dice que está *horrorizado* del silencio del país.

Y, es, que no es un silencio de muerte, sino un silencio de espanto.

¡El país reflexiona!...

Núñez ha creído taparle la boca con un decreto, y ahogar así la revolución. ¡Suprema insensatez! No se impide la explosión de un volcán con extender la mano sobre su cráter inflamado, y sus rocas que vacilan.

Amordazar a un pueblo, es lanzarlo a la revuelta, porque la supresión del derecho de queja produce el derecho de insurrección.

En ningún país de América había sido la prensa tan libre como en Colombia, y en ninguno está hoy tan amordazada. Esto es lógico, por la ley de las reacciones y la naturaleza del partido que gobierna. Es un partido obscurantista y no quiere luz; es un gobierno débil y teme la oposición; no sintiendo en sí la majestad de su origen popular, desconfía con razón del pueblo; hijo de la traición,

teme ser traicionado; fruto de una venta, teme ser vendido.

El poder que no está seguro de sí mismo, dice M. de Boissieur, se hace inevitablemente cruel, porque nada hace tan feroz como el miedo.

Tal es lo que le ha pasado a la Regeneración.

Núñez, parapetado tras de su muralla de jesuítas y soldados, asoma de vez en cuando la cabeza, y un solo grito basta para hacérsela esconder: se ha propuesto apagar hasta el último rumor...

Además, la Regeneración no puede existir ante la libertad de la prensa. Porque, ¿cómo defender su origen, su constitución, sus leyes, sus cadalsos, sus robos, sus saqueos, todo ese arsenal de delitos, y sofismas que llama sus principios? Imposible.

Por otra parte, la Regeneración no tiene escritores que oponer al torrente de la prensa liberal. Sí, porque esos cuatro académicos momificados, que se la pasan discutiendo por una coma, haciendo silvas y anacreónticas, sonetos al pecado original y traducciones de Virgilio, son demasiado académicos para hacer escritores de controversia.

Y, ahí está don José Joaquín Ortiz, sin duda respetabilísimo por mil títulos, y al decir de los entendidos en la materia, el más galano escritor de prosa entre nosotros; pero, ¿de qué sirve aquella arpa si sólo produce sonidos místicos? Es cierto que a veces se indigna y clama con el acento de un profeta, pero entonces, ni discute ni convence, y bajo un diluvio de frases galanas y períodos inimitables, anatematiza y condena a todo el que no piensa con él; lo han llamado con razón: el Luis Veuillot de Sur América, y podrían llamarlo

también el Augusto Nicolás, pero a pesar de todo eso, la discusión no es su terreno, porque el dogma lo ofusca, la impiedad lo exalta, no quiere convencerse que el diablo no es ya sino una figura de retórica, únicamente de consumo para predicadores de aldea, pretende asustarnos todavía con las pailas del infierno, y se entretiene con una candidez infantil, discutiendo la autenticidad de los milagros de Lourdes.

Don Miguel Antonio Caro, que se cree poeta por herencia, y nos regala de vez en cuando las más pesadas producciones de su ingenio, como modelos de la lengua, que se dejaría matar sosteniendo la infalibilidad del Papa, en religión, y la de Menéndez Pelayo, en literatura; que está profundamente enamorado de sí mismo, con toda la pedante vanidad de un sabio, y que se cree, pese a su modestia infalible, superior a todo cuanto había dado nuestra pobre tierra; no es a pesar de su candorosa ilusión, más que un gran filólogo, y literato, pero, ni su escuela, ni sus tendencias, ni sus estudios le permiten lucir en la arena política con el mismo brillo con que honraría en todas partes su sillón de académico.

Y últimamente lo probó de una manera palmaria, cuando en ese momento de semi-libertad de imprenta, concedida por el señor Payán, el partido liberal le salió al encuentro en la polémica. Conto, Rudas, Esguerra, Cano, Uribe, lo batieron en brecha, le probaron que fuera de su terreno literario era menos que una medianía pretenciosa, pues, en ciencias políticas es miope, y en filosofía es un topo. El se puso furioso, ana-

tematizó como un predicador, dogmatizó como un ortodoxo, y gritó como un pedagogo. Pero, humillado, vencido, colérico, no le quedó más recurso que replegarse al palacio del Gobierno, y recabar del Presidente, un decreto que hiciera callar a sus contrarios. Y así lo consiguió. Los periódicos liberales fueron suspendidos, y él quedó solo, como quería, insultando y gritando, como un loco, desde las columnas de *La Nación*.

Samper, ya no existe; Arboleda, tampoco.

El maestro *inimitable*, con sus sofismas, sus eufónicas frases y sus apocalípticos anuncios, nada podría hacer, porque ya nadie cree la precisión de sus *preciosos dilemas*, y nadie se asusta con su *pavoroso abismo*, su *confusión de ideas*, sus *tinieblas* y su *eterna noche*, y por más que hable de la Regeneración, y moralidad y *las leyes* de *dinámica social*, nadie le cree, porque el país está cansado de oírle decir sentencias y hacer disparates, y más de una vez le ha gritado: *res non verba*. Así, pues, a pesar de sus dotes de escritor, al Señor Núñez le falta lo principal, que es la *autoridad moral*. Tiene demasiada sangre y demasiado lodo encima para discutir con él.

Ahora, entre los escritores de segundo orden, mucho menos, y ¿a qué hacer una enojosa enumeración de ellos?

Entre los Ministros, que son siempre, como la plana mayor de los partidos, no hay uno que pueda sostener la discusión.

Don Felipe Paúl, no ha sido nunca escritor, y hoy se conforma con ser el fonógrafo, de su hermano el arzobispo.

Rafael Reyes, no es más que un soldado cruel, bueno para firmar como firmó sentencias de muerte en Panamá.

Canal, es menos sanguinario y más ilustrado, pero no escribe.

Casas Rojas, no hace sino novenas.

Ospina Camacho, no hace nada.

Martínez Silva, es un idiota.

La juventud conservadora no puede contarse en esta lucha, porque ella no sostendría, como no ha sostenido los absurdos de los *ultras*. Ella, como la prensa liberal, ha sentido sobre su cuello la mano estranguladora de la Regeneración, y ha mostrado con el *Semanario*, el *Renacimiento* y el *Partido Nacional*, que no sólo honra la prensa, sino que ama la República.

Se ve, pues, que el partido de los retrógrados no quiere la prensa libre, porque no puede sostener la discusión.

Por eso impone al país silencio, y el país calla. ¿Hasta cuándo? Sólo Dios lo sabe. En la misteriosa elaboración de los grandes acontecimientos, cuando los tiranos trabajan a plena luz, los pueblos se preparan en la sombra. La última palabra de las dictaduras, está en los labios de Dios ; su último golpe, en las manos del pueblo. El atentado y la justicia, entre estos dos polos inmóviles, giran eternamente todas las tiranías y todos los castigos.

Núñez está hoy en su apogeo, ha llegado al cenit del poder, domina el país, coronado de lágrimas y sombras, y sobre un montón de cadalsos, cadáveres y ruinas, pero ya en las confusas brumas

del horizonte asoma el pueblo la cabeza amenazante, y a medida que él crezca y avance en el Oriente, la dictadura bajará al Ocaso.

Cuando en un país la libertad ha muerto, no queda ya una Nación, sino una ruina. — Hoy, Colombia es una tumba, sobre la cual ondea la bandera ensangrentada de los Coservadores, agitada por todos los vendavales, desde el huracán de la ambición, hasta el huracán de la miseria. Sobre ella, gime un ave, el patriotismo, esperando la luz del nuevo día.

La Regeneración vacila, porque tiene delante, la imagen del partido liberal, que como la sombra indignada de Hamlet, la amenaza; atrás el abismo; abajo un pueblo agitado por la miseria, y encima Dios, indignado por el crimen.

Y en tanto baja, y baja por la pendiente más peligrosa: la de las arbitrariedades. Y va arrastrada por la más inflexible de las lógicas: *la lógica de las faltas cometidas.*

Dios la empuja y el pueblo la precipita.

Dejémosla pasar.

IX

TIBERIO EN CAPREA

Y en tanto, el hombre, que ha hecho tanto mal, que ha causado esta tragedia, que ha deshonrado este país, ¿qué hace?

Fingiendo un desprendimiento, que está muy lejos de sentir, se ha retirado a su Hacienda del «Cabrero» en Cartagena, y queriendo hacer el Diocleciano en Salona, sólo es *Tiberio en Caprea.*

Desde allí, lejos de la Capital, entregado a las torturas de su conciencia, tirano sin grandeza, déspota sin gloria, este personaje sombrío, recelando de todos, temiendo de cualquiera, repleto de odio, y de hiel, maquina contra la República y da sus órdenes al encargado del Poder Ejecutivo, especie de Mayordomo, sumiso y obediente a los mandatos de su *amo.*

¡Cómo! se nos dirá: ¿Es posible que el partido Conservador, que dice ser media nación, y los hombres de ese partido, sean los instrumentos

viles de un tirano atrabiliario y bilioso? Sí, desdesgraciadamente es cierto.

Si sólo se mirara la suerte del país, a través del prisma de los intereses de partido, preciso sería confesar que Núñez ha hecho al partido Liberal, el bien de debilitar a los conservadores, dividiéndolos, prostituyéndolos y envileciéndolos. Porque pocos partidos han presentado más degradante espectáculo, que el conservatismo de aquel país, arriando su bandera y abdicando su nombre y su dignidad, para servir de pedestal a la dictadura del doctor Núñez. No, el partido Conservador de hoy, no es el partido histórico de Márquez y Cuervo, Gori y Herrán, Ospina y Arboleda. Aquel partido, bajo el jirón de su bandera colonial, tenía siquiera la dignidad en la intransigencia, y se mantenía de pie sin doblegarse, hería la República, pero lo confesaba, perseguía la libertad, pero sin mentir, atravesaba el pecho a su contrario, pero no escondía la espada tinta en sangre, tenía la horrible, pero franca y noble obcecación de los vandeanos.

¡Ah! si uno de aquellos muertos levantara hoy la cabeza del sepulcro y preguntara: ¿Dónde está el partido Conservador?... ¿Qué nos queréis? le dirían los reformados modernos; ¿a qué venís a perturbarnos ahora? Nosotros no somos ya conservadores, somos *nacionales*, hemos abdicado de todo, hasta de nuestro nombre...

...Es verdad, diría el otro, al ver aquella turba de confusos palaciegos, y aquellos académicos de la lengua, con la librea de los lacayos de la dictadura. Es verdad, volvería a decir, nuestros ante-

cesores peleaban, no se vendían; gobernaban, no se alquilaban; llegaban al Capitolio de pie, y con la frente levantada; no entraban de rodillas, como los japoneses a presencia del gran mikado, es verdad, vosotros no sois los conservadores, habéis descendido mucho...

Y volvería a su sepulcro, avergonzado sin acertar a explicarse qué era esta república que había visto con pantalones de Zuavo y bonete de jesuíta. El partido conservador no tiene derecho a evocar la memoria de sus grandes hombres, desde el momento que la ha prostituído con su conducta. Las glorias conservadoras no son las glorias nacionales. Los conservadores de hoy, conservan los vicios y los errores, pero han perdido su antigua dignidad. Los que ayer eran paladines de una causa, hoy se conforman modestamente, con ser los escuderos de la Regeneración. Ayudas de cámara del independientismo, han logrado llegar hasta la escalera de palacio, donde reciben el sombrero de sus señores y les enseñan el camino del solio. Es cierto que unos pocos sirven a la mesa del Dictador en calidad de Ministros, y aun ha llegado alguno de ellos a sentarse en el sillón presidencial, del cual desciende a la sola aparición de su amo. Pero, para un partido que se dice *doctrinario*, por pocos hombres aptos que tenga debía aspirar a otra cosa.

Estar así, en presencia del poder, como *ciertos guardianes* de la belleza, en los serrallos de Oriente, sin poder tocarla, podrá ser cómodo para algunos, pero no es digno para nadie.

Y, ¿con qué excusan su vileza? con un himno

perpetuo, de adulaciones a su amo, y una algazara bárbara de insultos a los vencidos.

Y aun así, de rodillas, osan hablar de libertad.

¡ Mas, no hay por qué extrañar que hombres así envilecidos, levanten un coro de infinitas adulaciones a su ídolo, y lo apelliden noble y generoso !...

Todo poder ha tenido cortesanos, y el crimen ha tenido adoradores.

Magnánimos, *Clementes*, *Generosos*, y *Augustos*, se hacían llamar los emperadores romanos.

Un Senado declaró a Nerón salvador de la Patria por haber asesinado a su madre, y *libera civitas*, llamaba Séneca a Roma, en tiempo de Tiberio... ¿Qué mucho que se aplauda la conducta del Doctor Núñez, y se llame a su gobierno *clemente* y generoso?... ¿Clemente? ¡ oh ! Sí, mucho. ¡ Díganlo si no los centenares de desterrados que gimen lejos del suelo de la patria, los proscriptos que diariamente *exportan* del país, los presos que llenan las cárceles de Colombia, el asesinato del patíbulo sustituyendo a la justicia de la ley; la misteriosa y horrible muerte de Gaitán Obeso, en su prisión, el cobarde asesinato de Pedro Prestán, inocente, y los premios y honores concedidos a sus verdugos !...

¿Generosos? ¡ Sí, dígalo el solo rasgo de arrancarle las prensas al vencido, no dejarlo hablar, y calumniarlo e insultarlo cobardemente !... ¿Celoso del *honor* de la República?... ¡ Ah ! esto es lo más.

¡ Ah ! sí, ¡ a este celo se debe la violación del territorio nacional, la invasión armada de los yankees, la horrible vergüenza de ver profanado por

soldados extranjeros el suelo de la patria (1)!...

A ese celo se debe el desembarco de los Italianos en Buenaventura y el cañoneo sobre un puerto indefenso.

Y a esta diplomacia celosa del honor nacional, se debe el fracaso en la cancillería española, y a ese celo se deberá mañana quién sabe qué inmensa desgracia para la integridad nacional.

¡Dios quiera apartar de la patria el infortunio, y de los hombres de esta obra maldecida, el tremendo anatema!

Dios quiera que la patria, ya tan mancillada por la audacia de Núñez, no sienta rota en pedazos su sagrada túnica, por la ineptitud de diplomáticos tahures y magistrados venales (2).

¡Dios quiera apartar de ellos y de la República tamaña afrenta!...

En tanto, Tiberio, sigue en Caprea, maquinando contra la libertad.

Cómico consumado, pero ridículo, como un gitano, sigue engañando la candidez de muchos, haciéndoles creer en un desprendimiento que es incapaz de sentir.

El clima de Bogotá lo mata, viene a Cartagena buscando salud y con anhelo de conservar una vida tan perniciosa para el país, y se empeña en hacer creer, que es el desprecio de mando quien lo lleva allí.

---

(1) El desembarco de los americanos solicitado por los conservadores en 1885 en Colón y Panamá.

(2) Vargas Vila prevéía ya en estas líneas la separación de Panamá y la desemembración de Colombia.

(Nota del Prologuista).

Le arrojan los conservadores un mendrugo de pan, un donativo en dinero, algo así como las treinta monedas arrojadas a la faz de Judas, una pensión, precio de la traición y la vileza, un pago semejante al que se da al esclavo que ha vendido su amo, al sirviente que ha abierto la puerta de sus señores, a los ladrones, o a la madre sin conciencia que ha vendido la virtud de su hija, y herido en su amor propio, ofendido en su orgullo, sintiendo brillar en sí un fulgor de su apagada dignidad, comprende el insulto, rechaza el afrentoso pago, y cuando ni él ni ellos le creen, gritan y aplauden el desprendimiento y la abnegación del mandatario.

Cuando la hija de Tarpeyo traicionó a los romanos, entregando la ciudad a los sabinos, enamorada de los brazaletes de oro que éstos llevaban, les dijo: «Dadme lo que lleváis en los brazos, y os franquearé la entrada de la ciudadela.» Los enemigos se lo prometieron así, y cuando, consumada la traición, reclamó el pago: «Tomad», le dijeron, y arrojaron sobre ella sus escudos, hasta aplastarla.

Así, cuando el Dr. Núñez pensó traicionar al partido liberal, dijo a los conservadores: «Dadme oro y os franquearé la entrada al Capitolio.» ¡Y hoy, cumplida ya la tremenda traición, los conservadores cumplen también su promesa abrumando al anciano apóstata, bajo el peso de una limosna nacional!...

El, ha devorado el merecido insulto, y al renunciar la vil paga, no ha podido renunciar la afrenta de haberla merecido.

Y, aun soponiendo que el Dr. Núñez, llegara a renunciar el mando, no habría un átomo de virtud en ello, ni una vislumbre de gloria, en este desprendimiento, impuesto por las circunstancias.

La impotencia de continuar haciendo el mal, no lo redimiría de la inmensa responsabilidad de haberlo hecho.

Podría renunciar al porvenir, pero no al pasado.

La responsabilidad no se abdica.

Suponiendo que, como muchos lo creen, el Doctor Núñez, viendo que los conservadores se desprenderán pronto de él, arrojándolo lejos, con el horror con que un asesino arroja el puñal con que ha cometido el crimen, se resignara a no seguir gobernando el país, no podría renunciar a la triste responsabilidad de su pasado.

El, siempre pasará a la Historia con la carga espantosa de sus crímenes. Y no podrá renunciar a la triste celebridad de :

Haber sido el tirano más sombrío que ha visto la América del Sur, en los últimos veinte años.

Haber traicionado al partido liberal y haberlo vendido por un puñado de monedas.

Haber ocasionado con su ambición desmesurada, más de ocho revoluciones en el país, de 1875 para acá, y haber sacrificado más de cinco mil hombres a ella.

Haber resucitado el cadalso.

Haber alzado las horcas en Panamá.

Haber llamado a los yankees en su ayuda, y permitir que invadieran el territorio, y acribillaran a balazos las tropas colombianas.

Haberse inclinado ante la presión del Gabinete

Cleveland, hasta darle el *magnífico* espectáculo, del lynchamiento, de ciudadanos de la Patria.

Haber provocado el desembarco de los italianos y la inmensa afrenta del bloqueo de Buenaventura.

Haber sujetado la república a la humillación de verse vencida en la decisión de la cancillería española.

Haber sido el victimario de Gaitán Obeso.

Haber sido el asesino de Pedro Prestán, joven abogado, y valiente militar, que no cometió otro crimen, sino oponerse al desembarco de los yankees en Panamá.

Haber concluído con la libertad de imprenta, a la cual debía su reputación.

Haber asesinado la libertad, a la cual debía su vida pública.

Haber hecho retroceder al país, un siglo.

Haber hecho con su audacia, lo que no hicieran Bolívar con su gloria, Obando con su popularidad abrumadora, Mosquera con su genio superior, y Murillo con su prestigio sin segundo; desgarrar el traje talar de la República.

Haber arrebatado a Colombia el honor, que hasta hace poco tenía, de haber sido una de las Repúblicas hispano-americanas, que no hubieran pasado por la vergüenza de soportar un tiranuelo; pues, si Apolonio de Tyana hizo en el siglo IV un viaje expreso a Roma, con el objeto de conocer un tirano, antes de Núñez los colombianos habríamos tenido que acudir al mismo medio para conocer esta clase de animales.

Haber reducido el pueblo a la miseria con el papel moneda.

Haber traído los jesuítas, y entregádoles la educación de la juventud.

Haber cerrado las escuelas y abierto los conventos.

Haber concluído con el crédito de la República en el exterior.

Haberla hecho un país de mendigos en el interior.

Haber colocado su nombre entre los de Juan Manuel Rosas, Pascual Rodríguez de Francia, Melgarejo, Gabriel García Moreno, Ignacio de Ventimilla, y Barrios.

La traición y la bajeza, la vergüenza y el oprobio, la sombra y la miseria.

He ahí el triste inventario de las *glorias* del Doctor Núñez.

He ahí, lo que ha dado al país.

He ahí sus títulos ante la posteridad.

No podrá abdicarlos nunca.

El poder se abdica, el crimen, no.

Mr. de Chateaubriand lo ha dicho: «Es imposible la abdicación del crimen: esa corona deja para siempre señales en la frente que la ha ceñido; no hay más remedio que sufrir la terrible legitimidad.»

¡En tanto continúa el triste cuadro!

Nuestro viejo Tiberio, en su moderno Caprea, un partido, sirviéndole de rodillas, una raza de delatores, declarada sagrada, como bajo Domiciano; un Ejército de pretorianos; augures y adivinos con traje talar, y la sombra en el cielo de la Patria.

¿Pero, será esto eterno?

No, ni siquiera duradero.

Frente a esa caricatura del viejo Imperio romano, está el liberalismo, único partido respetable y respetado en el país, por sus hombres, por sus recursos, por su ciencia y por su gloria.

Y en este duelo entre el pasado, con todos sus horrores y el presente, con todo su esplendor, entre la luz que avanza y la sombra que resiste, entre la idea liberal y la idea conservadora, la victoria no puede ser ni dudosa ni tardía. Los triunfos del retroceso son momentáneos y efímeros, porque las ideas liberales llenan hoy el mundo, y son por su generosidad y su belleza las únicas que pueden satisfacer los verdaderos anhelos de la humanidad, porque las teorías conservadoras están maldecidas por Dios, y por la historia, pues son en filosofía un absurdo, y en política una tiranía, finalmente, porque los gobiernos conservadores pueden aceptarse en las naciones como una transición dolorosa, como un fenómeno, y siempre como un castigo. — Por lo que respecta a la actual situación de Colombia, la sombra no puede ser eterna en el horizonte de la patria, y en esta triste noche sin estrellas que se ha llamado la dominación conservadora, el pueblo se pone de pie esperando el nacimiento de la aurora... Y el conservatismo cargado con las sombras del pasado, no puede brotar de su seno la clara luz que alumbre el porvenir, porque esa misma luz lo mataría.

La inmovilidad es su fuerza, y es el elemento de su propia muerte, porque cuando toda pasa y se renueva en su redor, él permanece soñando como

un faquir, inmóvil como una roca, en medio la continua tempestad de las ideas. Inmenso — mar muerto — sin rumor y sin oleaje, en el desierto asolador de sus quimeras, el conservatismo sólo guarda en su seno los restos de su antigua grandeza, que Dios redujo a pavesas, en castigo a sus muchas liviandades. Fragmento de un buque sin timón y sin bandera, sólo sirve para enseñar las muestras del naufragio de la olvidada marina, en que vinieron las viejas creencias al nuevo continente. Restos de un gran templo, derruído, profanado hoy por la Regeneración, no inspira ni el respeto de las ruinas. Siga así, bajo los pies del viejo déspota sirviendo como el vencido emperador romano, para que su amo ponga el pie en su espalda y suba a caballo, mientras nosotros, al verlo gozar, con la estúpida alegría del esclavo, decimos meditando con Homero:

«*Roma también verá su último día.*»

DE LA TRIBUNA

En San Cristóbal del Tachira
el 20 de julio de 1887.

Señores :

Vengo aquí a esta tribuna como siempre que a ella he subido en presencia vuestra : atronado por vuestros aplausos y cubierto por vuestra benevolencia. Pero esta noche no esperéis de mí cantos de hosanna, rumores de esperanza, gritos de contento, ni himnos a la libertad y a los derechos. Mi alma triste, profundamente triste, abrumada bajo el peso de tantos recuerdos gloriosos y tanta desdicha presente, no tiene ni voluntad, ni aliento de preludiar un cántico ; porque esta fecha que debiera ser de contento, es hoy de sombría y, patriótica tristeza. Yo no quiero creer que vengamos a velar un cadáver, pero sí veo que venimos a llorar sobre una libertad enferma y moribunda, y por eso estas luces me ofuscan, porque quisiera la sombra eterna del dolor para gemir sobre ella ; estos cortinajes multicolores me disgustan, porque quisiera los negros crespones que adornan los túmulos mortuorios, para que mi voz tuviera bajo

esas arcadas de la muerte, la triste resonancia de un canto fúnebre y los acentos melancólicos de una elegía. Quién me diera tener el acento de Jeremías, para llorar como él: apostrofar como Ezequiel; gemir como David, y tener la inspiración sombríamente grande de Pallestrina, para poder entonar un *Miserere* lúgubre cuyas notas cayeran una a una, como las lágrimas del patriotismo, sobre el catafalco de la libertad de Colombia.

Sí, señores, en un día como éste los ojos de un emigrado colombiano no pueden estar sino preñados de lágrimas, y su garganta repleta de gemidos. ¡Qué fecha y qué recuerdos! ¡Qué pasado y qué presente! ¡Al contemplarlos frente a frente el alma se abisma! ¡Ayer la gloria, hoy la vergüenza; ayer el triunfo, hoy el oprobio; ayer la grandeza, hoy la decadencia; ayer la libertad, hoy todas las sombras de la esclavitud!... Señores: cuando se llega a páginas como estas de la historia de una nación; cuando el alma contempla la altura desde la cual se ha precipitado un pueblo, y la profundidad del abismo en que ha caído, en su profunda desesperación, lleno el corazón de amargura y poblada la mente de tristísimas ideas, le provoca exclamar con el poeta:

Cuando en mis horas de dolor y llanto
vuelvo a mi edad la vista atribulada,
siento a la vez indignación y espanto.
¿Cómo pensar, generación menguada,
que en pocos lustros descendieras tanto?

¿Perdonaréis a un colombiano que en este día os haga partícipes de su dolor? Sí lo perdonaréis,

porque las almas nobles gustan de asociarse al infortunio ajeno, y los grandes corazones, aquellos que no ha enfriado el hielo del egoísmo, gustan de las protestas de la libertad lanzadas a la faz de cualquiera de los despotismos del mundo; porque cuando la sombra impera, es bello todo lo que recuerde la luz, aunque sea el vuelo vertiginoso de esos viajeros que se llaman los relámpagos y que al cruzar el espacio ponen miedo en la conciencia, porque parecen el dedo misterioso de Dios trazando el destino del mundo con caracteres cabalísticos tras el manto tendido de la sombra.

Yo no deseo en este momento tener un solo acorde melodioso o tierno, no anhelo para mi acento el sonido de las arpas eólicas heridas por las alas de las brisas; ni el murmullo apacible de las olas de la laguna, que se mueven apenas tenuemente, como arrullando con amor la luna que parece dormida en su regazo; ni el ruido melancólico de la fuente que corre entre guijarros a la sombra del monte centenario, ni el del arroyo que se desliza en la pradera, bajo un manto de lirios y azucenas, retratando como la pupila de un niño todo el azul del cielo en su mirada: ni el trino cadencioso de la alondra que se alza la primera a saludar el Sol; ni el canto melodioso de las aves que pueblan con sus voces el seno misterioso de los bosques; no, señores, no quiero cantares en mis labios, ni una lira divina entre mis manos; antes bien quisiera concentrar en mi acento todo el eco de las tempestades que han azotado el mundo; el rumor huracánico y el empuje asolador de todos los simunes que han removido las entrañas de arena del de-

sierto; todo el eco lúgubre de las brisas que agitan las oleadas del Mar Muerto; la voz indignada de todas le generaciones de esclavos que duermen bajo el manto de la tierra; el colérico rumor de todos los pueblos oprimidos; la protesta de todos los siglos en mi labio, y el rayo de todos los castigos en mi mano, para lanzarlos sobre la frente del despotismo que ha hecho de la libertad de Colombia un sarcasmo y de mi Patria un inmenso cenotafio.

Señores: Cuando se habla de la tiranía y de los tiranos, no hay término medio; todos los hombres honrados no tienen sino un solo acento para maldecirlos y un solo corazón para odiarlos.

De todas las desgracias, ninguna hay superior a la esclavitud, y de todos los animales ninguno hay más feroz que un tirano. No importa que una fortuna voluble arroje aureolas de mentida gloria sobre esas frentes malditas, y que hombres nacidos para esclavos, eunucos del pensamiento, los adoren de rodillas.

Dios no concede grandeza sino a los hombres que alimentan grandes pensamientos, há dicho Castelar. Y esto es cierto, señores; Dios no sanciona, no puede sancionar esas inmortalidades luctuosas, manchadas con la sangre y las lágrimas de los pueblos. La Humanidad los abomina y los proscribe, aunque una historia venal los haga vivir muy poco tiempo en sus páginas.

Y, si no, ya lo veis, cuando volviendo la vista al pasado, remontamos la corriente de ese río de los tiempos que fueron, en esa inmensa aglomeración de grandes espectros que se alzan en sus riberas;

sólo las frentes de los hombres que han trabajado por la libertad, despiden luz; las de los otros, las de los déspotas, a manera de esos castillos de la Edad Media, que colocados en las cimas de las rocas, ocultaban sus altos torreones entre las espesas nieblas, se alzan como avergonzados y sombríos, ocultando su frente cargada de maldiciones en las sombras espesas del vacío.

La personalidad medio mitológica de Moisés, ha logrado llegar hasta nosotros, cubierta de bendiciones, porque es el primer personaje histórico que aparece consagrando su vida a la libertad de un pueblo, y por eso el alma se entristece, al verlo anciano y desfallecido, expirar sobre la cumbre del Neva, a vista de la tierra prometida.

Cuando nadie nombra ni a Pisístrato, ni a Hippias, los pueblos, en sus grandes dolores, evocan las sombras de Arístides y Milcíades, y en sus grandes peligros se inspiran en la memoria de Leónidas y Pelópidas.

César es el hombres más cabal de la Historia, como muy bien lo ha dicho un su biógrafo; y, sin embargo, aunque deslumbre su gloria, no pudiendo perdonarle sus grandes crímenes contra la libertad, en el momento supremo en que Bruto, concentrando en su gran pensamiento el pensamiento del mundo, en su corazón, el corazón de Roma, y en su puñal todas las iras del cielo y las venganzas del pueblo, levanta la mano parricida para herir, se siente un estremecimiento nervioso, pero no es de compasión, señores, es de temor que pueda errar el golpe. Sí, señores, porque como los tiranos

no tienen compasión de la humanidad, la humanidad se venga no teniendo compasión de ellos.

Napoleón seduce por su grandeza y el alma lo admira entusiasmada en los primeros años de su carrera prodigiosa: cuando ametralla en Tolón; cuando hace su inmortal campaña en Italia; cuando pasa a Egipto, deshace las nubes de mamelucos, pelea en San Juan de Acre, y toca con su mano que había de herir el mundo, a los apestados de Jaffa; atraviesa el desierto y, como el Genio del porvenir pidiendo inspiración a las cenizas del pasado, viene a sentarse a la sombra de las antiguas pirámides iluminado de un lado por todos los espejismos y fulgores del desierto, y del otro por el astro de su destino, que ya empezaba a levantarse en su oriente. Pero, cuando puesto de pie sobre la Europa, la oprimía con su peso abrumador; cuando dejó de ser el héroe para ser el tirano de su Patria, el alma lo detesta; y cuando al fin se desploma como un inmenso aerolito en las soledades del océano, el alma respira libre, como si hubiera sentido sobre sí el peso de aquel coloso.

Nada que oprima es justo; nadie que tiranice es grande. Quien oprime a un pueblo, holla el Derecho; quien holla el Derecho, hiere la Libertad; quien hiere la Libertad, combate contra Dios: el despotismo es una insensatez. Por eso el tipo perfecto del déspota, son: Calígula, que era loco, y Claudio, que era imbécil.

Así, señores, tanto cuanto se odia a los opresores, se ama a los hombres de la Libertad; y en una fecha como ésta brotan en luminoso paralelo, y al repasar las páginas de nuestra patria historia,

se nota allí, más que nunca, el tremendo antagonismo: — de un lado la absorción, de otro la resistencia; de un lado la violación, de otro el derecho; de un lado la mano descarnada de España, proyectando su sombra en el océano al tenderse sobre América, de otro lado está envolviéndose en su manto de luz para replegarse sobre sus altos nevados; de un lado lo infinitamente pequeño, el despotismo, de otro lo infinitamente grande, la Libertad; de un lado el abismo, de otro la cima; de un lado el león de Iberia dando espantosos rugidos, la melena dada al viento y clavadas las garras en la arena, del otro el cóndor Americano cerniéndose en el espacio, atronándolo con el ruido de sus alas y deshaciendo en un formidable aleteo cinco siglos de glorias españolas; de un lado el poder de los reyes, es decir, la negación del derecho humano, de otro el poder del pueblo, es decir, la santidad del único derecho divino; por último, de un lado el absolutismo en su más sombría expresión: Fernando VII; de otro la libertad en su más culminante personalidad: Simón Bolívar.

Señores: Yo no creo que me tachéis de exagerado americanismo, si os digo que yo no encuentro en la historia de la humanidad un hombre superior a Bolívar. Y dicho sea de paso, para los que bien no me conozcan: Yo no soy hombre que me fanatizo por Bolívar, ni por ningún otro hombre, ni me subyuga hasta la ceguedad grandeza alguna; odio el servilismo en la admiración como en la obediencia, ni concibo los grandes hombres sin sus grandes defectos, y como no creo en los hom-

bres providenciales, admiro aquellos en todo lo que tienen de sublime grandeza humana. Y por eso, y a pesar de todo eso, yo no admito como posible, paralelo alguno entre la gloria de Bolívar y cualquiera otra gloria. Cuando se han pasado los límites del genio, ya no puede haber parangón, ni con los genios mismos: el cielo está poblado de astros, pero el sol es único en su grandeza.

Pero, señores, sabréis que no es cuando más admiro este grande hombre, organizando su famosa expedición de los Cayos, ni cuando vence en Venezuela, ni cuando atraviesa las llanuras de Oriente, como la sombra de Alejandro que hubiese venido a visitar a América; no, señores, no es entonces cuando más me admira, ni cuando vence en Boyacá, ni cuando triunfa en Pichincha, ni cuando esparce el pavor en Junín, ni cuando sueña como un iluminado en Casacoima, ni cuando como el último trueno de una tormenta colosal, estalla formidable en Ayacucho. ¿Sabéis cuándo me impone su grandeza, cuándo me deslumbra verdaderamente su gloria? Cuando combatiendo consigo mismo y con sus propias pasiones, luchando con la ambición natural a todo grande hombre y con la ambición de fanáticos adoradores que de rodillas le ofrecían una corona, tuvo suficiente valor civil para despreciarla, y con la frente cargada de inmensa pesadumbre y el corazón desgarrado por incontables dolores, bajó una a una las gradas del Capitolio y se dirigió solitario y silencioso al destierro... Entonces este hombre crece tanto, se hace tan grande que parece que no pudiendo contenerlo el mundo, el cielo mismo se abriera en formidable

estallido, para dar paso a aquella cabeza de gigante, que se alza y se alza tanto, que parece tocar con su frente, la mano de Dios que se extiende sobre él y lo acaricia... Sí, señores, este astro no es para mí tan deslumbrante, cuando aparece magnífico en su oriente, ni cuando llega fulgurante a su cenit, sino en aquel último relampagueo de su gloria, cuando desciende majestuosamente a su ocaso, ocultándose tras el mar sin olas de su propia abnegación... Para mí es grande, de pie sobre la cumbre del Chimborazo, hollando con planta atrevida las lavas y cenizas, coronado, por los fulgores del cielo, y las llamas temblorosas del volcán, pero es más imponente a las riberas del Atlántico, cuando moribundo y pensativo se reclina en los brazos de la muerte, herido por las luchas de la vida. Su abnegación y su tristeza le dan no sé qué tinte melancólico y majestuoso que hace proyectar más que ninguna otra, su sombra en el cielo de la Historia. En cuanto a mí, sé deciros, que batallador me arrebata, pero proscripto me impone; héroe me seduce, y mártir me cautiva. ¡Oh! sí, aquella cabeza, casi divina coronada de laureles me deslumbraba, pero cuando la miro coronada de lágrimas, me ciega.

Ya veo, señores, que extrañaréis que en una festividad como ésta, no os haya hablado extensamente de la libertad de mi patria, ni del 20 de Julio de 1810, de los héroes de aquella inmortal y gloriosísima fecha, ni de los grandes y portentosos esfuerzos que se hicieron para consolidar la República en Colombia; pero creo que todos, o al menos gran parte de vosotros, habréis adivinado la razón,

pues, que sabéis que vivo aquí emigrado, porque a manera de esas aves que huyen de las nieblas del invierno y dejan el patrio bosque porque no pueden vivir sino a la luz y con los ardores del verano, mi alma se ahoga bajo la tiranía y busca el sol de la libertad para vivir bajo él. Porque sabéis que en la situación actual porque atraviesa Colombia, cuando la sombra más espesa la cubre del uno al otro extremo del horizonte; cuando la Libertad, cuyo nacimiento celebramos hoy, yace cubierta de puñaladas sobre un sudario sangriento, y el derecho, despedazado, y el pueblo oprimido; cuando al inclinarnos sobre aquel país tan amado, sólo escuchamos salir del abismo en que ha caído, los gritos de la desesperación y la miseria, y percibimos el rumor sordo y confuso de hombres que cavan y cavan una fosa, y esperamos de un momento a otro escuchar el golpe seco del ataúd de la República que se desploma en ella; cuando todo esto pasa y todo esto se sabe, comprenderéis por qué yo no puedo hablaros de la libertad de Colombia, pues, no podría nombrar la víctima, sin clamar contra el verdugo; mi acento tendría que ser tan triste y amenazante, como el de los profetas a la sombra de los sauces babilónicos, tendría que emplear tan amargas recriminaciones, tan tremendos apóstrofes para hablar de esa tiranía, que temiendo cansaros renuncio a hacerlo. Pero, ¿os vendré entonces a decir que Colombia es libre? ¿os la mostraré con el manto de la Libertad, y la corona de laurel en la frente? No, señores, porque esto sería indigno de mí; yo lamento la suerte de mi patria, pero no la ridiculizo, presentándoosla

con falsos atavíos; yo no la presentaré a vuestros ojos como los judíos al Cristo, con una corona irrisoria y una púrpura harapienta. No, yo os respeto y me respeto demasiado para venir a mentiros. ¡Qué! ¿Yo os diría que allí la Libertad existe, que existe el derecho, que allí se respiran auras democráticas, que allí vamos hacia adelante, que ascendemos hacia la luz? No, señores, porque vosotros mismos tendríais conciencia de que yo faltaba con descaro a la verdad. Sí, porque vosotros sabéis como yo, que allí la Libertad se ha eclipsado; que todos los derechos han sido violados, y todas las garantías han sido destruídas; que la dictadura ha roto todos los valladares de la moral y la justicia; que allí existe una teocracia sombría y sin la santidad del Numa; y un despotismo sangriento sin la grandeza de César; que aquella reacción nos ha llevado hasta estrellarnos contra los murallones de la Edad Media; que vamos hacia atrás en vuelo vertiginoso, empujados por un retroceso fenomenal a no sé qué abismo pavoroso y desconocido... que al tender la vista sobre aquella hermosa región lo primero que se divisa son los palos afrentosos de las horcas que se alzan como los brazos descarnados de un esqueleto, y bajo la nube de cuervos que aletean sobre este aparato lúgubre, se ven oscilando y despedazados los cuerpos de hombres indefensos sacrificados allí; que la prensa, que tanto tiempo había estado como una catarata de luz arrojando ideas sobre la mente del pueblo, hoy está agarrotada y muda, y sólo hay un pasquinerismo asqueroso que se llama prosa oficial, y que como una bacante ebria y con el cabello desgreñado, vive

tartamudeando himnos a su amo y calumniando y denigrando a todo el que no se arrastra como ella en el lodo de la prostitución política; que la palabra, esa centella del pensamiento, está allí coartada y cohibida, y que la expresión de una sola idea de libertad se va a apagar entre las cuatro paredes de un calabozo; que allí las cárceles se ven todos los días repletas de ilustres patriotas que no han cometido otro crimen que amar la libertad; y que a manera de esos convoyes de exportados que la Rusia envía a Siberia, se ven diariamente atravesar los caminos partidas de ciudadanos confinados a climas mortíferos y de proscriptos que van, los unos a morir en insalubres castillos de Cartagena o Panamá, y los otros a llorar sobre playas extranjeras la inmensa desventura de la Patria; que allí se ha establecido una nueva Inquisición, un tribunal *ad hoc*, para quemar las obras de los grandes escritores europeos, sospechosos de herejía, y que se han quemado entre otros — ¡qué horror!—*El Espíritu de las Leyes* de Montesquieu y *Los Deberes del Hombre*, por Pusfendorsf, que han corrido igual suerte: Comte, Strauss, y Tracy, Saint-Foix, Stuart Mill, y Pascal; ¡que allí se ha querido quemar, la libertad del pensamiento con Voltaire, la santidad de la filosofía con Rousseau, y se ha querido proscribir el progreso y los grandes ideales de la Libertad, con Víctor Hugo!; que lo que allí no mata ese monstruo que se llama la ley, lo hiere esa sierpe que se desliza en silencio y se llama el veneno o el puñal; que la teocracia cubre con sus alas de sombra el cielo de la Patria; que llevan aquella República como un condenado a

muerte, entre un soldado y un jesuíta; que esta tiranía, que se apoya, como casi todas, en la teocracia y en la milicia, tiene un pie en un convento y otra en un cuartel, y cuenta para oprimir la conciencia con el fanatismo, y para oprimir al pueblo con el militarismo; finalmente, que allí existe una tiranía ridícula, con bonete y sable, la más oprobiosa que pueda pesar sobre un país civilizado. Si todo esto lo sabéis, yo no vendré a deciros que allí la República y la Libertad existen, no, yo no cometeré esta profanación, porque temería que la imagen de este grande hombre (1) se desprendiera indignada de ese lienzo, y cruzando ante mís sus brazos y anonadándome con su mirada de águila, me dijera: «¡Mientes, vil apologista de un despotismo vulgar!» Yo no lo haré, señores, porque vosotros por un lado, y las sombras de los varones egregios cuyos nombres vemos escritos en este salón, ponen silencio en mis labios.

¿Cómo hablar de la Ley, ante el nombre de Francisco de P. Santander, caudillo ilustre, el más grande de los hombres de estado de su tiempo, el que mejor comprendió los verdaderos ideales revolucionarios y por lo cual mereció ser llamado *el hombre de las leyes*, si en Colombia la estatua de la ley está, no ya velada, como lo hacían los romanos, cuando se cometía un gran crimen, sino arrojada al suelo, pisoteada y rota? ¿Cómo hablar de derechos, ante el nombre augusto de Antonio Nariño, de ese gran patriota, mezcla de Bayardo y Ca-

(1) Bolívar.

tón, si los *Derechos del Hombre*, que él tradujo y publicó el primero en América, entre las sombras del siglo pasado, para inculcarlos en la conciencia del pueblo, pretenden hoy ser arrancados de allí, por la mano sacrílega del despotismo que ya los ha violado todos? ¿Cómo hablar de instrucción ante los nombres de Camilo Torres y Francisco José de Caldas, si las ciencias que ellos santificaron con su martirio, están hoy proscriptas de las escuelas y colegios, donde la juventud se adormece en los ensueños voluptuosos de un misticismo pueril y la inteligencia se extravía en las áridas sutilezas escolásticas de una teología infecunda? Por último, ¿cómo hablar de libertad delante de los nombres de todos estos grandes patriotas, héroes, apóstoles. y mártires de nuestra independencia, si hoy el sol de aquellos días genesíacos se ha eclipsado, si nada queda en pie de lo que ellos hicieron, si aquella obra de gigantes ha sido destruída por pigmeos? Es imposible hacerlo sin afrentar su memoria; tendamos, pues, un velo sobre este cuadro sombrío...

Señores: — Solacémonos tendiendo la vista al porvenir y forjándonos esperanzas de ventura más allá.

¡Hermanos de Colombia; consolémonos pensando que la sombra no será eterna en nuestra Patria; que tantos sacrificios, tanta gloria y tanta lucha del pasado no serán perdidos; que la aurora alumbrará muy pronto en el oriente de la República y

que entonces podremos festejar con orgullo esta fecha que hoy casi nos abochorna!

Sí: este eclipse tiene que ser pasajero porque es un retroceso, y esas reacciones, como todos los fenómenos, no viven largo tiempo.

Los pasos al progreso, los avances al porvenir, esas transformaciones sociales, políticas o religiosas que se hacen siempre adelante, adivinando el sentimiento de la Humanidad, no cuestan grandes sacrificios, o si los cuestan, son bastantemente recompensados por la seguridad del triunfo y la aureola de gloria inmortal con que se ilumina la frente de sus iniciadores; pero las reacciones, los retrocesos, esas vueltas al pasado, esos abrazos a un cadáver, esos besos a una sombra, esas resurrecciones galvánicas, cuestan tremendos cataclismos y dolorosas gestaciones para producir las catástrofes. Así lo enseña la Historia.

Constantino, apellidado el Grande, sin mayores cualidades personales, mereció aquel título y con él ha llegado hasta nosotros, únicamente porque comprendiendo la evolución filosófica y religiosa de su tiempo, se inclinó ante ella y colocó el cadalso del Calvario por encima del trono de los Césares.

¡Teodosio, pudo un día de supremo orgullo, atravesar sin temblar el Capitolio, apagar con un soplo el fuego sagrado, arrojar el tirso y la corona de verbena desde las alturas de la roca Tarpeya y anunciar al mundo que los bellos y poéticos dioses del paganismo habían muerto! Pero pudo hacer todo eso, poque esos mitos que habían sido la poesía de Grecia, y la gloria de Roma; que habían

inspirado las narraciones de Hesíodo y los anatemas de Tácito; que habían brillado entre el fulgor siniestro y las humeantes ruinas de Corinto y de Cartago; que habían sido llevados a los obscuros montes de Germania y a las llanuras de Galia, por las espadas de César y de Mario; porque habían cantado y combatido con Tirteo y hecho estremecer los auditorios de Atenas con los tremendos acentos de Sófocles, Esquilo y Eurípides; que habían tenido su última y fulgente personificación en el alma sublime de Hepatia; esos dioses evocados por Porfirio y por Jámblico, por Apuleyo y por Plotino, cantados por Homero y por Virgilio, llorados por Lupercio y por Luciano, habían ya muerto en la conciencia humana. Y, sólo las ideas muertas pueden extirparse del corazón y de la mente de los pueblos.

Juliano, el más grande de los emperadores romanos después de César, filósofo y escritor, orador y guerrero, personalidad plural y majestuosa, que reunía en sí, casi todas las especies del genio; que vivió como un filósofo y murió como un sabio, sólo por haber desertado del cristianismo que era el porvenir y el progreso, al paganismo que era el retroceso y el pasado; por haber querido resucitar los muertos dioses que yacían tendidos sobre el ara, y vuelto a avivar el fuego sagrado ya extinguido, por haber intentado aquella resurrección fenomenal, fué maldito por los que entonces representaban el progreso y apellidado *el apóstata*, y con este nombre ha llegado hasta nosotros, tan cubierto, tan obscurecido, que se necesita un ojo muy versado en las sombras de la Historia, un

ánimo muy desprevenido para juzgarlo en toda su verdadera e indisputable grandeza. Tal es el fin infecundo de los reaccionarios, tal la triste suerte de los que pretenden detener a la Humanidad en su carrera, como si bastara a un niño tender la mano para detener una locomotora en su empuje. La Humanidad no puede detenerse, porque marcha con Dios a la cabeza y Dios no retrocede. El le ha dicho a esa Humanidad como al judío de la leyenda: «¡Anda!» y andará hasta la consumación de los siglos a despecho de todos los retrógrados del mundo.

Dantón dijo que en el peligro era necesario audacia, audacia y siempre audacia. Y un gran poeta, parodiándolo, ha dicho, que en la desgracia es necesario tener esperanza, esperanza y siempre esperanza.

Sí, compatriotas de Colombia, somos un pueblo demasiado joven para morir de abyección; el abrazo del espectro podrá sofocarnos, pero matarnos, no. Sólo los pueblos envejecidos mueren por el despotismo, cuando indignado Dios de verles tan serviles, les marca la hora, y entonces caen atónitos, como Roma al grito formidable de Alarico y al ruido de las oleadas de bárbaros que se estrellaban contra el Capitolio; pero nosotros no podemos morir así, porque somos un pueblo de esperanzas y de porvenir, tenemos sangre de héroes, hemos sido educados en la libertad y para la libertad, y

sabremos alzarnos formidables el día de los grandes sacrificios.

Entretanto, ¡ oh !, vosotros todos los que me escucháis ; vosotros los que amáis el derecho y la libertad, la virtud y la justicia ; los que conserváis vivo el sagrado fuego del culto a la Patria ; los que habéis sentido los infinitos anhelos y las dolorosas torturas del patriotismo burlado, ayudadnos a celebrar esta fecha de tan gloriosos recuerdos y a llorar sobre las desdichas del presente.

Vosotros, colombianos todos, emigrados o no, y vosotros, innumerables e ilustres proscriptos de mi Patria, que veis también desde extranjero suelo alzarse el Sol de este día de tan clásicos recuerdos, recibid el saludo que desde aquí os envía vuestro hermano, y permitidme para ello concluir con las palabras del mártir de Guernesey a los proscriptos franceses : «¡ Oh proscriptos !» Pongo por testigos las cicutas que bebieron los Sócrates ; los Gólgotas a que subieron los Jesucristos ; los baños de sangre que tomaron los Traseas ; las ascuas ardiendo que comieron las Porcias, esposas de los Brutos ; las hogueras donde los Juan Huss exclamaron : «Nacerá el cisne.» Pongo por testigos los mares que nos rodean, y que los Cristóbal Colón franquearon ; pongo por testigos esas estrellas que están encima de nosotros y que interrogaron los Galileos : «Proscriptos, la libertad es inmortal. Proscriptos, la verdad es eterna.»

Señores : «El progreso es el paso de Dios mismo.»

En el Ateneo Maracaibo el 21 de Enero de 1888.

Señores :

Habéis oído ya, de labios más autorizados que los míos, cuanto deciros pudiera sobre el origen y tendencia de este Instituto, y sobre la naturaleza de esta fiesta. Habéis oído, desbordada en torrentes de admirable armonía, la elocuencia severa y majestuosa de mi noble y sabio predecesor (1), poblando de bellos pensamientos este recinto, como se puebla de estrellas el cielo sereno y puro en las sombras de la noche. Y, habéis visto brillar los fulgores de su inteligencia privilegiada, con esa luz apacible y pura con que brotan las ideas de los cerebros habituados a la constante elaboración de grandes pensamientos, y de las cabezas encanecidas al servicio de la ciencia y la virtud. Aun no se han apagado aquí los ecos de su voz tan simpá-

(1) El señor Doctor D. Manuel Dagnino, Director del Ateneo.

tica y llena de autoridad ; aun estáis deslumbrados por el brillo de sus metáforas y su decir castizo, cuando me toca subir a esta tribuna para reemplazarle... ¡ Después del sol, la luciérnaga ; en pos del águila, el cárabo !... Y, ¿qué podré deciros yo, pobre peregrino que he detenido un momento mi planta en vuestras playas hospitalarias ? ¡ Yo que he llegado aquí como ave fugitiva que plégara las alas sobre extraño hogar ; después de haber visto arder el patrio bosque, y escuchar aún el chisporroteo de aquel incendio que redujo a cenizas su hogar y su ventura ! ¡ Yo, que carezco en estos momentos hasta de la serenidad de ánimo suficiente, pues tengo el pensamiento fijo en las inmensas desgracias de mi Patria, y el alma, de rodillas ante la tumba de mi madre, arrebatada a mi cariño por la mano despiadada de la muerte, en mitad de mi ostracismo, y sobre la cual no he podido ir aún a derramar mi primera lágrima ! ¡ Yo, pobre náufrago que he llegado aquí, perseguido por todos los vendavales de la desgracia, después de haber visto, entre las tempestades del océano y las inclemencias del cielo, estrellarse la débil nao de mi fortuna contra los enhiestos murallones de un destino sombrío !... ¡ Yo, que no tengo sobre mi cabeza ni el óleo de la edad, ni el óleo del talento ; que no he sido ungido ni por los años, ni por el genio ; que no tengo la autoridad de la ciencia, ni la de la virtud ! ¡ Yo, que no vengo de la luz para reflejarla sobre vosotros, sino que broto del seno obscuro de la sombra, buscando un resplandor de luz divina en que bañar mi frente eunubecida !

Pero me habéis hecho el alto honor, queridos

colegas, de nombrarme vuestro orador de orden y trataré de corresponder a él, seguro de que, si no alcanzo a llegar a la altura de vuestro talento, sí llegaré siempre a la altura de vuestra generosidad.

Bella es la luz dondequiera que se presente : ya irradie en los profundos senos de la Naturaleza, ya en esos limbos misteriosos que se apellidan la inteligencia humana. ¡ Primera luz, o primer pensamiento, esplendor, o idea ; en el oriente del mundo o sobre el cielo del alma, bien venida sea la luz ! Ya venga con claridades de aurora o resplandores de ciencia, siempre es bella, porque libra de la sombra. ¡ Alba o conciencia, bendita sea !

¿ Habéis visto qué bello es el despertar de la tierra adormecida, a los primeros besos de la luz? Tiene perfumes de azucenas pálidas, de azahares en flor y de violetas dormidas en las riberas del lago. Trae cánticos de ave, mumullos de arroyo, estrépito de torrentes, rumor de cataratas, ronco oleaje de ríos, y tempestades de océano. Y, ¡ cuán bello es también el despertar del alma a los rayos prístinos de la Ciencia ! ¡ Cómo despunta, en aquellas vagas claridades, el almo sol de la inteligencia humana ! ¡ Qué castas emociones tienen aquellas nupcias de las almas con la luz ! ¡ Aquella aurora intelectual tiene como perfumes de inocencia, himnos de recuerdos, rumores de pensamientos que despiertan agitando sus alas como blancas mariposas, ruidos de pasiones que empiezan a agitarse en la conciencia, y eco de ocultas tempestades que se escuchan a lo lejos, en las profundidades de los incógnitos horizontes de la vida !...

¡Auroras sobre el cielo o la conciencia, siempre son lumbre, esperanza y vida!

En cambio, ¡qué horror todo lo que sea sombra! Ya se llame la noche sobre el cielo, ya esa noche del alma, la ignorancia. La falta de luz en el cielo, es la tristeza; la falta de luz en el alma, es la desgracia. Una conciencia sin luz, es un abismo sin fondo; una conciencia ilustrada, es un volcán de la idea. En los tortuosos senos de la ignorancia se desciende sin saberlo, de error en error y de superstición en superstición, hasta ese abismo que se llama el crimen. Y, en esa escala que se llama la ciencia, se asciende, de horizonte en horizonte y de verdad en verdad, hasta esa cumbre iluminada que se llama la virtud.

La ignorancia degrada el espíritu y le hace revolcarse como larva inmunda en el lodo asqueroso de las pasiones carnales; la ilustración le da alas para elevarse como águila caudal a regiones superiores, y permanecer allí oscilante, sostenida en el espacio por el soplo invisible de lo eterno.

Sí, pues, la educación y la luz intelectual son la vida del alma y la salvación de los pueblos, ¿cuál es la más grande y noble misión del hombre en este siglo? Levantar esos pueblos, ilustrándolos y despertar las almas a la luz. Sí, señores. El pueblo, ese rey ciego como Edipo, que tantos siglos había estado perdido en las sombras de la ignorancia, sintiéndose en este siglo alumbrado de súbito por el resplandor deslumbrante de la civilización, ha sentido nacer en sí grandes anhelos, nuevas y justas aspiraciones que es preciso encarrilar bien por medio de la educación, para evitar tremendas ca-

tástrofes. Ese pueblo, como un viajero que extraviado en las sombras de la noche, al llegar al borde de un precipicio favorecido por la luz de un relámpago, y al ver a sus pies las nieblas heladas del abismo que le atraen, y encima las soledades del cielo sordas a su ruego, se detuviera clamando por un resplandor para salvarse; así, ese pueblo tiende al porvenir las manos suplicantes, gritando con el autor de *Fausto*, moribundo: ¡Luz, luz, más luz!...

En este siglo en que, con abrumadora pesadumbre, con una fuerza de atracción que pasma, se trata de atar el espíritu humano, como nuevo Prometeo, a la roca estéril de un progreso puramente material, toca a los pensadores, a los filósofos, a los sabios, a los literatos, a los poetas, a todos los hombres de letras, grandes o pequeños, soldados o Jefes de la inmensa legión de pensadores, libertarle y mostrarle más amplios derroteros en el mundo de la idea. Es preciso hacerle comprender que no es sobre moles de piedra, ni torres de granito, ni palacios de cristal desde donde puede divisar los infinitos horizontes de lo bello y de lo eterno. Las alturas puramente humanas serán siempre pigmeas en presencia de la idea; el pico más alto del Himalaya es apenas divisible para el águila que se cierne majestuosamente en las soledades del vacío, en el silencio eterno de los cielos y bajo el ala de fuego de las tempestades: la una es siempre la tierra y hunde su base en el

lodo; la otra es el ave y sólo tiene sobre sí el brillo rutilante de los astros y la majestad invisible de Dios.

Lejos de mí la idea absurda de anatematizar el progreso material. No creo que me hayáis atribuído semejante pensamiento; hacerlo, fuera en mí un error que no me atrevería a perdonarme. No lo confundo tampoco con el arte, al cual amo, como el pensamiento realizado, como el ideal en forma plástica, como la encarnación de lo bello. Dios, formando el primer hombre, según la Biblia, es el artífice supremo dándole forma humana al pensamiento divino; y desde el momento en que el dedo de Dios levantó la primera figura del polvo inerte, el arte ha seguido su carrera de luz en los horizontes de la inteligencia, y la humanidad, eminentemente psicóloga, ha dado forma a todos sus grandes ideales.

Y, aun ese progreso puramente material, que vive inclinado sobre la tierra arrancando sus metales preciosos para la satisfacción del lujo, las comodidades y el esplendor de la vida, y ese progreso que podríamos llamar de la tierra y el hierro, merece de nuestra parte mucho respeto y profunda admiración; sólo que, sin que me esfuerce en contemplar mi pensamiento, pues vosotros lo habéis comprendido ya, no quiero que se conceda a este progreso la preeminencia sobre el progreso intelectual, porque para destruir el primero basta que pasen sobre él los siglos, o mueran las generaciones, o la tierra se estremezca en un cataclismo, y entonces desaparece confundido en el polvo de donde salió; mientras que el progreso intelectual

no puede morir, porque viene de la idea, y la idea es hija de Dios, y, como Dios, es eterna.

Seguid conmigo en los senos de la historia la marcha y las conquistas, las huellas y los sufrimientos de este eterno viajero llamado el espíritu humano, y veréis patente la verdad de esta aseveración.

Volved la vista al Oriente, al Asia, a esa cuna en la cual despertó el hombre al primer beso de Dios sobre su frente. ¿Qué queda de sus viejas civilizaciones, sus fastuosos templos, sus cortes sibaritas, sus palacios mitológicos? ¿es acaso, por lo poco que de ellos se haya salvado, que ha llegado hasta nosotros? No, señores, ha sido por los rayos de su espíritu, por la poca luz que ha brotado en las estrechas aberturas de sus pagodas índicas, por la voz de sus sacerdotes idólatras, por los débiles átomos de la verdad que contenían sus teogonías, por su Veda, su Sahasta, su Sahanconiatón, y sus descubrimientos imperfectos de matemáticas y artronomía. Tal es lo único que ha merecido vivir de esos pueblos, refiriéndonos a la época anterior al día en que de un rincón obscuro de Judea brotara el ideal cristiano que había de regenerar las sociedades ya caducas. Pues, en cuanto a su progreso material, bastó la espada de sus conquistadores, o el paso de los siglos, para que gran parte de él tornara a convertirse en polvo, al silencio de aquellos bosques contemporáneos del primer hombre, bajo el fuego de aquel cielo abrasador, en el seno de aquella naturaleza voluptuosa y enervante, en la cual el espíritu humano apenas levanta la cabeza para volver a dejarla caer, como una

de sus serpientes perezosas que duermen en los troncos de sus viejos árboles.

Allí, donde vegetan pueblos doblemente desgraciados, porque son doblemente esclavos, pues pesa sobre ellos el despotismo autocrático en el gobierno y el despotismo teocrático en la conciencia, y bajo el ala de un fatalismo siniestro, vegetan en ignorancia degradante, sumidos en la sombra, pues no levantaron la frente en aquel momento supremo en que Dios, pasando por los horizontes del mundo, tocaba a los pueblos con las alas de luz del Evangelio. Y, por eso han sufrido el castigo de las naciones abyectas y supersticiosas : la esclavitud y la conquista. Así se ve que millones de habitantes de la parte más extensa del globo, son hoy esclavos de un puñado de mercaderes de una estrecha isla del Océano. ¡tanto así degrada la ignorancia! Y de aquel pueblo, unas veces esclavo y otras viajero, casi siempre conquistado o errante, vagabundo en las arenas del desierto, casi siempre fugitivo, cual si huyese del resto de la humanidad temeroso de que le extrajesen el precioso depósito confiado a su sangre ; aquel pueblo semita, de cuya raza había de brotar el Redentor de la razón humana, ¿vive acaso en nuestro espíritu por el recuerdo de sus jardines de Babilonia, por su leyenda de Babel, o por los restos destrozados de su templo salomónico? El vive en comunión con la Humanidad por sus libros, por sus cantores y por sus profetas.

Vive, porque esa Humanidad ha aprendido de memoria las máximas de Salomón, se ha inclinado sobre el arpa en la cual yacen como dormidas las

últimas notas de David, y ha recogido en la copa de la Historia las lágrimas de fuego de Jeremías ; y porque aun, al volver los ojos a aquellos horizontes lejanos, le parece divisar la figura imponente del legislador hebreo recibiendo de boca de su Dios los eternos principios del Decálogo, entre los truenos y relámpagos de la inmensa tempestad del Sinaí—. ¡El Sinaí!... Cima colosal, radiante luz, la que fulgura más en los horizontes del mundo durante aquel período bíblico comprendido entre el antiguo testamento y las últimas páginas del nuevo, entre el resplandor auroral del primer día de la Creación y aquella voz lúgubre que anunciaba el fin del mundo, entre los resplandores del Paraíso y las terroríficas visiones del Apóstol de Patmos, entre el encantador idilio de los amores de Adam y el cuadro aterrador del Juicio final, entre los blancos cendales en que apareciera envuelta la tierra en su primer mañana y la lúgubre mortaja en que el Apóstol visionario la envolvió para lanzarla solitaria en el vacío el último día de su existencia : período comprendido entre el Génesis y el Apocalipsis, entre Moisés y San Juan.

Pero me engaño, señores. Cuando San Juan escribió, permitidme la expresión, era ya de día. Ya había amanecido en la conciencia humana. El espíritu de Dios, flotando, no como el primer día del mundo, sobre el trémulo espejo de las aguas, sino sobre las sombras de la razón humana, había hecho la Aurora. El Sinaí no irradiaba ya porque alumbraba el Gólgota ; a las tempestades que anunciaban la ley mosaica, sucedían las claridades que anunciaban la ley cristiana : ya no había truenos

ni relámpagos imponiendo la virtud, sino las lágrimas de un mártir coronando la verdad. El mundo, que tanto tiempo había vivido con la frente inclinada sobre el polvo, alzaba la cabeza, y entre los esplendores de aquella aurora divisaba a Dios. El Cristo, con la pureza de su vida, la santidad de su doctrina y la sublimidad de su muerte, le había salvado. Al extender sobre la Cruz los brazos el Mártir Redentor del Universo, el viejo mundo reventó en fragmentos, desgarráronse los densos cortinajes del error, y reyes y emperadores, esclavos y sofistas, pontífices y sacerdotes, dioses del Olimpo y héroes de la mitología, grandezas del paganismo y teocracias y teogonías, absurdos y supersticiones, ídolos derrocados y altares derruídos, rodaron en confuso torbellino y en revuelta balumba ante el esplendente sol de la verdad. Y el Cristianismo, clavado allí, haciendo de aquel patíbulo afrentoso un pedestal de luz, se levantó a vista del mundo, transfigurado por los resplandores de la divinidad que Dios parecía hacer oscilar sobre su frente.

Y de Grecia, aquella madre del arte y de la poesía, aquel grupo de islas que, como un coro de ondinas, vive eternamente cantando en la memoria de la Humanidad ; aquel pueblo guerrero, artista y poeta, que divinizó sus héroes, inmortalizó sus cantores y eternizó su nombre ; aquel pueblo que enseñó a pensar y a cantar a la Humanidad, y que es aún su inmortal modelo ; pueblo amante y capaz de todo lo grande y lo bello, que llevaba en su cerebro un mundo de sublimes ideas y en su corazón un culto respetuoso al valor y a la belleza ;

pueblo que creó el Olimpo e inspiró a Homero, adoró a Aspasio y produjo a Leónidas.

¿Por qué la memoria de ese pueblo ha venido a sernos tan familiar a través de tantas vicisitudes? ¿Ha sido acaso por los rotos capiteles de sus palacios, las truncas columnas de sus templos y los arcos de su Partenón, que ha sobrevivido a su ruina? No, señores: ha sido por el espíritu de sus sabios, de sus filósofos y de sus poetas. Ha sido porque escribió su nombre en la Historia, no con sangre como los pueblos conquistadores, sino con luz como los pueblos civilizados. No vive entre nosotros en forma de una ruina como Pompeya y Herculano, vive en la forma eterna y fecunda de una idea.

Vive, porque el pensamiento humano no podrá olvidarla nunca, pues, fué su madre y su nodriza, ella lo alimentó a su seno con la leche de la inspiración y despertó su inteligencia con el beso de su genio. Y al volver los ojos a ella, nos parece ver vagar, entre sus sagradas ruinas, las sombras augustas de sus poetas y filósofos, y bajo los derruídos pórticos de la academia, pasearse los peripatéticos, y seguimos con el pensamiento el gradual desarrollo del espíritu humano en el seno de la filosofía. Le vemos crecer y desarrollarse con Thales de Mileto y Anaxágoras, pasar como por un crisol purificador a través de las escuelas jónica, pitagórica y eleática, y robustecerse con Empédocles, hasta presentir a Dios con Parménides. Y, asistimos a aquella época luctuosa, en que, como un tesoro en manos de bandidos, cae la filosofía en manos de los sofistas... ¡De los sofistas, señores,

tan perniciosos en política como en filosofía ; los sofistas, que son la mentira y el descaro, arropados con el manto de virtudes que no poseen y creencias que no comprenden ! ¡ Los sofistas, que en política oprimen los pueblos en nombre de la libertad ; hacen la anarquía en nombre del orden ; violan todos los derechos en nombre del derecho ; se llaman apóstoles de no sé qué moral acomodaticia y corruptora ; pervierten las masas populares ; osan profanar el nombre de Dios, declarándose *hombres providenciales ;* llevan los pueblos al borde del abismo, los arrojan en él, y con una carcajada más cínica que la del filósofo de Laercio, se apellidan sus *salvadores !...* ¡ Los sofistas, que en filosofía falsean todos los sistemas y en política prostituyen todas las ideas, y sólo hacen en filosofía la sombra, y en política la abyección ! ¡ Ah ! ¡ los sofistas, que son la peste más perniciosa que Dios puede dar como castigo a un pueblo desgraciado !

Vemos luego aquella especie de resurrección, en que el pensamiento filosófico, por decirlo así, se hizo hombre, encarnándose en el más grande de los filósofos de la antigüedad : Sócrates ; y elevarse después, en místicas contemplaciones, en castas vaguedades, en misteriosa espiral forjando cielos y anunciando a Dios, con el alma soñadora y poética del divino Platón ; y espaciarse en las armonías de la Naturaleza, al rumor de los mares y las fuentes, deteniéndose en el cáliz de las flores y absorbiéndose en las bellezas del Universo con el espíritu analizador, práctico y profundo de Aristóteles, y sostenerse así entre estos dos filósofos, como con un ala en el cielo y otra en la tierra ; y

luego, seguir su vuelo, rozando el polvo con Epicuro y modelando después las severas formas de la virtud austera, en esa secta rígida y fría, como un ídolo egipcio, llamada el estoicismo; virtud árida y sin calor como una mañana en el polo, y que, sin embargo, había de dar de su seno a Nerva y a Trajano, a Marco Aurelio y a Antonio, a Catón y al último romano.

Pero, si Grecia es la madre de la filosofía, también lo es de las artes, la poesía y la elocuencia. Las montañas de Paros preparan en su seno el mármol que había de fecundar con su genio y modelar en sus creaciones Fidias; la luz esplendorosa de su cielo, los rayos que habían de jugar en el pincel de Apeles; y su genio, la inspiración que bajo la forma alegórica de las abejas del monte Himeto había de hacer brotar de la mente del ciego de Chios la sublime y grandiosa epopeya en la cual pinta el pasado lejano de aquel pueblo, que ya que no escribió su historia, nos cantó sus fábulas en versos inmortales; y los bélicos cantos de Tirteo, y las desesperadoras y sombrías creaciones de Sófocles y Esquilo, y el amor desesperado de Safo, y la virtud de Arístides, y cuyo genio indominable y libre, había de hacer irrupción en la frase de su gran tribuno Demóstenes, cuando mandado conducir ante el tirano de su patria, se quitó la vida diciendo, ya expirante, a los sicarios: «Llevad mi cuerpo al tirano, pero mi alma es libre.» ¡Sublime grito de patriotismo, señores, que parece arrancado, más que del pecho de un hombre moribundo, del fondo de la conciencia humana oprimida! ¡Grito que parecía presentir a los hijos de

Cornelia y anunciar a Espartaco; grito que, repercutiendo de edad en edad, había de enseñar a morir a todos los mártires de la libertad, desde Catón en Utica, hasta Ricaurte en San Mateo!...

Un pueblo así, no podía morir, aunque todos sus hijos hubieran sido pasados a cuchillo a una misma hora, sus templos ardidos, sus monumentos rotos y el área de su suelo sembrada de sal, como en Cartago. Y así, cuando aquella virgen pagana, aquella nación mártir, conquistada por los dominadores del mundo, fué arrastrada al pie del trono de los Césares y convertida en provincia romana, al caer hecha pedazos bajo el tacón de sus conquistadores, como un vaso de perfume que al romperse satura el aire con la esencia contenida en él, el de aquella nación prehistórica se infiltró, por decirlo así, en la sangre de sus dominadores, los fascinó, y casi los hizo griegos, de tal modo, que los señores del mundo, los príncipes de los literatos, se desdeñaban en escribir en la lengua del Lacio y hacían ostentación de poseer la de Pericles, que habían aprendido de sus esclavos y libertos. Y este dominio podéis notarlo en todos los poetas, filósofos é historiadores de aquel tiempo, sin que de esta fascinación se libraran ni los emperadores; pues Nerón, ese bárbaro indescifrable, ese artista-hiena, dejaba las apoteosis del Capitolio por ir a disputar una corona en los juegos de Atenas. ¡Tal es la fuerza del espíritu humano! Tal el sublime predominio del genio.

Y Roma, aquella nación conquistadora y poderosa, que vió atados a su carro de triunfo casi todos los pueblos conocidos entonces; que dió a

César para gloria y a los césares para vergüenza de la Humanidad; que vió entrar por sus puertas los esclavos a millares, para satisfacción de sus caprichos, y los reyes vencidos, para satisfacción de su orgullo, y hacerles expirar en su seno, de hambre o de vergüenza, como al último Vercingetorix y a Masinina y a Yugurta; la nación de Cincinato y de Fabricio, ¿ha logrado acaso esta supervivencia prodigiosa, por sus columnas, sus termas, sus acueductos o los restos de su Coliseo, que se ven aún como el dorso de un gigantesco cetáceo, mal sepultado en una playa de la que se hubieran apartado las olas? No, esto honraría muy poco a la Humanidad. Ella vive por la fuerza indestructible de la idea, por la dilatación de su espíritu que ha llegado hasta nosotros a través de los pueblos y de los siglos, como el rayo del Sol cae sobre la tierra a través de las nieblas y las nubes.

¡ Ella vive porque en su testamento inmortal legó al mundo las *Oraciones* de Marco Tulio, las arengas de Polibio, las creaciones sublimes de Virgilio, y los versos de Tíbulo y Propercio; las tristezas de Ovidio y los libros de Séneca; los armoniosos sáficos de Horacio, la Farsalia de Lucano y la sublime y abrumadora carcajada de Luciano en el seno del Olimpo; las amargas sátiras de Juvenal; las comedias de Terencio, de Menandro y de Cratino; la gráfica y original inspiración de Plauto; las narraciones áticas de Suetonio y los tristes panegíricos de Plinio; la frase profunda de Tito Livio, el pensamiento robusto de Tertuliano, la elocuencia brillante de Salustio y los períodos canden-

tes, concisos y vengadores de Cayo Cornelio Tácito! Ella vive, porque en todo fué titánica y sublime; porque formó el derecho, y lo alzó hasta el cielo con Justiniano; llevó el patriotismo hasta el suicidio con Catón y la virtud hasta besarse con el crimen en Orígenes.

Y por eso, aunque de aquella ciudad no quedara hoy piedra sobre piedra y el viajero no encontrara en las riberas del Tíber las huellas de su existencia, Roma no habría muerto, porque su espíritu, su gran espíritu, vagaría en el espacio y reinaría con la fuerza del recuerdo en la conciencia humana; porque el espíritu de Roma no estaba encerrado en las murallas de la Ciudad Eterna, reinaba en todos los pueblos conocidos: Roma era el mundo. Y por esta razón, cuando su espíritu se transformó por el Cristianismo, se le vió esparcir la nueva idea por todos los pueblos y llenar el desierto con la voz de sus anacoretas y solitarios, sobre los cuales descollaba aquel descarnado titán del arrepentimiento llamado San Gerónimo; y las arenas caldeadas de Africa se sentían como removidas por un nuevo soplo, por un huracán de elocuencia que arrebataba las almas y que brotaba de los labios de un solo hombre, San Agustín; las cátedras vibraban con la voz de los apóstoles de la nueva idea que se anunciaba al mundo en una especie de cántico como aquel hombre, con el alma de niño y lengua de ruiseñor, llamado San Juan Crisóstomo; y se ensanchaba en la lucha, con San Clemente de Alejandría y San Ambrosio; y combatía, con el apasionado San Cirilo, con San Basilio y con el

inquebrantable y firme San Atanasio (1). Pues, preciso es decirlo en honor de la verdad histórica, que en aquellos primeros siglos de transformación, el espíritu humano parecía haberse concentrado en los apologistas y escritores del Cristianismo.

Así, cuando aquel pueblo conquistador y absorbente, corroído por el cáncer de los gobiernos despóticos — que causan a la larga la muerte de los países que los toleran—, de rodillas ante los altares de una religión que se moría, empezó a sentir los síntomas de su aniquilamiento; y después, de pie sobre sus murallas, como los salvajes americanos sobre los altos árboles del bosque, escuchó un ruido sordo, como el eco de una tempestad en el campo, y percibió nubes de hombres que avanzaban hacia él; y al fin vió que eran las hordas de bárbaros evocados del desierto por la justicia de Dios — que eran los hunos, los gépidos, los sármatas, los alanos y los germanos—, y los sintió estrellarse contra sus murallas con el ronco sonar de las tormentas oceánicas; y los descendientes de Mario y de Escipión no encontraron qué oponer a aquel torrente desbordado; y, mudos de estupor, vieron entrar, uno a uno, a Atila, Genserico y Alarico, para escribir su nombre en el capitolio de los Césares. Cuando se desplomó ese inmenso coloso llamado el Imperio Romano; cuando cayó ese nuevo Goliat, herido por la piedra de los bárbaros, y sobre el horizonte del mundo se

(1) Para los que crean que los nombres de estos Santos están demás aquí, o han sido citados con otro objeto, el autor suplica se fijen en que todos ellos fueron escritores y, por consiguiente, comunicaron impulso al espíritu humano, cuyo desarrollo viene historiándose, y es en ese sentido que aparecen citados.—*Nota del Autor*, en 1888.

extendió la sombría noche de la Edad Media, el espíritu de aquel pueblo, es decir, el espíritu humano, como una paloma blanca que al asomar la noche sobre el cielo pliega sus alas y se recoge en los aleros de una iglesia, se refugió en los templos, en las celdas de los cenobitas y en el silencio austero de los claustros, y allí vivió desarrollándose enfermizo y lento, al sonido melancólico del órgano, a la voz imponente de los salmos y al lánguido rumor de las plegarias, mientras afuera se desarrollaba aquel famoso espíritu de la caballería, que como dice un gran autor, había de expirar en una inmortal carcajada de Cervantes.

Y así, cuando despuntaron las primeras luces de aquella aurora, llamada el Renacimiento, el espíritu humano, como una alondra al rayo de la luz, se lanzó afuera y pobló el mundo con sus creaciones, y levantó las cátedras de Colonia y de Florencia, y alzó aquel edificio colosal, aquel argumento de piedra levantado en favor del Cristianismo y que se llama la catedral de San Pedro, cuyas agujas, lanzándose al espacio, obligan a la Humanidad a levantar la vista al cielo, aunque sea para contemplarlas, y arrancó al pincel de Rafael sus beatíficas imágenes, y al cincel de Buonarotti la espantosa creación de su Moisés... Y al resplandor de aquella luz purísima cantaron los bardos armoniosos, y escribieron los sabios, y pensaron los filósofos, y los poetas, en alas de su fantasía, recorrieron el cielo y los infiernos y lloraron lágrimas de fuego sobre las cenizas de amores desgraciados; y los sabios arrancaron secretos a la ciencia, y la filosofía escolástica quiso definir a Dios y pobló

el cielo de visiones. Y, por eso, al volver la vista a aquel gran cuadro sonriente, parece que se ven sobre la altura colosal de los edificios aleteando como nube de ángeles, y cantando cual coro de ruiseñores las almas de los poetas presididos por Dante y por Petrarca, y vagar pensativos los espíritus de Tomás de Aquino y Bacón y Alberto el Grande ; y cual si temiese que pudiera desplomarse su obra el alma de Miguel Angel solitaria y muda sosteniendo en el espacio con su mano titánica la cúpula de San Pedro.

¿A qué seguiros relatando la marcha de ese espíritu humano, ya mártir, ya vencedor, ya perseguido, ya triunfante, pero siempre avanzando, si vosotros la sabéis de sobra y acaso os estoy fatigando? Vosotros lo habéis visto brillar en la Historia con el último resplandor de la enfadosa dialéctica de Aristóteles, en los discursos de Abelardo, y las soledades del Paracleto, y anatematizar severo al nuevo apóstol, desde el fondo del claustro, con San Bernardo ; lucir en los cuadros del Perugino, del Tintoreto, de Leonardo de Vinci y del Tiziano, hasta ser el arte devoto y de rodillas en las piadosas producciones de Angélico ; llenar el mundo de armonías, con sus creaciones musicales, y los palacios de estatuas, y las ciudades de edificios ; y, soberbio como Luzbel, erguirse frente al poder centenario de Roma, y levantar la Reforma al pie del lecho cinco veces adúltero, de Enrique VIII, sostenida en los brazos de un fraile apóstata, pero ya iluminado por un resplandor de libertad.

Y, habéis asistido a aquel momento psicológico en que, por decirlo así, Gutemberg le dió lengua al pensamiento humano, y aquel buzo intelectual, aquel sublime soñador, llamado Colón, sumergiéndose en las aguas del Atlántico, sacó en los labios esta perla colosal llamada América; sí, lo habéis visto alzar la vista al cielo y sorprender los astros, con Galileo; contar las estrellas desde el fondo de una prisión, con Campanella; hundir la frente en el polvo, cayendo como una águila herida, con Savonarola; alzarse de la hoguera a lo infinito, con Giordano Bruno y Juan Huss; y detener el vuelo en aquel asilo de frailes solitarios y sublimes llamado Port-Royal, especie de atalaya desde donde se divisaban ya las tempestades del porvenir, dulcísimo hogar del pensamiento religioso y científico que había de dar a los Arnauld para gloria de las ciencias y a Pascal para asombro de la inteligencia humana; sacerdotes castos y sabios, que con la frente inclinada sobre los libros, no se cuidaban de las tempestades que los reyes desataban sobre sus cabezas; absortos como Arquímedes, no percibían el ruido de los enemigos que asaltaban sus murallas, y con los ojos fijos en el porvenir permanecían, como los pinta un gráfico escritor, «con la vista fija únicamente en Dios, meditando en los libros sagrados y la naturaleza eterna, ante la Biblia abierta en la Iglesia y el sol extendiéndose en los cielos.» Lo habéis visto, con Descartes, como ha dicho un autor, abrir las cataratas de la filosofía, y seguir rumbo, más o o menos acertado, pero siempre grandioso, con

Leibnitz y Look y Malebranche y Bayle, y extraviarse lamentablemente con Spinoza, el ateo (1).

Habéis visto en las civilizaciones de los últimos años del siglo XVII y la primera mitad del XVIII reinar, no el espíritu religioso, sino cierto extraviado fanatismo oficial que engendró en los espíritus resistencias que hicieron luego explosión en las obras de bellísimos ingenios. Aquella civilización sombría y brillante al propio tiempo, estaba representada por la figura antipática de Felipe II, de pie sobre el Escorial, y la enfatuada y elegante de Luis XIV en los jardines de Versaîles. Todo pareció reunirse en la corte de este último que no sé por qué especie de aberración de espíritu o de error histórico, persiste aún en ser apellidado el Grande, cuando sólo era grande su época y los hombres que lo rodeaban : su altura era la de un hombre sobre una cima, lo alto era el pedestal ; y los hombres de esta época y de cierta escuela eminentemente analítica y razonadora, que no tenemos el fanatismo de ninguna admiración, que no admitimos como dogma indiscutible ninguna grandeza histórica, y que buscamos en los grandes hombres, su mérito intrínseco y personal, no podemos devorar en silencio estas grandezas. En aquella época lo grande no era este rey tirano, eran Condé y Turena y Vendôme, arrojando sobre él su gloria militar, y Boileau y Racine y Molière, dándole su gloria literaria ; y Masillón arrullándole

(1) No hay que olvidar que Vargas Vila, pronunció este discurso, en 1888, cuando apenas contaba veinticinco años de vida, y, en materia de Filosofía, según su gráfica espresión, «la sombra de la montaña patria aun lo cubría».

(Nota del Prologuista).

con su palabra patética y elocuente; y, el Aguila de Meaux aleteando sobre su cabeza; y aquella gloria serena y triste del arzobispo de Cambray, dándole rayos de estrella y cantos de paloma No estaba la grandeza en aquel rey tirano, que penetró con botas y espuelas y foetecillo en mano a disolver el parlamento de París, ni en el victimario de la señorita Lavallière, ni en el amante pérfido de la Montespan, ni en el que, anciano caduco, ya en brazos de Madame de Maintenon, o ya de rodillas, fingiendo piedad, se golpeaba con una mano en el pecho, mientras que con la otra mandaba asesinar a los protestantes, firmaba la revocatoria del edicto de Nantes u ordenaba la espantosa carnicería de las dragonadas, y que no tenía para disculpar sus crímenes, ni la debilidad de Carlos IX, ni la locura de Calígula y Nerón, que, como dice Mr. de Chateaubriand, daba a los crímenes de aquellos monstruos un tinte de inocencia.

No, los hombres que aman la libertad, y los fueros del pensamiento, no perdonarán nunca a los perseguidores del espíritu humano y de la conciencia libre, aunque hayan ceñido a su frente todas las diademas del mundo.

Después de este período brillante de las Artes, y la Literatura, veis aparecer los filósofos y escritores del siglo XVIII, como una legión profética y destructora a la vez. Permitidme que no me detenga en ellos, por razones que vuestra delicadeza sabrá estimar en mí, pues que siendo como son aún motivo de seria discusión las obras de Condorcet, y de Montesquieu, las utopías del filósofo de Ginebra y los amargos y luminosos escritos del

anciano de Ferney, y gozando como gozan entre vosotros de muy poca o casi ninguna simpatía sus doctrinas, debo más bien callar, pues yo respeto hasta la nimiedad las ajenas convicciones.

¡ Ya llegamos a la cima, señores !... ¡ Ya percibimos el rumor sordo y confuso de un gran pueblo que se acerca ; voces de tribunos, ecos de muchedumbres, gritos de victoria, ayes de muerte, estrépito de volcán que estalla, y ruido que hacen tronos y viejas instituciones al desplomarse ! ¡ Es el gran acontecimiento, es la revolución francesa ! Permitidme que por iguales razones a las que antes me han hecho callar, no me detenga en ella. Triunfo de la libertad, triunfo de la razón, triunfo de la justicia, tal es lo que se ve : el pueblo coronando las alturas, y sobre la cima de esta revolución, el espíritu humano triunfante y bañado en luz, como un ángel de blanca vestidura, como el jefe israelita sobre la cumbre del Neva, extendiendo la mano al horizonte y diciendo a la humanidad, como Colón en la popa del navío a los marineros vacilantes : ¡ Tierra, tierra, tierra !....

Señores : desde estas alturas de la Historia, divisamos un mundo nuevo. Esas riberas que surgen, esas regiones encantadas, ese continente de luz, es el siglo XIX. El pensamiento ha posado en él las alas. ¡ Siglo bendito por la humanidad, siglo del derecho y del progreso, de la libertad de los pueblos y la libertad de la conciencia, siglo que mecisteis la cuna de nuestros padres y habéis mecido la nuestra, salud !...

Señores: después de haberme acompañado, con tan bondadosa atención, en esta carrera histórica-filosófica, siguiendo las huellás de este espíritu humano en su marcha de triunfos y derrotas, de glorías y extravíos, pero viéndolo siempre avanzar a pesar de los errores y las supersticiones, en busca de la verdad y en persecución de lo bello, de lo grande y de lo justo, hasta hacer, como dijo un brillante publicista, levantar todas las frentes hacia el derecho y todas las almas hacia Dios; me permitiréis aún pocas palabras para terminar, a riesgo de seros enfadoso.

Señores: ¿Cuál es el objeto de esta asociación, cuál debe ser su ideal, qué móvil nos reúne aquí? Todos lo saben, cultivar las letras y ensanchar el horizonte político-literario del Zulia; y ¿cómo lograr esto último? Irradiando sobre la juventud y sobre el pueblo la luz que posee este Cuerpo, no aislándolo en un frío egoísmo literario, no haciéndolo un centro conservador de viejas fórmulas e inaccesible a lo más; no, señores, esto lo mataría. Es necesario mezclarlo a la vida activa de la sociedad, que esté en comunicación con ella, que reciba calor con el aliento generoso de esa juventud, que hoy se agolpa a sus puertas y que mañana debe ocupar sus bancos, y que vierta luz sobre los senos

obscuros de la ignorancia popular. ¿Vamos a estudiar la literatura, a ensanchar los conocimientos, a analizar las ciencias? bien está, pero no vayamos solos, llevemos a este hermano menor llamado la juventud, y demos algo de nuestro trabajo a ese huérfano hasta ayer desheredado y que se llama el pueblo. Mezclémonos a él, abramos escuelas nocturnas, que este instituto dé los profesores para la escuela de artes y oficios; que en el periodismo, en la cátedra, en el libro, nos oiga defender el derecho y la justicia; que aprenda a dignificarse por el trabajo y a redimirse por el saber; que de día, inclinado sobre su banco, y de noche, sobre el libro, haga surgir el pan del sudor de su frente y la luz para su alma, de las sombras de sus noches; que sepa que inclinando la frente sobre los libros, se compra el sagrado derecho de levantarla muy alto ante los hombres; que sea un pueblo trabajador e ilustrado, condiciones precisas para ser verdaderamente un pueblo libre. Sí, señores, es preciso levantar, al lado de este mártir de las antiguas preocupaciones, llamado el pensador, este otro mártir de las modernas injusticias, llamado el trabajador.

Señores: en este siglo en que, como ha dicho un gran pensador, las miradas del mundo se fijan, no ya sobre las cabezas que reinan, sino sobre las cabezas que piensan, es necesario ungir la frente

de ese soberano que se llama el pueblo, con ese óleo divino que se llama la instrucción : hagámoslo digno de reinar. Si la abyección humana ungía sus reyes con aceite, unjamos nosotros a los pueblos con luz ; si en las democracias el pueblo es el soberano, tratemos de no tener un soberano ignorante, porque eso es bochornoso.

En tiempo del esplendor monárquico, reyes y pueblos se lanzaban como una avalancha en pos de una corona, para ponerla sobre la frente de un hombre, y hoy, en este siglo de grandes transformaciones, de renacimiento y de esplendor, los hombres se lanzan en pos, no ya de una corona sino de una idea, para adornar con ella la frente de la humanidad ; y es que a esa soberanía ilegítima, que llamaban de derecho, ha sucedido la legítima soberanía del pensamiento.

Cuando en aquellos siglos de sombras, por sobre aquel universo de cabezas inclinadas y frentes hundidas en el polvo, y pirámides de Siervos muertos, y astillas de tronos derruídos, y jirones de púrpuras sangrientas, se alzaba un hombre, vencedor y poderoso, aquél era el hombre del siglo, y se llamaba, por ejemplo, *Carlomagno*. Y hoy, cuando un hombre se alza a vista del mundo, sobre ruinas de viejas creencias y de doctrinas que no tienen más que la santidad de la historia, y levanta su cabeza por encima de tronos y de cetros, como un roble gigantesco, por sobre arbustos enfermizos, y pensador iluminado y soñador sublime, sacude su frente palpitante de ideas, como un león con melena de soles y cometas, este hombre es el soberano del siglo, reina por el

derecho de la luz, pertenece a la única reyedad que no humilla, la del talento; es el genio y se llama: ¡Víctor Hugo!... Desciende en línea recta de los grandes soberanos del pensamiento, y tiene un abolengo más ilustre que todos los reyes del mundo. Entonces se ve que las cabezas coronadas se inclinan ante aquella cabeza iluminada, y los reyes se eclipsan ante el sabio, porque ellos han sido ungidos por los hombres y el otro por Dios; porque la corona de ellos es humana y se llama el Poder: la otra es divina y se llama el Genio; la una puede caer al impulso de ese soplo violento que brota de la boca del mismo pueblo, y se llama las revoluciones; la otra no cae sino con la cabeza que la sostiene y ante el único soplo que puede derribarla, el de Dios. De aquellos reyes y conquistadores cuando mueren, no queda más que un cetro huérfano, o una espada sangrienta; de un sabio queda una estela de luz, difundida de la Humanidad; los unos, al caer en el polvo, se hacen sombra: los otros, al doblar su frente divina en el sepulcro, se hacen luz. ¡Ya veis qué diferencia!

Si han pasado, pues, los siglos de los reyes, para llegar el siglo de los sabios; si no reina ya el derecho de la fuerza, sino el del pensamiento; si éste es siglo de la luz y de la libertad, es necesario formar, por medio de la instrucción, la conciencia pública de los pueblos, para enseñarlos a ser libres, porque la libertad sin destrucción no es completa, y tiene algo de la salvaje libertad de la fiera en el desierto. El sol es el foco de la luz, pero sin la atmósfera, que lo hace esparcirse en partículas infinitas, y centellear sobre el mundo, quemaría sin

alumbrar; así, la libertad en los pueblos sin instrucción se posee como un bien, pero no se sabe ejercer como un derecho. Ilustrar, pues, a los pueblos, debe ser el ideal de las almas republicanas y de todos los que amen la Patria y la Humanidad; y tal la misión de cuerpos como éste, si quieren ser verdaderamente útiles, y aspiran a vivir en la posteridad.

Y, ¿quién mejor situados, a este respecto, que vosotros, en medio de este pueblo tan inteligente y heroico, pueblo que es como el griego — artista, guerrero y poeta—, que tiene en su imaginación todos los rayos de su sol ardiente, la fecunda exuberancia de sus bosques, toda la poesía de sus palmares y la triste y hermosa inspiración que viene al alma cuando cae melancólica la noche sobre el cristal azul de su laguna; este pueblo, indómito y noble, tan celoso de su libertad como ansioso de aprender, y esta juventud, brillante y talentosa llena de aspiraciones e ideales, ornato y esperanza de la Patria, y a la cual debéis alentar y estimular constantemente, aspirando no sólo a que llegue a vuestra altura, sino a que os exceda, pasando como un cóndor que roza con sus alas las cimas empinadas de los Andes?

La juventud y el pueblo, he ahí las dos alas con que debéis impulsar mañana al Zulia en su marcha de luz del porvenir.

En cuanto a mí, si hubiera de quedar entre vosotros, ¡cuán honroso me sería ayudaros en esta tarea! ¡Y si, como es probable, el destino cruel que me persigue, me arrancare mañana de estas riberas queridas, al sentirme lejos de ellas, arre-

batado por el vendaval de mi desgracia, en esas horas de soledad y angustia que rodean a los proscriptos, horas de abandono y desesperación en que la frente más altiva se dobla al peso del dolor; yo traeré vuestro recuerdo a mi memoria, con el mismo cariño con que en mis noches de insomnio llamo a mi Patria y acerco a mi labio convulso y baño con mi llanto el suave rizo de cabellos blancos que mi madre me dejara, como su último recuerdo, a la hora de expirar!

... ...

FIN

INDICE

PÁGS.

Prefacio ... VII
A manera de prefacio ... 1
De la guerra (1885) ... 11
Los épicos (1885) ... 59
Daniel Hernández ... 61
Ricardo Gaitán Obeso ... 69
Pedro José Sarmiento ... 77
Fortunato Bernal ... 83
Adolfo Mario Amador ... 89
Luis Lleras ... 95
De la Historia (1886) ... 103
I.—Ellos y él ... 105
II.—Sombra y sangre ... 113
III.—La soga de Judas ... 119
IV.—Lucrecia Borgia ... 129
V.—La voz de un muerto ... 139
VI.—Las aves negras ... 145
VII.—La muralla de China ... 167
VIII.—La prensa libre ... 179
IX.—Tiberio en Caprea ... 191
De la tribuna ... 203

LECTOR:

Si este libro te agrada, no lo prestes. Porque restándome compradores, agradecerías el deleite que me debes, devolviendo mal por bien.

Si este libro no te agrada, no lo prestes. Porque obra insensatamente quien propaga lo malo.

Prestar un libro es un gran perjuicio para el autor que cobra derechos por ejemplar vendido.

OBRAS DE VARGAS VILA

PUBLICADAS POR LA CASA EDITORIAL SOPENA

(EDICIÓN DEFINITIVA)

1.—La Simiente.
2.—Ibis.
3.—Sobre las viñas muertas.
4.—Alba roja.
5.—María Magdalena.
6.—Aura o las violetas.
7.—Los discípulos de Emaüs.
8.—Vuelo de cisnes.
9.—Sombras de águilas.
10.—El camino del triunfo.
11.—La conquista de Bizancio.
12.—El minotauro.
13.—Las rosas de la tarde...
14.—Flor del fango.
15.—La demencia de Job.
16.—Los Parias.
17.—De sus lises y de sus rosas.
18.—La voz de las horas.
19.—Archipiélago sonoro.
20.—Lirio blanco.

21.—Huerto agnóstico.
22.—Lirio rojo.
23.—Lirio negro.
24.—Salomé.
25.—De los viñedos de la eternidad.
26.—Horario reflexivo.
27.—El final de un sueño.
28.—La ubre de la loba.
29.—Los divinos y los humanos.
30.—Cachorro de león.
31.—El sendero de las almas.
32.—Libre estética.
33.—El ritmo de la vida.
34.—Los Césares de la decadencia.
35.—Rubén Darío.
36.—La república romana.
37.—La muerte del Cóndor.
38.—Copos de espuma.
39.—Verbo de admonición y de combate.
40.—Del rosal pensante.
41.—En las zarzas del Horeb.
42.—Ars-Verba.
43.—El huerto del silencio.
44.—Laureles rojos.
45.—Prosas-Laudes.

This BOOK may be kept out TWO WEEK
ONLY, and is subject to a fine of FIV
CENTS a day thereafter. It was taken out o
the day indicated below:

AUG 1 4 2000

3 Ptas.

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00028706071